

Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

Proyectil Caribe, vol. 1 y 2

Brigitte acude a una cita con su Jefe de Sector, al que ella llama «tío Charlie», y se encuentra con unos cuantos espías rusos que la capturan y la mantienen encerrada en una casita. Cuando finalmente ella consigue escapar, tío Charlie insiste en que él no la había citado. Pero ella está segura de que era él quien la llamó, así que llega a la conclusión de que hay algo sucio en ese asunto.



Lou Carrigan

Proyectil Caribe, vol. 1 y 2

Brigitte en acción - 113

Brigitte en acción - 114

ePub r1.1

Titivillus 23.05.2019

Lou Carrigan, 1970
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Brigitte
EN ACCION



Primera parte

Capítulo primero

El pequeño automóvil deportivo, de brillante tono rojo, se detuvo delante de la casita situada ante la playa, cerca de Northport, en Long Island. Era una casita de una sola planta, con tejado rojo y persianas verdes graduables, todas ellas en posición de cerrado en aquel momento.

Y del bonito automóvil se apeó un personaje celestial, guiñando sus grandísimos ojos azules bajo los últimos rayos del sol de la tarde; cosa sorprendente, ya que cualquiera podría haber pensado que con aquellos ojos se podía deslumbrar al mismísimo sol: tan azules, tan brillantes, tan llenos de luz… Lo demás, en cuanto a belleza, estaba en completo acuerdo con los ojos. Ni siquiera el abriguito de primavera, de tono azul, podía disimular la perfección de aquel cuerpo fino, elegantísimo, airoso, magnífico, sensacional, escultural… y mil cosas más. O quizá un millón de cosas más.

Naturalmente. Sólo una mujer en todo el mundo tenía aquella gracia, aquella belleza natural, sin retoques, sin estridencias de mal gusto. Sólo una mujer podía ser considerada como una auténtica obra de Arte de la Naturaleza: Brigitte Montfort, alias Baby, la espía internacional más astuta y peligrosa jamás nacida.

Sonriente, se quedó mirando unos segundos hacia la playa. Aún se veía un tanto gris, pero en pocas semanas iría tomando aquel hermoso tono azul, quizá verde… Y cuando eso ocurriese, habría llegado el verano. Adiós al frío de Nueva York, a la nieve, a los días tristes, plomizos… Miró también hacia los altos plátanos, que mostraban ya sus pequeños brotes de un verde intenso, tierno, maravilloso. También en pocas semanas más, aquellos brotes serían grandes hojas, que darían sombra y llenarían el aire de perfume de verano…

Con un gesto feliz en el bellísimo rostro, Brigitte caminó hacia la casa. Miró hacia el pequeño cobertizo donde se veía el coche en el

que seguramente había llegado allí Charles Alan Pitzer, precediéndola. ¿Qué quería su jefe, el implacable espía de dirección, el cínico tío Charlie? Bien…, ¿a qué cavilar? Lo sabría dentro de muy poco.

Subió al pequeño porche, y cuando dirigía la manita hacia el timbre, se dio cuenta de que la puerta estaba entreabierta cosa de media pulgada. Apenas nada, pero suficiente para que ella lo viese. Sin vacilar, Brigitte empujó la puerta, y entró en la casita, divertida. Era una monada de casita, tan pequeña, tan simpática, cerca del mar… La idea de que quizá tío Charlie la había comprado para tener allí un *rendez-vous* con su espía favorita hizo sonreír más ampliamente a Baby. ¡Pobre tío Charlie! Ya era mala suerte enamorarse de una de sus espías. Pero era el colmo de la mala suerte sentir aquella tenaz adoración hacia los encantos de Brigitte Montfort, cuyo corazón de acero era ciertamente difícil de ablandar…

—Tío Charlie… —llamó Brigitte—. ¿Está ahí? Se quedó en el centro del pequeño vestíbulo, con el ceño fruncido, al no recibir respuesta. La casita era tan pequeña que desde allí casi se veían todas sus dependencias: el *living,* las puertas de dos dormitorios, la entrada a un pasillo que debía llevar a la cocina y a los servicios… Eso era todo.

Fue hacia el pasillo, para echar un vistazo a la cocina. Llegó hasta ella sin haber visto a Charles Pitzer. Una cocina diminuta, con rejas de hierro en la ventana. Salió de allí, pasando ante la puerta de los servicios sin ocurrírsele mirar dentro. Habría sido una grosería que tío Charlie la estuviese esperando allí.

Cuando volvió al *living*, se quedó mirando la puerta de la casita. Juraría que ella la había dejado abierta…, y ahora estaba cerrada. Un tanto perpleja, Brigitte abrió la puerta de uno de los dormitorios. A lo mejor, tío Charlie había tenido la divertidísima idea de esperarla en pijama, lo cual reflejaría el colmo del optimismo. Pero si Pitzer la había citado allí por la radio de bolsillo, sólo para intentar conquistarla una vez más, la iba a oír. ¡Vaya si la iba a oír, el muy granuja!

—¿Tío Charlie…?

Se asomó al dormitorio, con el ceño fruncido. Y justo en aquel momento, una sombra muy ligera pasó ante la ventana, de arriba

abajo.

A través de la casi transparente persiana graduable, vio los recuadros de luz, definidos por finas rayas verticales. Lanzando una exclamación, Baby corrió hacia la ventana, alzó rápidamente la persiana graduable… y se quedó mirando, atónita, la reja que acababa de aparecer, cerrando inexorablemente la salida por allí.

Pasando de la estupefacción al sobresalto, Baby salió a toda prisa del dormitorio… Ya no necesitaba más datos para saber lo que tenía que hacer: salir inmediatamente de aquella encantadora casita junto al mar.

Llegó a la puerta, asió el pomo y tiró de él…

Y como esperaba que se abriese con absoluta facilidad, y no fue así, ocurrió que la espía casi se dio de bruces contra la madera. Dio otro fuerte tirón, esta vez más prevenida…, pero la puerta continuó cerrada.

Se volvió, lamentando muy de veras haber acudido allí desarmada completamente. Su mirada fue con viveza hacia el gran ventanal del *living* situado de cara al mar, orientada por aquel fino siseo que percibían sus finísimos oídos. Vio de nuevo aquellas finas sombras de rayas que descendían desde lo alto de la ventana, y corrió hacia allí a toda prisa… Cuando llegó, alzó la persiana… y se quedó mirando la reja, que también tapaba aquella salida.

Con los ojos muy abiertos, Brigitte se volvió hacia el centro del *living*.

—¡Tío Charlie! —llamó.

Corrió hacia el dormitorio que no había examinado aún. Abrió la puerta, entró precipitadamente… y se detuvo en seco, mirando la nueva reja que también tapaba la salida por aquella ventana. De nuevo apareció en el *living*, ya crispadas las facciones, y definitivamente arrepentida de no haber llevado consigo su maletín, o, al menos, la pistolita de cachas de madreperla. Pero… ¿por qué debía haber hecho eso para acudir a una cita con Pitzer?

Entró en el baño, y su mirada fue inmediatamente hacia la pequeña ventana, en la cual estaban ya las rejas.

¿Qué estaba ocurriendo? No podía comprender nada… Lo único que sí comprendía, que sabía ya con toda certeza, era que Charles Pitzer no estaba en aquella casita…

Oyó de pronto el ruido de un motor, y corrió hacia la ventana

del *living*. A través de las rejas, todo lo que pudo ver fue la parte trasera del coche que antes había estado, vacío, bajo el cobertizo. Eso fue todo: el coche que se alejaba. En pocos segundos dejó de oírlo. Pero lo vio poco después, a su derecha, rodando por el camino de arena que bordeaba la playa. Corrió a la cocina, y se aferró a los barrotes, metiendo la cabeza casi entre ellos, en su deseo de mirar hacia donde debía estar el coche ahora. Y lo vio. A lo lejos se veía otra casita parecida a aquélla, y parecía que el coche se dirigía hacia allí…

Volvió al centro del *living*. Desde allí, veía las rejas en las ventanas de todas las dependencias, excepto la de la cocina y el baño. Fue a la puerta, intentó abrirla… Acabó golpeándola, furiosa…, sólo para comprender, aterrada, que la puerta no era sólo de madera, sino que en su interior había una plancha de hierro, o de acero.

Abrió su bolso, y empezó a buscar en él algo que le sirviera de ganzúa. Si llevaba algo allí que pudiera ser utilizado de esa forma, ella sabía muy bien que no había puerta que pudiera tener prisionera a la agente Baby.

Sacó una lanceta limpiauñas, y la miró críticamente. ¿Por qué no? Había abierto puertas incluso con pequeños clavos retorcidos. Con la lanceta, podía hacer milagros mayores… La dobló un poco por la punta, y la introdujo en la cerradura, buscando el mecanismo, atentos los oídos al menor roce revelador…

—Es inútil, señorita Montfort —dijo de pronto una voz, en ruso —. No podrá abrirla.

Se volvió, respingando, pero comprendiendo en el acto que aquella voz brotaba de un altavoz. Entornó los ojos, recorriendo el *living* circularmente con rápido vistazo; por fin, su mirada quedó fija en una enorme gaviota disecada que había en una pared, clavada allí casi tocando el techo. La gaviota tenía extendidas las alas, y el gran pico corvo muy abierto, como en un feroz grito de pelea…

—En efecto —dijo la misma voz, siempre en ruso—: el altavoz está en la gaviota. Y también la cámara de televisión. La gaviota puede moverse hacia los lados, hacia arriba y hacia abajo, de modo que, prácticamente, está usted en todo momento bajo nuestra vigilancia. Voy a permitirme rogarle que se porte usted con sensatez

y paciencia.

—¿Quién es usted? —musitó Brigitte, también en ruso.

—Oh, vamos, vamos, agente Baby… ¿De verdad espera que se lo diga?

—¿Dónde está el hombre que me esperaba aquí?

—Olvide eso. Y piense solamente en que está usted… invitada a pasar no sé cuánto tiempo en este lugar tan delicioso. A usted le gusta el mar, y ver las gaviotas en el cielo… ¿No es cierto? Desde las ventanas podrá contemplar todo eso.

—¿Qué es lo que quiere usted?

—De momento, nada. Tengo que esperar órdenes. Y mientras las espero, usted permanecerá aquí.

—¿Es usted de la MVD?

—Bueno… —Se oyó la risa del hombre—. Digamos que hablo el ruso. ¿Qué diría usted: que lo hablo bien o mal?

—Regular —sonrió secamente Brigitte—. ¿No va a darme ninguna explicación, señor…?

—Puede llamarme… Boris, por ejemplo. ¿Explicaciones? ¿Por qué he de hacerlo?

—Pensé que le divertiría.

—Pues no. Es usted mi prisionera…, y eso es todo. Insisto en mi ruego de que se porte con sensatez. Tranquilícese.

—Estoy tranquila, amigo Boris. ¿Con quién cree usted que está tratando?

—Es cierto —rió el hombre—. ¡Tengo en mi poder nada menos que a Baby! Toda una hazaña.

—Espero que le concedan una condecoración en Rusia.

—La idea me gusta. Bien, señorita Montfort, la conversación con usted es sumamente agradable, pero… innecesaria. Ahora, voy a darle instrucciones respecto a su estancia en esta casa. En el frigorífico tiene usted comida para varios días, de modo que nada debe temer a ese respecto. Tengo informes de que es usted una cocinera aceptable…

—No demasiado.

—De todos modos, la mayor parte de los alimentos son de conserva. No creo que pase hambre. También dispone usted, como puede comprobar, de muchos libros y de un magnífico tocadiscos de alta fidelidad, sonido estereofónico y todos esos detalles de sibaritas

de la música. Observe que la discoteca está bien surtida: Tchaikowsky, Mendelsshon, Chopin, Debussy, Porter, Vivaldi… En fin, sus músicos preferidos. Naturalmente, abundan las obras de su músico preferido: Rimsky Korsakov. Tiene usted «Scherezade», «Capriso español», «El vuelo del moscardón»… Hemos procurado que su estancia aquí no le deje mal recuerdo.

—No es mi estancia aquí lo que me preocupa.

—Oh entiendo… Sí, eso puede ser menos agradable, ciertamente, pero… usted me comprende: son cosas del espionaje. No siempre es posible ganar. Sin embargo, una espía de su categoría no debe sentir angustia por el mañana. Ya es suficiente que esté viva hoy, ¿no le parece?

—Es una gran delicadeza por su parte.

—Gracias. Y hablando de delicadezas: tiene usted en el frigorífico algunas botellas de champaña «Perignon Cincuenta y Cinco». Y guindas, por supuesto. No podíamos olvidar este detalle. Como puede observar, nuestro trato inicial no es del todo malo. Pero sí quiero advertirle que si intenta escapar nos veremos obligados a tomar medidas menos amables… ¿Le parece bien?

—Es razonable —musitó Brigitte.

—En efecto. Las rejas están montadas por especialistas. No es posible que puedan ser arrancadas. La puerta contiene chapa de acero, como sin duda habrá comprendido. Las paredes no podrán ser agujereadas sin herramientas apropiadas, y nos hemos cuidado de que no haya ninguna de ellas en la casa. Aparte, va a estar usted en todo momento bajo el control de cámaras de televisión que funcionan, obviamente, en circuito cerrado. Y, por último, si usted, cuya capacidad de evasión es sobradamente conocida por nosotros, intentase algún recurso que no hubiéramos previsto, la gasearemos. Un gas inofensivo, si bien le resultará a usted muy molesto y a nosotros muy eficaz. De modo, pues, que mi consejo cordial es que acepte la situación con tranquilidad y buenos modales.

—Sólo una pregunta más —murmuró la espía—: ¿qué le ha ocurrido al hombre que me esperaba aquí?

—No se preocupe por él —volvió a reír el hombre—. Todo lo que puedo decirle es que usted no es tan lista como se cree. Y ahora, la dejo sola, con sus pensamientos… Felices vacaciones.

—No es cierto que puedan gasearme —refunfuñó Brigitte.

—¿No? Veamos si la convenzo…

Casi al instante, en el *living* comenzó a oírse un fino siseo, característico de gas que se escapa. El finísimo oído de Baby captó el lugar de donde salía, pero no miró hacia allí. Si no se equivocaba, el gas entraba por el suelo, debajo de la ventana del *living.* Debía haber una tubería en el exterior, que terminaba en el piso, empotrada en la pared, en la cual se había hecho diminutos agujeros a ras de tierra.

Simulando estar mareada, Brigitte fue hacia la ventana, y la abrió completamente, respirando con fuerza, mientras miraba hacia sus pies. Todo lo que pudo ver fue unas finísimas rendijas…

—Por supuesto, el gas pierde intensidad estando las ventanas abiertas —aclaró el hombre llamado Boris—, pero es suficiente para dormirla a usted durante unas cuantas horas. Ah, respecto a las ventanas, sería inútil que pidiese ayuda por ellas. Nadie pasa por aquí…, porque nosotros nos cuidamos bien de eso. Sólo la oirían las gaviotas. ¿Quiere que corte ya el gas, o todavía no está convencida?

Brigitte se volvió hacia la gaviota, y asintió con la cabeza. Dejó de oírse el siseo del gas bajo sus pies.

La espía carraspeó fuertemente.

—Se han tomado… muchas molestias para… retenerme prisionera, amigo Boris…

—Verdaderamente, la instalación es perfecta. La pieza bien lo merece. Esperamos que el trabajo haya valido la pena, pero, si usted consiguiese escapar de aquí, sería una lección más a aprender por estos espías vulgares, simples aprendices en comparación con usted. Si desea algo especial que yo pueda proporcionarle, sólo tiene que pedirlo. Hasta luego.

Brigitte se quedó todavía unos segundos mirando hacia el abierto pico de la gaviota. Sabía ya que la cámara estaba dentro del ave, y que el objetivo tenía campo de acción por la boca. Se desplazó completamente hacia la izquierda, y, en efecto, la gaviota giró hacia aquel lado. Y lo mismo hacia la derecha. Y lo mismo cuando se colocó debajo. Y desde debajo se veía parte del mecanismo que sujetaba a la gaviota a la pared. La obra era reciente, pues se veía la pared desconchada y remozada luego, no muy bien, por cierto.

Volvió al centro del *living,* y se sentó en el sofá. Encendió un

cigarrillo, mirando hacia la puerta. Sabía ya que no podía abrirla. En cuanto a las rejas, ni soñar en poder arrancarlas o torcerlas… Por último, su mirada se quedó fija en el teléfono, pero sonrió secamente. Tendría que estar muy loca, o ser una completa imbécil para no comprender que estaba desconectado. De todos modos, lo comprobó, con gesto indiferente. En efecto: desconectado.

Se sentó de nuevo, y se dedicó a fumar, pensativa. ¿Qué significaba todo aquello? Pensó en la posibilidad de una estúpida broma por parte de Charles Pitzer, pero la desechó inmediatamente. Tío Charlie sabía muy bien que no era prudente gastarle aquellas bromas a la agente Baby. Una cosa eran los entrenamientos, cuando ella sabía que no tenía que matar a nadie, y otra cosa aquella encerrona sin explicaciones. Si ella conseguía acercarse al tal Boris, las cosas acabarían muy mal… para uno u otra.

No.

No podía ser una broma.

Lo cual quería decir que tío Charlie estaba en condiciones parecidas a las de ella. O que había muerto.

Esa idea no le gustó, y su mirada azul, fría como un trozo de hielo, fue hacia el objetivo de la cámara, metido en la boca de la gaviota…

Su fría mirada fue perfectamente captada por la pantalla de televisión, y el hombre que estaba ante ella volvió la cabeza, hacia el que miraba una revista tendido en el catre de aquella habitación.

—Está muy enfadada… —musitó el hombre—. Algo ha pensado que no le gusta ni pizca.

—Ya se calmará. ¿Qué hace ahora?

—Está fumando y pensando.

—Mientras se limite a eso, no hay cuidado.

—Esperemos que así sea. Baby no es pieza para tener encerrada. Intentará salir de ahí por todos los medios.

—¿Y cuáles son «todos los medios»? —Sonrió irónicamente el que vigilaba la pantalla—. Que yo sepa, no dispone de ninguno. Y si he de serte sincero, todo esto me parece una tontería. Podríamos haberla encerrado en el cuartel general.

—Quizá. Pero nuestras órdenes son tenerla ahí, bien vigilada, esperando instrucciones. Y eso es lo que haremos, por peligroso que resulte.

—¿Peligroso? ¿Por qué? ¡Nadie podría salir de ahí!

El otro se levantó del catre y fue a mirar la pantalla. Se quedó contemplando irónicamente a Brigitte, que seguía fumando, pensativa.

—Dicen que Baby se puede convertir incluso en humo —sonrió—. Pero supongo que son exageraciones.

—¿Exageraciones? Yo diría que son tonterías.

—De todos modos, vigílala bien, vaya al cuarto que vaya. No creo que tarde en descubrir todas las cámaras, pero eso no importa. Lo que sí importa es que ella está ahí dentro… Demonios: por una parte, casi me gustaría que escapase. ¡Eso sería algo digno de verse!

—¿Estás loco? —Gruñó el otro.

—Bueno… Yo siempre he oído decir que aunque uno no sea un genio del arte, tiene que saber admitir cuándo contempla una obra genial. Si ella logra salir de ahí, lo primero que habría que sentir sería admiración. ¿O no?

—Desde luego… Pero no saldrá. La pantera está en la trampa. No saldrá.

Capítulo II

El hombre abrió los ojos, se sentó en la estrecha cama, y se desperezó, mirando hacia la pantalla. Frunció el ceño al mirar su reloj, y luego se lo acercó a una oreja.

—Pues funciona… —mascullό—. ¿Qué hora tienes tú?

—Las dos y media.

—Ajá… Esa misma tengo yo. Demonios, yo creo que éstas no son horas de oír música… ¡No me deja dormir!

Se acercó a la pantalla, bostezando, y miró a Brigitte, que estaba sentada en el sofá, lánguidamente. En la pequeña mesita redonda tenía una botella de champaña «Perignon Cincuenta y Cinco» y un tarrito de cristal con guindas. En aquel momento, bebió un sorbito de champaña y se escanció un poco más. El tocadiscos *hi-fi* estaba funcionando. «Canción de Primavera» de Mendelsshon. Y la mejor espía del mundo parecía estar poco menos que en éxtasis escuchando la música.

—Maldita sea… ¿Por qué no cortas el sonido un rato, al menos? Quisiera dormir un poco.

—Tendrás que acostumbrarte. Conoces bien las órdenes severísimas sobre eso. No hay que perderla de vista ni un segundo.

—No podrá salir, lo sabemos muy bien.

—No importa: hay que vigilarla. Es Baby, no lo olvides.

—Desde luego, tiene nervios de acero… Pero me pregunto cuánto tiempo resistirá. ¡Hey! ¿Qué hace ahora?

Brigitte se había levantado. La música había cesado, y eso pareció volverla a la realidad. Acabó el champaña que había en la copa, y se puso en pie, estirando los bracitos. Se fue lentamente a uno de los dormitorios, y salió en seguida, arrastrando una manta.

—¿Qué irá a hacer con esa manta?

La vieron colocarla en el sofá, y, en seguida, comenzó a quitarse

el vestido. Pero se detuvo de pronto, y miró hacia el objetivo de la cámara…

—Parece que va a dormir en el sofá. ¿Por qué, si tiene dos camas? ¡Ojalá pudiera yo tener una de esas camas, y dormir todo lo confortablemente que puede hacerlo ella!

—Me pregunto si de verdad piensa dormir… Me produce la misma impresión que si viese a una gatita dispuesta a salir por los tejados en busca de aventuras amables.

—¿Crees que va a intentar algo ahora?

—No sé… Ha tenido muchas horas para pensar. Es posible que se le haya ocurrido un plan para salir de ahí. Será divertido observarlo. Va hacia la cocina…

—Conecta la cámara de allá.

El que estaba de vigilancia apretó un botón de un pequeño tablero de mandos que tenía al lado, y en la pantalla apareció la cocina. Brigitte Montfort entraba en ella segundos después. La vieron guardar las guindas en el refrigerador. Luego, de uno de los armaritos sacó unas rodajas cuadradas de pan.

—Parece que va a comer un sándwich…

Pero no. Eligió dos de las rodajas de pan, y salió de la cocina, quitándolas la tierna corteza dorada. Cuando conectaron de nuevo la cámara del *living,* la vieron haciendo una bola con la miga del pan… Vaciló, y fue al interruptor de la luz, accionándolo. El *living* quedó a oscuras, pero sólo un instante.

—¡La luz roja! —exclamó el compañero del vigilante en funciones.

Este apretó otro botón, y en lo alto de la misma lámpara que había apagado Brigitte, pendiente del techo en el centro del *living,* apareció un suave resplandor rojo, que iluminó la escena lo suficiente para que pudieran ver de nuevo a la espía. Era una luz suficiente para ver, pero que no podía molestar a quien se dispusiera a dormir. La vieron mirando hacia arriba con el ceño fruncido. Luego, con decisión, arrastró un sillón hasta debajo mismo de la gaviota. Se subió a los brazos del sillón, de modo que estirando los bracitos llegó hasta la boca de la gaviota. Y justo cuando estaban viendo los dos hombres un primerísimo plano del más bello rostro del mundo, la visión desapareció. La pantalla quedó completamente oscura.

—¡Señorita Montfort! —exclamó el vigilante—. ¡Le habla Boris! ¡Déjese de trucos, y le voy a enviar una ración de gas!

—Sólo es miga de pan en el objetivo, amigo Boris —oyeron la plácida voz de la espía—. No me gusta que me estén vigilando mientras duermo.

—¡Quite inmediatamente esa miga de pan del objetivo!

—Es que voy a quedarme en prendas menores…

—¡No estamos aquí para contemplar su desnudez, nos importa en absoluto eso…! Duerma vestida, o envuélvase en la manta, o en una sábana… Lo que usted quiera…, ¡pero quite la miga de pan ahora mismo! ¿Me está oyendo?

Silencio.

—¡Señorita Montfort, no me obligue a hacerlo! Silencio.

—Envíale gas —masculló el otro—. Si fracasase en esto, me retiraba de la profesión. ¡Y no nos hemos molestado en hacer la instalación para no utilizarla cuando conviene!

—Señorita Montfort…, ¡es mi último aviso!

Silencio.

Boris apretó otro botón, mientras su compañero revisaba el sistema.

—Se habrá ido a otra habitación… —masculló—. ¡Da el gas en toda la casa!

Más botones. Pero la pantalla seguía a oscuras.

Y así estuvo durante cinco minutos. Boris fue pulsando los mandos de las otras cámaras, y las luces rojas. Una a una fueron apareciendo las piezas de la casa, vacías. Cuando de nuevo conectaron con la cámara del *living,* la pantalla volvió a mostrarse oscura.

—¡Algo está tramando! —exclamó Boris.

—Cálmate. Sabemos que no puede salir de ahí. Dentro de unos minutos, por mucho gas que esté escapando por la ventana, ella se habrá dormido.

—Quizá convendría ir a echar un vistazo a la casa…

—Ni hablar… ¿No lo comprendes? ¡Es lo que ella quiere! Está intentando obligarnos a entrar en la casa, para ver qué ha sucedido. Y no seré yo quien lo haga. No tengo el menor deseo de pelear con ella. Sería diferente si pudiera matarla, pero… Las órdenes son clarísimas en esto. Además, no…

La imagen se presentó de pronto en la pantalla. Todavía pudieron ver a Brigitte Montfort, subida al sillón, casi cayéndose. Se dejó caer de rodillas en el asiento, y alzó una mano, comenzando a toser fuertemente. En la otra mano tenía una servilleta, doblada varias veces…

—Ya basta… —jadeó ella—. ¡Ya basta!

—Ha intentado resistir al gas tapándose la boca y la nariz con algo —masculló Boris—. ¡Debe estar loca!

—Ya basta —imploraba Brigitte—. ¡Por favor, Boris, corte el gas!

El llamado Boris lo hizo, y Brigitte se dirigió, a trompicones, hacia la ventana. La vieron sujetarse a los barrotes de hierro, y no la perdieron de vista mientras permaneció allí, respirando con fuerza…

—No me gusta esto —masculló Boris—. Ella está tramando algo. ¡No puede ser tan imbécil como para haberse arriesgado a ser gaseada sólo para que no la veamos mientras duerme!

—Es posible que esté tramando algo. Pero nosotros sabemos que no puede salir de ahí, de modo que no caeremos en sus argucias. Estamos a cuatrocientas yardas de ella. Nada más fácil que ir allá…, pero no iremos. Ya son casi las tres… Mi turno. Ve a dormir un rato.

—Espera… A ver qué hace ahora.

Lo que hizo Brigitte Montfort fue muy simple: se quedó en prendas menores, colocó cuidadosamente sus ropas sobre uno de los sillones, y fue de nuevo a uno de los dormitorios…

Apareció el dormitorio, con la luz encendida. Brigitte Montfort cogió una de las sábanas, apagó la luz y salió envolviéndose en la sábana. Por fin, se tendió en el sofá, se echó la manta encima…, y eso fue todo.

—Es muy ordenada con sus cosas, ¿verdad? Cualquier persona habría dormido vestida.

—Es muy pulcra —gruñó Boris—. Y muy astuta. Puedes estar seguro de que está tramando algo.

—Sea lo que sea, nada conseguirá. Ve a dormir un rato.

Durante todo el día siguiente, nada ocurrió que despertarse los recelos de Boris y su compañero. Brigitte Montfort, alias Baby, se comportó con una docilidad y tranquilidad admirables. Estuvo

leyendo, oyendo música, mirando las gaviotas por la ventana, comió, bebió champaña, durmió una breve siesta…

Hacia las ocho, cuando empezaba a anochecer, dejó de pronto de oír música, y sus maravillosos ojos azules quedaron fijos en el objetivo de la cámara de televisión.

Una seca sonrisa apareció en sus labios sonrosados.

—Voy a por usted, Boris —dijo—. Nos veremos pronto.

—Está loca —mascülló Boris—. ¡Dice que viene a por mí!

—No le hagas caso…, o serás tú el que se volverá loco. A ver qué tontería ha tramado. Atentos…

La vieron ir a la cocina y tomar un montón de rebanadas de pan, del cual fue separando la miga, haciendo una gran bola, sonriendo.

—Quiere tapar otra vez el objetivo —farfulló Boris—. Ya te he dicho que ella está tramando algo…

La vieron acabar de formar una gran bola de miga de pan. Luego, fue a la ventana de la cocina, con un cuchillo en la mano.

—Déjala hacer. Nos aburriremos todos menos.

Brigitte arrancó los listones que sujetaban el cristal de la ventana donde estaba instalado el extractor de aire. Luego, cortó primero uno de los hilos eléctricos; después, el otro. Se quedó con el cristal en cuyo centro estaba encajado el extractor de aire en las manos.

—Señorita Montfort —masculló Boris—, ¿qué piensa hacer con eso?

—Salir de aquí, amigo Boris —le sonrió ella, mirando directamente a la cámara.

Y, sin más, fue allá y le colocó un trozo de miga de pan. La imagen desapareció. Boris conectó inmediatamente la del *living.* Vieron a Brigitte saliendo de la cocina, cerrando la puerta. Luego, entró en el lavabo, y en los otros dos dormitorios, abriendo completamente todas las ventanas y cerrando las puertas al salir. Por fin, quedó en el *living,* único lugar donde la cámara todavía podía conseguir imagen. Pero, evidentemente, eso iba a durar muy poco.

La vieron acercarse a la gaviota, con el resto de la miga de pan en una mano. Al pasar, dejó el cristal con el extractor sobre un sillón. Luego, reanudó su camino hacia la gaviota. El otro sillón aún estaba debajo de la cámara oculta.

—Señorita Montfort, si hace eso, nos veremos obligados a soltar el gas en toda la casa. Sea…

La imagen desapareció. La pantalla quedó completamente negra. Boris fue apretando los botones de todas las cámaras, pero la pantalla permaneció oscura.

—Señorita Montfort, nos ha dejado ciegos, pero el gas…

—No se moleste en hablar, amigo Boris. Dentro de unos segundos, tampoco podré oírle, porque voy a estropear los altavoces. Pronto nos veremos.

Se oyó un crujido fortísimo, muy agudo, y los dos hombres respingaron. El compañero de Boris lanzó una exclamación muy fea.

—¡Nos ha estropeado los micrófonos también! Ahora no sabemos nada de nada…

—Sólo que está encerrada ahí dentro. Voy a dar todo el gas, en todas las habitaciones.

Apretó todos los botones. Luego, se quedaron mirándose uno a otro, indecisos.

—Contando con que se coloque junto a la ventana abierta, no permanecerá despierta ni diez minutos —aseguró Boris—. Y luego, sería conveniente que fuésemos a ver cómo están las cosas allá.

—No —siguió negándose el otro—. Es todo una jugada de ella, que nosotros no vamos a seguir. No puede salir, y eso es todo lo que nos importa. La dejaremos dormida, y que haga lo que quiera cuando despierte. Si ella está esperando que abramos esa puerta, es que es una pobre boba.

—Pero tendríamos que ir a revisar todo el sistema de vigilancia…

—¿Para qué? Lo estropeará cuantas veces le venga en gana… No. Nos quedaremos aquí, eso es todo, hasta que recibamos nuevas instrucciones. Si tú has olvidado lo que nos dijeron sobre ella, lo que ya sabíamos nosotros, yo no lo he olvidado. Mientras esté allá y nosotros aquí, todo va bien. Déjala que se distraiga como quiera. Mientras tanto, nosotros tomaremos unos bocadillos.

—Bien… Tienes razón, desde luego. Pero es que esa mujer me pone nervioso… ¡Precisamente por todo lo que sabemos de ella!

—Iré a por los bocadillos —gruñó el otro.

—¿Qué hora es? Este maldito reloj me está fastidiando… Señala las nueve y media.

—Esa es la hora —aseguró Boris—. Estaba pensando que me gustaría echarle un vistazo a Baby.

—¿Para qué? Ella está dormida, eso es todo.

—La tenemos tan cerca… Podría ir uno de nosotros a echar un vistazo por la ventana. Sin abrir la puerta. Y si no la vemos, tampoco abriremos.

—Hum… No está mal pensado. Iré yo mismo… Sí, es una buena idea. Pero, desde luego, no pienso abrir la puerta aunque no la vea. Ella estará allí, de todos modos, eso es infalible. Y bien dormida. Pero, por si acaso, haremos un poco el fantasma, no sea que pudiera verme.

—¿Qué quieres decir?

—Me ocultaré el rostro con el pañuelo, y me hundiré bien el sombrero. Hasta ahora.

—Seguiré vigilando la pantalla.

El compañero de Boris salió de aquel cuarto y recorrió el *living,* encasquetándose con fuerza el sombrero, casi hasta las cejas. Abrió la puerta de la casa, salió al pequeño porche comenzando ya a sacar el pañuelo del bolsillo…, y quiso volverse al oír el ligero ruidito tras él.

Ya no tuvo tiempo.

Una mano blanca, diminuta, deliciosa, se crispó en el aire, endureciéndose, curvándose ligeramente en la postura perfecta para el golpe de karate.

¡Crash!

El golpe resonó blandamente, como un ligero chasquido, en la nuca del hombre. Pero eso fue el ruido exterior. Por dentro, en la cabeza masculina, pareció estallar una carga de dinamita; la cabeza del hombre se llenó de puntitos brillantes, rojos, azules, blancos… Cayó de rodillas en el borde del porche, perdió allí el equilibrio, y rodó por los tres peldaños, hasta el suelo. Apoyó las manos, como si todavía tuviera fuerzas para incorporarse… Pero aquella esbeltísima sombra había saltado tras él, y movió velozmente una de sus piernas. La punta del zapatito dio en el hígado del hombre, que cayó de bruces, por fin, como fulminado, lívido el rostro. Y, acto seguido, con el otro pie, la agresiva sombra le golpeó en un lado del cuello, también de punta.

Voilá.

Dos blancas manitas asieron al hombre por las manos, y lo arrastraron hacia la sombra completa en un lado de la casa. Rápidamente, una de aquellas manos extrajo la pistola del sobaco masculino. Luego, dos finos deditos se posaron en la carótida del desvanecido espía.

«Estás vivo, querido mío —pensó Baby, sonriendo fríamente—. Pero me pregunto si eso es bueno o malo para ti».

Le soltó la mano, que cayó blandamente. Luego, se quedó inmóvil, casi sin respiración, escuchando cualquier ruido cercano a ella que pudiera significar peligro. Pero todo lo que oyó fue el rumor del cercano mar.

Se incorporó, y se deslizó hacia el porche. Subió, con toda la cautela conveniente, y se quedó mirando la puerta, abierta. Al fondo, en el suelo, se veía una raya de luz. Debía ser de un dormitorio. Y no era probable que el hombre al que acababa de vencer tan fulminantemente estuviera solo, en efecto, circunstancia que ya había tenido en cuenta la espía internacional. Entró en la casa, y caminó, ya descalza, hacia donde se veía la raya de luz en el suelo. Asió el pomo de la puerta con la mano izquierda, y empuñando la pistola con la derecha, abrió, de pronto, pero suavemente, sin violencia ni ruido.

El hombre que estaba ante la pantalla de un televisor especial debía tener el oído muy fino, sin embargo, porque se volvió en seguida, si bien con tranquilidad, alzando las cejas.

—¿Has olvidado alg…?

Se quedó con la boca abierta. Inmediatamente, palideció, y sus ojos se desorbitaron, quedando fijos en aquellos otros, tan azules, tan hermosos… y tan perversos entonces.

—Hola, Boris —sonrió gélidamente la espía—. Observo que también hablas el inglés muy bien. Es natural, claro.

Todavía pálido y atónito, Boris pudo parpadear, al fin. No era posible… Allá la tenía. Cubierta de yeso y polvo rojo de ladrillo, con el vestido algo desgarrado, pero… allá la tenía.

—No es… posible… —jadeó, de nuevo en inglés—. ¡No es posible!

—¿Verdad que no? En realidad, sólo soy el fantasma de Baby. ¿Dónde está el hombre que me esperaba en la casa? ¿Vivo o muerto?

—Está vivo… Espere, no vaya a disparar, le explicaré…

—Por supuesto que me lo explicará todo. Pero no ahora y aquí, querido mío. Es evidente que ustedes son más de dos, de modo que nos iremos inmediatamente. ¿Está dispuesto a ser un buen muchacho obediente, o prefiere un par de balas en el estómago?

—Haré… lo que usted diga… ¿Va a llevarnos con la CIA?

—¡Qué inteligencia tan penetrante! —Se burló Brigitte—. Vamos, salgamos de aquí. Muévase.

—¿Mi compañero…?

—Está vivo… por ahora. Salga. Y tenga mucho cuidado… Ah, un pequeño detalle. Abra su chaqueta, que yo vea la pistola. Luego, solamente con dos dedos, sáquela y déjela caer al suelo… Y no sea tonto, Boris. ¿Comprende? Prefiero tenerlos vivos, para canjearlos por el hombre que tienen prisionero.

El llamado Boris obedeció. La pistola cayó al suelo. Luego, Brigitte salió del cuarto, de espaldas, haciéndole señas para que fuese caminando hacia ella. De esta forma, salieron de la casa, y fueron adonde yacía el otro hombre. Brigitte lo señaló.

—Cargue con él y métalo en el coche. En la parte de atrás.

Boris obedeció. Llevó a su compañero al coche, que estaba a un lado de la casa. Brigitte le abrió una portezuela de atrás, y Boris tiró dentro a su compañero. Empezaba a salir, todavía inclinado, cuando presintió lo que iba a ocurrir… Sólo que ya no tuvo tiempo de evitarlo. Recibió en plena cabeza el tremendo trastazo propinado por Brigitte con la pistola del otro, y cayó fulminado en el piso del coche, quedando inmóvil.

La espía le asió por los pies y lo tiró hacia dentro con muy poca delicadeza. Luego, abrió el capó del coche, utilizando las llaves que sacó de un bolsillo del otro hombre. Efectivamente, encontró una larga y sólida cuerda de plástico con ganchos en los extremos, de las que suelen utilizarse para remolcar un coche. Utilizando toda la cuerda entera, sin cortarla, ató a los dos hombres de pies y manos. Del botiquín del auto sacó un gran rollo de esparadrapo, con varias tiras del cual tapó las bocas de los dos espías y acabó de asegurar fuertemente las ataduras. Los dejó convertidos en dos paquetes muy interesantes.

Pasó al volante, introdujo la llave en el contacto y puso el motor en marcha.

Cuando se alejaba de allí, iba pensando que, puesto que no disponía de su radio de bolsillo, no tendría más remedio que llamar a la floristería del tío Charlie por teléfono. Bueno, lo haría desde cualquier cabina de la carretera. Había visto una precisamente entre Hunington y Northport.

Como ha podido observarse, el fantasma de la agente Baby es tan eficaz como si fuese la mismísima Baby.

Capítulo III

El coche se detuvo al borde de la carretera, y la portezuela derecha se abrió, empujada por el conductor. Brigitte entró en seguida sentándose junto a éste, hoscamente.

—Creí que se había dormido por el camino, Simón.

—Lo lamento, no he podido correr más… Ya conoce el tráfico de Manhattan. ¿Está bien?

—Ya le dije por teléfono que sí. Vamos, de prisa. Aquellos hombres quizá hayan recuperado el conocimiento.

—Entonces… ¡habrán escapado!

—No creo. Es imposible que hayan tenido tiempo de soltarse. Además —mostró las llaves del coche—, los dejé encerrados en el coche, que lleva cristales a prueba de balas. Tampoco tienen la llave del encendido, y no podrán hacer un «puente de contacto» porque me llevé un par de hilos. Están allá como en una celda.

—Bien… Ha sido buena la idea de dejarlos fuera de la carretera, entre los árboles. Esperemos que les expliquen qué es lo que se proponían…

—Lo primero que han de explicarnos es dónde está tío Charlie. Y si le han hecho algo…

—¿Al señor Pitzer? —exclamó Simón.

—¿Qué otro tío Charlie podría ser? —refunfuñó Brigitte—. No creo que usted conozca ninguno más. Ni yo. Me refiero a Pitzer, naturalmente, a su jefe en la floristería y en espionaje… Supongo que ya debía haber cerrado la floristería, Simón.

—Sí… Sí, desde luego. Es tarde ya. Pero no comprendo bien esto… ¿Le ha ocurrido algo a tío Charlie?

—Los amigos de esos dos hombres deben tenerlo prisionero. Me citó en la casa de la playa, y cuando llegué…

—¿Quién la citó en la casa de la playa? ¿Pitzer?

—¡Naturalmente! Me llamó por la radio de bolsillo ayer tarde, y

me dijo…

—Espere… Espere, Baby… Aquí hay algo que no está bien. Algo que no encaja. ¿Dice que Pitzer la llamó por la radio de bolsillo?

—Claro…

—Bueno… Yo creo que no es posible.

—¿Por qué?

—Porque Pitzer está en Washington desde anteayer. De modo que no pudo llamarla desde la Central hasta Nueva York utilizando la radio de bolsillo. No tiene tanto alcance, ni mucho menos.

Brigitte quedó estupefacta.

—¿Tío Charlie está en la Central de la CIA, en Washington…, desde anteayer?

—En efecto.

—No es posible. Él me llamó ayer. Yo estaba en mi apartamento, trabajando en mi libro… ¡Estoy segura de que él me llamó!

—Quizá haya venido a Nueva York sin decírmelo —susurró Simón.

—No diga tonterías… ¡Pero esto es absurdo! Fue tío Charlie quien me llamó, me citó en la casa de la playa, cerca de Northport, me dio toda clase de detalles para llegar allá… ¡Conozco perfectamente la voz de tío Charlie! Además, ¿quién sino él, usted, yo y los demás agentes del Sector de Nueva York conocemos la onda de llamada en nuestras radios de bolsillo?

—En teoría, sólo nosotros, ciertamente. No sé lo que está pasando, pero sí le aseguro que Pitzer está en la Central desde hace dos días. Y dudo mucho que haya venido a Nueva York, la verdad. Aunque, repito, podría ser posible. Quizá alguna nueva misión secreta para usted… No sé. ¿Sigo recto o…? Ah, ya recuerdo… Hacia la izquierda ahora, ¿no es así?

—Sí —musitó Brigitte.

Se quedó pensativa, hosca la expresión. De cuando en cuando, su rostro quedaba iluminado intensamente al cruzarse otro coche en la carretera. A los lados, salvo las luces del coche de Simón, o de los otros, esporádicos, sólo se distinguían las sombras de los árboles. Y luego todo quedó aún más oscuro cuando salieron de la 25-A tomando el camino de tierra hacia la costa. Las luces del coche eran como dos pinceladas amarillas que apuntaban hacia el mar.

Por fin, Simón detuvo el coche, y se volvió hacia Brigitte, que

continuaba pensativa.

—Me dijo usted que los había dejado por aquí, ¿no?

—¿Eh…? Sí… Sí, por aquí. Un poco más allá, entre aquellos arbustos altos. El coche quedó bien oculto allá, Simón.

—Muy bien —el simpático florista-espía, ayudante de Charles Pitzer en ambas actividades, la primera de las cuales servía de cobertura, sacó su pistola—. Será mejor que vayamos prevenidos, por muy seguros que estén esos tipos. No creo que nuestros compañeros tarden ni siquiera cinco minutos. Vendrán cuatro de ellos, y se los llevarán a un lugar donde podremos interrogarlos… con las comodidades que se precisan… ¿Dónde dice que dejó el coche?

Brigitte se había detenido ya, y miraba hacia los arbustos, muy abiertos los ojos, un poco pálida.

—No está… —susurró—. ¡No está el coche, Simón!

—Bueno, quizá se haya confundido de matorrales. Todos son iguales, y no…

—¡No me he confundido de nada! ¿Con quién cree que está hablando? ¡Yo no me equivoco en tonterías como ésta!

—Cálmese… Por favor, Baby, tranquilícese. Parece que no le resulto simpático esta noche.

—Lo siento… Perdone, Simón. Pero es que dejé el coche en este lugar… Vea… Sólo a la luz de la luna ya se ven algunas marcas de las ruedas del coche.

—Voy a por una linterna. Quizá encontremos algo interesante.

Fue al coche en busca de la linterna. Cuando regresó, Brigitte se la tomó de las manos, y se metió entre los matorrales. Allí, la tierra era un poco más esponjosa, y se veían claramente algunas pisadas de zapato masculino, además de los pequeños hoyitos producidos por los tacones de los zapatos de Brigitte.

—Vea las huellas, Simón. Las mías, que marqué en el suelo cuando me apeé para ir a la carretera en busca de un teléfono. Y las de un hombre… Un hombre que tuvo que llegar después de irme yo… y que se ha llevado el coche, con los dos hombres dentro. El coche estaba cerrado, el contacto estropeado… Pero un hombre ha venido, ha abierto el coche, ha podido ponerlo en marcha, y se ha marchado tranquilamente.

Simón se rascó furiosamente la coronilla.

—Bien… No sé qué decirle… ¿Se fijó en la matrícula de ese coche?

Brigitte le dirigió una furibunda mirada.

—¿Usted qué cree? —estalló.

—Claro… Sí, lo hizo… Bueno, tendremos que buscar ese coche. Aunque una buena idea sería ir también a esa casa donde tenían sus instrumentos de vigilancia y todo eso que me ha contado… tan por encima.

—Ya no irá nadie allí, pero iremos de todos modos. Tengo que recoger mi coche. Y no perderemos nada echando un vistazo a las dos casas…

—¿No tiene usted la menor idea de lo que pretendían esos dos tipos? —preguntó Simón.

—No.

—Bien… Ah, se acerca otro coche. Deben ser nuestros compañeros.

En efecto, segundos después, otro coche se detenía junto al de Simón, y cuatro hombres se apearon rápidamente. Refunfuñaron algo cuando Simón les dijo que las presas se habían esfumado, pero Brigitte aún refunfuñó más que ellos.

—No se han dado ustedes prisa, precisamente —se molestó.

—Tuvimos que reunirnos, cruzar la ciudad… Un coche no es un helicóptero, Baby.

—Sí, está bien… Vuelvan al coche y sígannos. Iremos a echar un vistazo a esas dos casas. Y procuren no quedarse atrás.

Esto último lo dijo algo secamente, cosa que no gustó a los espías del Sector de Nueva York. Un poco mohínos todos, ocuparon sus respectivos autos, y poco después, regresaban a la carretera.

—Aún no me ha dicho cómo pudo salir de semejante trampa —murmuró Simón.

—Por el techo.

—¿Por… el… techo?

—Sí.

—Pero… ¿cómo?

—Lo rompí, lo perforé.

—¡Perforó un techo de una casa…! ¿Está bromeando?

—No estoy de humor para bromear, Simón, porque presiento que tío Charlie está en apuros.

—Ya le he dicho…

—¡Conozco la voz de tío Charlie, conozco cualquier voz sólo con haberla oído una vez! ¡Fue tío Charlie quien me llamó ayer por la tarde, por la radio de bolsillo! Y ni usted ni nadie me van a convencer de lo contrario.

—Eso ya se verá luego —refunfuñó Simón—. Explíquense eso de que salió… por el techo de una casa. ¿Había un agujero y usted lo agrandó…?

—No. Sabía por dónde salía el gas en todas las dependencias de la casa, de modo que tapé las rendijas con miga de pan. Además, cerré las puertas y abrí las ventanas. El gas de cada habitación salió por su respectiva ventana… Quiero decir, el poco gas que podía salir por entre la miga de pan. Lo mismo hice en el *living,* donde, además, instalé el renovador de aire que había en la cocina. De modo que el poco gas que salía de las rendijas del suelo era inmediatamente absorbido por el extractor y lanzado al exterior. Despreocupada del gas, por tanto, y sabiendo que no podían verme ni oírme, pues había tapado los objetivos de las cámaras de televisión y estropeado los micrófonos localizados durante todo el día, me dediqué a romper el techo.

—¿Cómo pudo hacer eso?

—Con un cuchillo, primero. Coloqué el sofá debajo de la lámpara. Encima del sofá, un sillón. Encima de ese sillón, otro. Así que llegué fácilmente al techo. Arranqué una buena parte de estuco con el cuchillo, perforando el cielo raso. Luego, con una botella de champaña, fui agrandando el agujero, hasta que pude ver bien el tejado. No fue demasiado difícil romper algunas de las tejas. Por fin, coloqué un silloncito de un dormitorio sobre el último sillón, y así pude salir al tejado.

—Santo cielo… Pero estaba desarmada, ¿no?

—Sí.

—¿Cómo atrapó a los dos hombres, entonces? ¿Y cómo sabía que estaban en la casita más próxima a la suya?

—Vi el coche dirigirse hacia allí, y me pareció que era posible que estuviesen en aquella casa. Resultó que sí. Fui allá y los atrapé. Eso es todo.

—¡Eso es todo! —bufó Simón.

—Así de simple. Pero no todo se puede hacer bien. No debí

separarme de aquellos hombres.

—Los buscaremos, partiendo del coche cuya matrícula me dará usted. Será una tarea muy larga, laboriosa, y casi diría que…

—Inútil. Ya lo sé. Tan inútil como ir a esas casas. Pero algo hay que hacer.

No sacaron nada en claro de aquellas casitas. Por supuesto, Simón aseguró que se encargarían de saber a quién pertenecían, y que se quedarían con todos los aparatos. Pondrían vigilancia, también, a pesar de saber perfectamente que nadie implicado en aquel asunto volvería a aparecer por allí. En definitiva, lo único que se podía hacer era confiscar todo el material e interesarse por los propietarios de aquellas casas y del coche cuya matrícula anotó uno de los agentes, dictada por Brigitte.

Por último, los cuatro agentes quedaron encargados de todo, y Simón señaló hacia su coche.

—Será mejor que regresemos a Nueva York. Llamaremos a la Central por la radio de la floristería, a ver qué dicen sobre este asunto… y sobre el paradero del señor Pitzer.

—De acuerdo. Vaya delante, Simón. Le seguiré con mi coche.

—Bien.

—Ah, un momento… Yo también tengo algo que confiscar en esta linda casita.

Entró en ella, empujando la puerta, que había sido reventada con una pequeña carga de plástico. Cuando salió, llevaba varias botellas en los brazos, y sonreía secamente.

—No iba a dejarme aquí media docena de botellas de «Perignon» —aseguró—. Dice un refrán español que «de lo perdido, saca lo que puedas». Vámonos, Simón.

Eran poco más de las doce de la noche cuando Simón conseguía comunicación con míster Cavanagh, el jefe directo de la CIA del Grupo de Acción, en el cual estaba incluida Baby, naturalmente.

—Soy Baby, míster Cavanagh —musitó la espía—. ¿Está el señor Pitzer ahí, en la Central?

—Desde luego. ¿Ocurre algo, Baby?

—¿Cuánto hace que está el señor Pitzer en la Central?

—Algo más de cuarenta y ocho horas. Estamos dedicados a un asunto importante… Yo lo mandé llamar. ¿Qué está pasando?

—Quiero… quiero saber si el señor Pitzer ha… ha venido a Nueva York estos días…

—Pitzer está conmigo en conferencia continua desde hace unas cincuenta y cuatro horas. No ha salido de la Central, de Langley. ¿Por qué?

—¿Puedo hablar con él? Por favor, míster Cavanagh. Es importante.

—Lo despertaré. Estamos cansados los dos, pero tendrá que escucharla. Un momento.

Dos minutos más tarde, Brigitte Montfort palidecía definitivamente al escuchar la voz de Charles Alan Pitzer, inconfundible… Tan inconfundible como la que había oído en su radio de bolsillo, el día anterior, citándola en la casita de la playa.

—Hola, Brigitte… Es muy propio de usted fastidiarme cuando estoy reventado… ¿Qué le pasa? ¿No le ha enviado Simón las rosas rojas de cada día? Sepa…

—Tío Charlie… ¿Me llamó usted por la radio de bolsillo ayer por la tarde?

—Claro que no. ¿Cómo podría hacerlo, desde aquí? Nuestras radios son magníficas, pero la distancia es excesiva. Además, querida niña, he estado muy ocupado. Dígame: ¿cuál es su problema?

—¡Usted me llamó ayer por la tarde, por la radio de bolsillo! —Casi gritó Brigitte, a punto de golpear el micrófono—. ¡Y no me venga con mentiras estúpidas! Resulta que yo he estado temiendo por su vida, y usted se dedica a… a… a cosas absurdas… ¡Quiero una explicación de todo esto!

Hubo unos segundos de silencio antes de que se volviese a oír la cansada voz de Charles Alan Pitzer:

—Mire, Brigitte, estoy muy cansado… No sé qué pasa, pero sí puedo asegurarle que nada tengo que ver con ello. No la llamé ayer, y puedo probárselo de mil maneras, empezando por el testimonio de míster Cavanagh. No estamos aquí para bromas, querida. Si alguien se hizo pasar por mí para gastarle una broma a usted…

—¡Nadie me gasta a mí esas bromas! ¡Ni nadie es capaz de engañarme en eso, señor Pitzer!

—Tranquilícese. Por el hecho de que me llame «señor Pitzer» comprendo que está muy irritada, pero yo no tengo la culpa. Insisto

en que no la llamé.

—¡Escuche, está usted hablando con Baby, no con una principiante! ¡Si yo digo que oí su voz, es que oí su voz! Fue usted quien me llamó, quien me citó en la casita de la playa…

—De acuerdo… —suspiró Pitzer—. ¿Puedo volver a mi cama?

—¡Admite que usted me citó en…!

—¡No lo admito! —chilló por fin Charles Pitzer—. ¡Todo lo que quiero es descansar, dormir, olvidarla…! ¿Se entera? ¡No admito nada, no la llamé, no sé nada de casitas en la playa…! Pero si usted quiere que lo admita, lo admito, para que me deje dormir. ¿Algo más?

—¿No me llamó usted?

—¡No! ¡Buenas noches! —Se oyó un resoplido.

Y, a los pocos segundos, la voz de míster Cavanagh otra vez:

—Brigitte…, ¿me oye?

—Sí, señor —musitó la espía.

—Tiene que creer a Pitzer. Es completamente imposible que él la llamase ayer, por ningún medio.

—Pero era su voz… ¡Era él!

—Bueno… ¿Necesita alguna clase de ayuda?

—No… Resolveremos nosotros mismos este asunto, míster Cavanagh. Tardaremos algunos días, pero no pienso dejarlo.

—Magnífico. Espero que me envíe una de sus clásicas cintas grabadas, con un informe completo. Según parece, se trata de un caso muy peligroso de suplantación, que implica conocimiento de nuestra onda en el Sector de Nueva York. ¿Tiene los hombres necesarios para atender el asunto?

—Sí. Pero será largo. Tardaremos días en encontrar una pista. Y eso, con mucha suerte. Mientras tanto, ellos me conocen, y estoy segura que saben dónde encontrarme.

—Ah… Mal asunto, Brigitte. ¿Por qué no se toma unas vacaciones? Podría ir a Honolulú, por ejemplo. Sé que le gusta aquello. Vaya allá a pasar unos días, hasta que sus compañeros del Sector encuentren una pista. Sería una gran medida de prudencia.

—Lo pensaré.

—Pitzer regresa mañana al mediodía a Nueva York. Puede ponerle al corriente del asunto, y marcharse a Honolulú. Tómese unas hermosas y largas vacaciones. Un par de semanas, si quiere.

Naturalmente, los gastos corren por cuenta de la CIA.

—¿Estoy soñando? —se interesó sarcásticamente Baby.

—Le aseguro que no —rió amablemente Cavanagh—. Sabe muy bien cuánto se la aprecia aquí. Créame, tómese sus vacaciones, descanse, tuéstese al sol, cosa que a usted le gusta mucho, y olvide el espionaje unos días. ¿De acuerdo?

—Lo pensaré, señor.

—De acuerdo. Mañana hablará con Pitzer. Y no se olvide de tenernos informados del hotel donde se aloje. Nunca se sabe cuándo la CIA puede necesitar a Baby. ¿Algo más?

—No, señor. Nada más.

—Pues buenas noches.

—Buenas noches, señor…

Simón fue el encargado de cortar la comunicación, y de ocultar la potente emisora-receptora. Luego, se quedó mirando fijamente a Brigitte, con un amable gesto de preocupación.

—Yo de usted —musitó—, haría caso a míster Cavanagh, Baby. No creo que sea una tontería pasar unas semanas en las Hawaii… ¡Demonios, ojalá pudiera ir yo! Además, tenga en cuenta que, en efecto, la labor aquí hasta conseguir una pista será larga… Eso, si conseguimos la pista, cosa que dudo. Y no sería agradable que intentasen algo más… serio contra usted.

—Fue tío Charlie… —musitó Brigitte—. ¡Fue él quien me llamó, Simón!

El espía encogió los hombros.

—Yo lo dudo. Pero usted es muy terca… ¿Qué puedo decir?

—Fue él.

—Yo creo que necesita usted esas vacaciones en Honolulú…

—¡No necesito vacaciones! Simón, usted me conoce desde hace años… ¿Cree que podría equivocarme en algo así?

—Bueno… Sinceramente, no lo habría creído nunca. Pero… Vaya, demonios, sea razonable, Baby. ¿Acaso usted no ha imitado nunca la voz, o la indumentaria, incluso la personalidad de alguien?

—Lo he hecho muchas veces… Pero yo soy… yo, y los demás son los demás. No puedo equivocarme en eso. Era tío Charlie quien me citó, quien me dijo que fuese a esa casita de la playa…

Simón se puso en pie, suspirando.

—¿Quiere que la acompañe hasta su apartamento, Baby?

Ella le miró torvamente.

—El día que necesite un guardaespaldas, me retiraré a un albergue para ancianitos.

—No he querido…

—¡Váyase al infierno! ¡Y no me acompañe hasta la puerta, me conozco de memoria este maldito camino!

Y dejando completamente atónito a Simón ante aquella explosión de malhumor y descortesía, Brigitte Montfort, alias Baby, salió furiosamente del cuarto de la radio.

Cicero estaba durmiendo enroscado en el sofá, pero alzó en seguida la cabeza al percibir el inconfundible olor de aquella persona. Lanzó un estremecido ladrido de gozo, y se sentó, agitado todo él, esperando la caricia que jamás fallaba. Esto era algo que, después de tres años de convivencia, el diminuto chihuahua sabía muy bien: él esperaba a su ama, ella llegaba, le acariciaba las orejas, y poco después lo llevaba a su cesta, donde le daba unas palmaditas en la cabeza y le aconsejaba que se durmiera.

Pero aquella noche, cuando su ama se sentó en el sofá, ni siquiera lo miró, y el animalito lanzó un quejoso ladrido, tristísimo.

—Ah, mi pequeño *Cicero* —Brigitte lo tomó con una mano, y quedó perdonada en seguida—. ¿Sabes una cosa? Tu amiguita Brigitte está en decadencia. Estas orejitas tan lindas ya no funcionan bien.

Cicero volvió a ladrar, contentísimo, porque los finos deditos que tan bien conocía estaban rascando sus orejotas.

—En franca decadencia… ¿Sabes lo que puede ocurrirle a una espía que pierde las facultades hasta tal extremo? Pues que en un hacer así —chascó dos deditos —pasa de ser la más peligrosa espía del mundo… a ser el más inofensivo cadáver. Yo creo que fue tío Charlie quien me llamó, pero… ¿no te gustaría ir a Honolulú? Un par de semanas allá, descansando, quizá me pongan de nuevo en órbita… —Miró hacia una puerta—. Peggy, ¿por qué te has levantado?

La rubita doncella sonrió, quitando importancia a aquel insignificante sacrificio.

—Estaba preocupada por usted, señorita. Como desde que se fue ayer no he sabido nada más… Llamé al «Morning News»… Por

cierto, que el señor Grogan estaba furiosísimo…

—Que se fastidie —sonrió Brigitte—. Buena, ya ves que no me ha ocurrido nada. Puedes volver…

—Es que tiene usted una carta urgente. Llegó esta mañana, a primera hora. Está llena de sellos y de recomendaciones de la máxima urgencia. La dejé en su despacho… Se la traeré.

Poco después, Peggy entregaba un sobre a Brigitte, que lo miró con el ceño fruncido. Le dio la vuelta, pero no llevaba remitente. El matasellos era de Port de Paix, Haití, en la isla La Española, en el Caribe. La carta había llegado vía *air mail*, desde luego, y la palabra urgente destacaba varias veces, en rojo y en negro. La cuantía del franqueo, en sellos haitianos, era asombrosa. La dirección era correcta, precisa, exacta. Una carta que no podía perderse, ciertamente:

> Miss *Brigitte Montfort*
>
> *Crystal Building - Quinta Avenida*
>
> *New York (NY)*
>
> *United States of America*

Abrió el sobre, y lo primero que sacó de él fueron dos fotografías, ambas en color. Ninguna de ellas llevaba nombre o indicación alguna, pero una de ellas no la necesitaba en absoluto. Era el retrato en primer plano de un hombre de unos treinta y cinco o treinta y ocho años, bastante rubio, ojos claros, mirada inteligente, mentón agudo…

—Eurípides… —musitó Brigitte—. Y que no me digan que también ahora estoy equivocada. No pueden fallarme el oído y la vista a la vez… ¡Santo Dios, no soy tan vieja!

—¿Quién es, señorita? —sonrió Peggy, divertida por aquello de que Brigitte no era «tan» vieja.

—Un viejo amigo, Peggy… ¿No lo recuerdas? Míralo bien… Tú tienes que conocerlo, estabas aquí cuando él y otro compañero de la CIA vinieron un día, invitándome a almorzar. Trajeron un pavo…

—¡Oh, sí! ¡Es verdad! Vinieron dos hombres, con un pavo, y trufas, champaña, pasteles, vino… Los recuerdo muy bien, señorita… ¡Tuve que cocinar en el horno aquel pavo tan enorme!

—Ajá… ¿De modo que tú lo reconoces también?

—¡Desde luego!

—Bien… Al menos, mi vista funciona. Me sorprendería lo contrario, desde luego, porque jamás olvido un rostro. Y, menos, el de un buen amigo como Eurípides-Simón [1]. A quien no conozco es a esta hermosa muchacha negra… No. Mulata. Quizá cuarterona. Es muy bonita, ¿no es cierto?

—Yo diría que sí, señorita.

—Muy bonita… Y muy joven. ¿Qué tendrá que ver ella con Eurípides-Simón?

Se quedó mirándola fijamente unos segundos. En verdad, la muchacha negra, o quizá cuarterona, de la fotografía, era muy hermosa. Tenía los labios finos, casi sin abultamiento, los ojos grandes, brillantes, rasgados, la barbilla fina, el cuello esbeltísimo… Podía tener dieciocho o veinte años, como máximo. Con toda seguridad, Brigitte no la había visto jamás, no la conocía. Pero si su fotografía estaba allí, con la de Eurípides, sería por algo. Eurípides-Simón era uno de los poquísimos agentes de la CIA que conocía el nombre auténtico de Baby, y, probablemente, no habría ni siquiera tres más que supieran el domicilio de la espía.

La última vez, se habían visto allí mismo, en el apartamento, cuando se presentaron con un pavo Eurípides y Melquíades, el otro agente que compartió la misma aventura en Grecia.

—¿No va a leer la carta, señorita?

—Habrá que leerla —sonrió Brigitte—. Será el único modo de saber qué significa esto.

La carta decía:

> *«Querida y muy admirada señorita Montfort:*
>
> *La espero en Port de Paix, Haití, cuanto antes. Comunicación por medio clave Grecia. ¿Recuerda…? A una famosa periodista como usted le interesará muchísimo lo que tengo que decirle. No hable absolutamente CON NADIE de esta cita. ABSOLUTAMENTE CON NADIE, repito. Asunto horroroso, digno de usted. Si no me encuentra, busque a Jeanine, en el "Café Tortue".*
>
> *Su fiel admirador y amigo,*
>
> Simón Eurípides».

—Un asunto horroroso —musitó Peggy, que había leído también la carta, haciendo uso de la absoluta confianza que Brigitte tenía en ella—. ¿Qué debe ser, señorita?

Brigitte no contestó. Estaba pensando en sus vacaciones en Honolulú, que ya se había resistido a aceptar. No porque la idea no la complaciese en sumo grado, sino porque aceptarlas habría sido tanto como admitir que sus facultades estaban mermando. Absurdo. Aún no había cumplido treinta años, estaba fuerte, lúcida, bien entrenada y hermosa como nunca. Nadie sería capaz de calcularle más de veintitrés o veinticuatro años. Entonces…, ¿se iba a ir a Honolulú? ¡No! En Nueva York, mientras se buscaba el coche de Boris y el otro espía, así como cualquier pista que se pudiera obtener de las dos casas de la playa, no la necesitaban. Por tanto, se iría. Pero no a Honolulú, a descansar… ¿Quién necesitaba descanso? ¿Baby? ¡Completamente absurdo!

—Peggy, vas a llamar a la «Caribbean Airlines»… Quiero un pasaje de clase de lujo para Port-au-Prince, Haití. Asimismo, y puesto que, si no me equivoco, hay un pequeño aeropuerto en Port de Paix, encargarás pasaje desde Port-au-Prince hasta allá. Si no hay vuelos desde Port-au-Prince hasta Port de Paix cuando llegue mi avión a la capital, alquila una avioneta, o un helicóptero. Arréglatelas como puedas, pero quiero estar en Port de Paix cuanto antes.

—Sé muy bien lo que tengo que hacer, señorita —sonrió la simpática Peggy—. Ya estoy acostumbrada. ¿Se llevará a *Cicero*?

—Pues… no. No, desde luego. Cuando un espía escribe una carta así, no hay tiempo para tonterías. Date prisa. Yo empezaré a preparar mi equipaje.

Se fue a su dormitorio. Peggy se reunió con ella diez minutos más tarde.

—El primer avión sale a las nueve de la mañana, señorita. Hay conexión para llevarla cinco minutos después a Port de Paix. Vuelo en *jet* hasta Port-au-Prince, vuelo de hélice desde aquí a Port de Paix, adonde llegará hacia la una del mediodía.

—Magnífico, Peggy. Ayúdame a terminar esto… Ah, una cosa muy importante: si alguien pregunta por mí, sea quien sea, dirás que me he marchado de vacaciones a Honolulú. Sólo eso. Única y exclusivamente eso, sea quien sea el que pregunte. ¿Está claro?

Capítulo IV

A las doce y cincuenta minutos del día siguiente, un avión de propulsión a hélice tomó tierra en el pequeño aeropuerto de Port de Paix, al norte de la isla de La Española, en la nación de Haití. De entre los pocos pasajeros que descendieron del avión, destacó inmediatamente aquella jovencita de ojos azules. Habría destacado lo mismo si en lugar de llegar media docena de pasajeros, hubiesen desembarcado media docena de millones.

Jersey de hilo, escotado y sin mangas, de color azul. Minifalda blanca. Zapatitos de tacón alto, ligerísimos, de un tono azul claro. Piel dorada, un hoyuelo en la barbilla, caminar airoso, sonrisa que parecía llena de sol… Todo su equipaje de mano parecía caber perfectamente en un simpatiquísimo maletín rojo adornado con florecillas azules. Poco después, recogía un par de maletas en los servicios de equipajes. Eso era todo. Nacionalidad: norteamericana. Nombre: Brigitte Montfort. Profesión: periodista. En resumidas cuentas, no era ningún personaje extraordinario.

De donde se desprende que todos los países del mundo deberían tener en sus fronteras aduanales un servicio de cerebros electrónicos magníficamente fabricados, capaces de dar la señal de alarma en voz alta, si bien de tono metálico: «¡Atención, ha llegado una espía al país; atención, ha llegado…!».

Como esta clase de ingenios todavía no han sido inventados, la señorita Brigitte Montfort entró finalmente, de modo legal, rutinario y amable en Haití. Lugar de destino: Port de Paix.

—Quisiera el mejor hotel de la ciudad —sonrió la divina jovencita—. ¿Lo conoce usted?

El mozo de equipajes del aeropuerto vio el billete de diez dólares USA en aquella manita, tendido hacia él. Lo que dijo no fue muy claro, pero Brigitte entendió que quien daba una propina de diez dólares merecía el mejor hotel de Haití.

—Usted no habla francés, claro —dijo en este idioma el taxista, poco después.

—Lo hablo un poco —dijo Brigitte en este idioma.

—Ah… Magnífico. Bueno, quisiera que me dijera usted misma lo que me ha dicho ese tipo del aeropuerto… ¿El mejor hotel?

—Absolutamente el mejor.

—Entonces, el «Paris». No encontrará nada que se le parezca en Port de Paix.

—Eso es justamente lo que quiero.

—¿De verdad habla usted francés?

—¿Acaso estamos hablando en chino, *Monsieur*?

El taxista se echó a reír. ¡En chino! Claro que no estaban hablando en chino, sino en francés. Eso era: en francés.

Cuando llegaron ante el hotel Paris, el hombre todavía reía. Y cuando se alejaba, ya vacío el taxi, tenía una idea fija en su cabeza. ¡Al demonio con los embusteros! ¡Que lo ahorcasen si aquella chica era norteamericana! ¡Francesa! ¡Naturalmente que era francesa! Y del mismísimo París… ¡A él iban a poder engañarlo!

El conserje del hotel, mientras tanto, estaba hecho un pastel dulcísimo. Derritiéndose, lo cual era muy propio del clima. A la una de la tarde, en Port de Paix, el sol es un chorro de fuego. Por tanto, pedir la mejor *suite,* de cara al mar, bien aireada, y con baño completo, era la mejor de las ideas que podía tener su cliente.

—En el segundo piso, señorita… No encontrará nada mejor en Port de Paix. Tiene sol, tiene sombra, tiene calor y tiene fresco… Según las horas.

La *suite* no estaba del todo mal, ciertamente. Constaba de dos piezas y cuarto de baño. En el dormitorio había una terraza enorme, desde la cual se veía el mar, y, a lo lejos, dada la transparencia del aire, la isla Tortuga. Como dicen los haitianos, *á la Tortue…*
L'Ile

—*C'est bien, mademoiselle?* —preguntó el botones.

—*Très bien… Magnifique! Merci, mon petit.*

Si, además de dar las gracias y sonreír, la clienta del hotel da una propina de diez dólares, es estúpido pedir más. El botones salió de allí encantado de la vida.

Todavía estaba en el pasillo cuando la espía recorría críticamente la *suite.* No estaba mal, desde luego. Lo único

censurable era la «refrigeración». Un par de ventiladores, efectivamente, tienen muy poco que ver con la firma «Carrier». Pero si uno se pone debajo mismo del ventilador, no se pasa del todo mal.

Y allá se colocó Baby, bajo el ventilador del dormitorio, tendida en la cama. Abrió su maletín, sacó la radio de bolsillo, ya colocada en la frecuencia establecida para Grecia, y apretó el botoncito de llamada.

—¿Hola, Simón? —llamó quedamente.

Silencio.

No necesitaba examinar la radio, ni comprobar la disposición de las placas para saber que tenía puesta la clave adecuada. Conocía de memoria todas las claves que la CIA utilizaba en el mundo entero.

—¿Eurípides? —insistió.

Silencio.

¿Quizá se había estropeado la radio? Cambió la disposición de las placas que determinaban la onda, y volvió a apretar el botón. La onda era ahora la correspondiente a Zona Caribe.

Y, en el acto, oyó una voz, en clarísimo inglés con acento yanqui, nasal, fuerte, gangoso:

—Caribe. Haití. ¿Quién llama?

Baby se quedó mirando con el ceño fruncido la pequeña radio. Funcionaba, eso era evidente. En condiciones normales, habría enviado un amistoso saludo humorístico al Simón encargado de recibir mensajes radiados, pero tenía muy presentes las palabras escritas de Simón Eurípides: *ABSOLUTAMENTE A NADIE*. Y cuando se decía «absolutamente a nadie», la cosa estaba bien clara.

—Caribe. Haití. ¿Quién llama? —repitió la voz de hombre.

Cerró la radio. Volvió a colocarla en la onda establecida para Grecia. Y de nuevo insistió en la llamada que tendría que haber contestado Simón Eurípides.

—¿Eurípides? —susurró—. Viajera procedente continente Norte acaba de llegar. Recibido mensaje y fotografías. Espero respuesta. Hotel Paris. Nombre auténtico. Solicito respuesta. Voy a esperar diez minutos.

Cerró la radio, la dejó sobre la cama, y, en menos de cinco minutos, colocó su equipaje en el armario. En otros cinco minutos, se duchó, con agua fría, rápidamente.

Habían pasado exactamente diez minutos cuando la espía internacional insistía en su llamada:

—Hable, Eurípides. Situación conveniente. Recibido mensaje y fotografías. Estoy a la escucha.

Silencio.

Una vez más cerró la radio. Lentamente, encendió un cigarrillo. Había un espejo en el tocador del dormitorio, y se veía perfectamente allí. Parecía una muñequita. Lo cual era más falso que un billete de doce dólares y veintitrés centavos. Si había alguien en el mundo que resultase completamente engañoso, ese alguien era la agente Baby. Más de un hombre había muerto a tiros, degollado, estrangulado, con el cráneo partido, a cuchilladas o con el cuello roto por haber confiado en aquella dulce imagen.

Y alguien más iba a morir si Simón Eurípides no estaba vivo.

Alguien pagaría la siempre terrible factura que pasaba la agente Baby.

Descolgó el auricular del teléfono.

—Soy la señorita Montfort… —musitó—. ¿Podría disponer de un taxi a las cinco de la tarde?

—No… Almorcé en el avión. Gracias. ¿Respecto al taxi…?

—…

—Ah… Bueno, entiendo. Pero quizá sería mejor disponer de un coche propio. ¿Pueden alquilarme uno?

—…

—Magnífico. Quisiera también un folleto turístico de Port de Paix. ¿Existe alguno?

—Vaya… Bien, no importa. Bajaré a las cinco, a recoger el coche.

—¿…?

—No, no, gracias… Yo me despertaré. Adiós.

Efectivamente, se despertó a las cinco menos cuarto. A las cinco rabiosamente en punto, ponía en marcha el coche que la dirección del hotel le había alquilado. A las cinco y veinticinco, tras haber preguntado un par de veces, detenía el coche al borde mismo de uno de los muelles del puerto.

Y enfrente de ella, el «Café Tortue». «Café Tortuga», en idioma propio. No tenía un aspecto magnífico, precisamente, pero eso no tenía la menor importancia. Los espías se mueven lo mismo en

palacios que en cloacas. Depende de las circunstancias.

Estuvo unos minutos examinando el terreno que le rodeaba. El clásico puerto no muy limpio, algunos pesqueros. Pero, sobre todo, cargueros. En Port de Paix hay magníficos manantiales de aguas minerales. Se exportan poco. Pero sí se exportan grandes cantidades de café y de añil. No hay que ser exigentes. Hay países que tienen oro y petróleo, y hasta diamantes…

La mayoría de los estibadores eran negros, o mulatos. Todos miraban codiciosamente a la espía, pero de ese modo entre resentido y nostálgico de quien sabe que semejante bocado no podrían morderlo sus dientes. Como dicen los españoles, «la miel no se ha hecho para la boca del asno». Así es la vida.

Cruzó la explanada del puerto y entró en el «Café Tortue». Era una pena. Al fondo había un escenario pequeño, sórdido. A la derecha, muchas mesas. A la izquierda, un larguísimo mostrador, donde un negro parecía estar de vigilia, hinchados los ojos por el sueño. Brigitte fue hacia allá.

—Tónica —pidió—. Helada.

El negro asintió, y poco después servía la bebida. Brigitte la probó, y encogió los hombros. A fin de cuentas, no estaba en el «Hong-Kong», ni el «Grand Hotel» de París, ni en…

—Jeanine… —musitó, mirando fijamente al negro—. ¿La conoce?

El camarero se la quedó mirando, con una sonrisa estúpida en su gran boca abultada. Así es la vida: hay negros imbéciles y negros listos; hay blancos listos y blancos imbéciles. Sacó un billete de veinte dólares y lo dejó con indiferencia sobre el mostrador.

—Jeanine… —repitió—. ¿Trabaja aquí?

—Sí, señorita.

El billete desapareció rápidamente.

—¿Cuándo vendrá?

—No sé… Hacia las ocho. Ocho y media. Nueve… No sé. Su función es a las diez.

Brigitte miró su relojito, y frunció el ceño. Casi cuatro horas de espera le parecían demasiadas.

—¿Dónde vive?

—Por ahí.

—Hermoso lugar… —sonrió la espía—. ¿Quiere ganarse tres

billetes más como el que se ha guardado?

—Oh, sí…

—Volveré a las nueve. A menos que consiga usted recordar dónde vive Jeanine.

—Por ahí.

—Volveré a las nueve —repitió Brigitte, suspirando—. Dígale a Jeanine que quiero verla. Que me espere. Soy amiga del americano… ¿Lo entiende?

—Sí, señorita.

Bebió un sorbito más de agua tónica y salió del «Tortue». No tenía la menor idea de lo que podía hacer en aquellas tres horas y pico. Regresó al coche alquilado, y llamó una vez más por la radio de bolsillo a Simón Eurípides. El silencio fue la única respuesta. Y eso era malo. Muy malo. Cuando un espía no responde a otro espía que está esperando, que él mismo ha llamado, todo tiene que ser malo.

Se alejó de allí. Durante aquellas tres horas y pico, llamó no menos de quince veces a Simón Eurípides, siempre con resultado negativo. Como ella en cierta ocasión, Eurípides no contestaba [2]. Sólo era necesario saber si su compañero lo hacía por las mismas razones que ella, o, simplemente, estaba muerto.

A las nueve menos unos minutos regresó al «Café Tortue». El mismo negro estaba en el mostrador, ahora con un compañero de trabajo. Se acercó a él, y colocó sobre el mostrador tres billetes de veinte dólares, estirándolos mucho.

—Tomaré otra tónica —dijo.

—Ella ha llegado —dijo el negro—. Se lo dije.

—¿Le dijo que yo quería verla?

—Sí. Vaya por aquella puerta. Jeanine está ahora cambiándose para actuar.

Brigitte dirigió una mirada afligida al pequeño escenario. Había cuatro negras y una blanca, bailando algo de lo más vulgar. La mujer blanca destacaba de un modo espeluznante entre las cuatro negras. Era como una mancha tristísima entre los cuerpos de ébano. En la sala, los clientes, la mayoría negros y mestizos, aullaban, reían, exponían sus pensamientos con una procacidad estremecedora.

—Creo que no tomaré la tónica —musitó Brigitte.

Se fue, dejando los tres billetes sobre el mostrador. Pasó por la puerta que le había indicado el camarero, a un lado del escenario. Había allí un hombre que parecía blanco, bigotudo, gordo, repugnante, que la miró de un modo asqueroso.

Se encontró en un pasillo estrecho, iluminado como podría estarlo una mazmorra. Había una negra increíble. Increíble por completo. Enorme, grandísima, gordísima, feísima, altísima… Era como un gran globo negro que estuviese deslizándose por el suelo.

—¿Jeanine? —le preguntó Brigitte.

—No. Mujeres, no —dijo la enorme negra.

—¿Cómo?

—Mujeres, no. Ella no quiere mujeres.

—Sólo deseo hablarle. De un amigo.

—Ah… Es lástima.

—Busco a Jeanine. ¿Dónde está? —dijo Brigitte.

—Ella no es como las otras negras.

—¿Dónde está?

Mostró otro billete de veinte dólares. La negra abrió mucho los ojos, se metió el billete entre sus enormes senos, y señaló una puerta. Brigitte asintió con la cabeza, fue allá, y empujó la puerta… Inmediatamente, un intenso, mareante, asfixiante, casi pestilente olor a sudor humano pareció golpear su naricilla. Se echó hacia atrás, por instinto, casi mareada. Era un cuarto no muy grande, con espejos y colgadores para ropa. Todos los colgadores estaban llenos de ropa…

Y, de pronto, la vio.

Estaba en el fondo del cuarto, ante uno de los espejos, cubierta solamente con un brevísimo conjunto de dos piezas que, en realidad, no ocultaba nada.

Acercó una banqueta, y se sentó junto a la negra… Mulata, seguramente. Tenía la tez muy clara. Sin hacer caso de las miradas maliciosas de las otras negras, de las irónicas de algunas mujeres blancas, se quedó mirando, por el espejo, la magnífica belleza de aquel cuerpo fuerte, esbelto, pujante.

A su vez, la negra la miró, también a través del espejo. Fue una mirada hostil, fría, casi furiosa.

—Márchese —dijo, en francés.

—Usted es Jeanine —musitó la espía.

—Soy Jeanine. Pero debería informarse mejor, señora. Váyase de aquí.

—Es usted muy bonita —amplió su sonrisa la divina espía—. ¿No le ha dicho el camarero que una mujer quería verla?

—Muchas mujeres como usted y ésas quieren… verme.

—Quizá el camarero no le dijo que yo soy amiga del americano, Jeanine.

—Todos los pretextos son buenos.

—No estoy utilizando ningún pretexto.

—¿De qué americano habla? —La miró Jeanine con desconfianza.

—De uno que sabía de un asunto horroroso, y que me escribió diciéndome que si no lo encontraba a él la buscase a usted aquí. Se llama Simón Eurípides. ¿Le dice algo el nombre?

La mulatita se quedó mirando ahora estupefacta a Brigitte.

—¿Usted es la ayuda que él esperaba?

—En efecto. ¿Qué es lo que está ocurriendo? ¿Dónde está él?

—No sé —musitó la muchacha, muy nerviosa—. Desapareció. No sé dónde está… ¿Y cómo puedo saber que usted es amiga de él?

—Puedo enseñarle las fotografías que él me envió. Una de él mismo, y otra de usted. ¿Conocería esas fotografías?

—Sí… Él las hizo con una máquina de ésas que revelan las fotos en menos de un minuto… Me las enseñó. Las conocería.

Brigitte abrió su bolso y sacó el paquete de cigarrillos. Ofreció uno a Jeanine, y se colocó otro en los labios. Luego, sacó un sobre, de él las dos fotografías, y con la llamita de su encendedor de platino y brillantes con microcámara, prendió fuego a una de ellas, entregándola a Jeanine. Y mientras encendía su cigarrillo, y el fuego iba devorando la fotografía, Jeanine pudo ver en ella su propio rostro. Miró a Brigitte, que también estaba encendiendo su cigarrillo, con la otra fotografía, en la cual vio la mulatita el rostro de Simón-Eurípides.

Las dos dejaron caer las abrasadas fotos, y Brigitte las desmenuzó con un pie, dejándolas convertidas en negras, pulverizadas cenizas.

—¿Y bien? —susurró.

—¿Quién es usted? ¿Cómo debo llamarla?

—Brigitte. Es todo. ¿Qué sabe usted de ese asunto horroroso?

—Nada… No sé nada, de verdad. Todo lo que me dijo Simón fue que si venía alguien de parte de él, le dijera que fuese a ver a un hombre llamado James Stanton, en el veintiséis de Rué des Elysées.

—¿Conoce usted a ese hombre?

—No. Nunca lo he visto. Simón me encargó que dijera que tuviese cuidado con él.

—¿Por qué?

—No sé.

—¿Es americano, inglés, jamaicano…?

—No sé.

—¿Por qué Simón ha confiado en usted? Tenemos aquí, en Haití, muchos amigos… Pudo recurrir a ellos. ¿Por qué no lo hizo?

—Dijo que era todo tan horrible que sólo podía confiar en una persona. Supongo que se refería a usted. No quería confiar en nadie más. En nadie.

—Pero… ¿por qué usted, Jeanine? ¿Qué relaciones había o hay entre ustedes dos?

—Bueno… Simón es un hombre hermoso y amable… Vino muchas veces a mi cabaña. Muchas. Yo soy feliz con él.

—No lo dudo —sonrió Brigitte—. Y me parece razonable. Más que todo esto, al menos —señaló alrededor—. ¿Cuándo vio por última vez a Simón?

—Hace dos noches.

—¿Y no sabe dónde está ahora?

—No.

—¿Podría estar en su cabaña?

—No está allí… ¡Ojalá!

—Sí. Ojalá —volvió a sonreír la espía—. ¿Sabe dónde vivía Simón?

—No. Él siempre venía aquí a buscarme, o me esperaba en mi cabaña.

—¿Querría llevarme a mí a su cabaña, Jeanine? Quizá Simón me esté esperando allí, escondido.

—No está. Pero la llevaré. Cuando termine mi trabajo aquí.

—De acuerdo. Tengo el coche fuera. Cuando usted termine su trabajo, yo saldré. La estaré esperando en el coche, o cerca. Usted sale de aquí y entra en el coche. Está a un lado del café. Es negro, con capota de hule blanca. Pequeño. Lo verá en seguida. Si yo no

estuviese dentro, sería porque me dedicaba a vigilar alrededor nuestro. Entre en el coche, y eso es todo. ¿Sabe a qué se dedica Simón, Jeanine?

—No. Nunca me dijo nada.

—Bien… Tampoco yo se lo diré. Pero sí le diré que tenga mucho cuidado. ¿Lo entiende?

—No sé… —Jeanine parecía asustada—. Creo que sí.

—Pues hasta luego. Ah, una última cosa: ¿dónde está esa calle llamada des Elysées?

—No muy lejos de aquí. Tiene que seguir el puerto, hacia la derecha. Verá unos jardines, muy pequeños, con palmeras e hibiscos. Suba por la calle que hay enfrente. Luego de recorrer tres bocacalles, es a la izquierda, y otra hacia arriba.

—Gracias. Hasta ahora.

Brigitte se puso en pie y salió del camerino común.

La negra enorme, altísima, gordísima y feísima estaba en un lado del pasillo, poco menos que invisible en aquella penumbra de mazmorra. Había dos hombres con ella, charlando en voz baja. Uno de ellos era blanco, de cabellos rojos, boca grandísima, expresión satánica. El otro era un negro gigantesco, hercúleo, hermoso.

Prescindiendo de tan interesante grupo, la espía salió a la sala, donde el grupo de negras terminaba su exhibición de un modo espeluznante, tendidas todas sobre pieles de jaguar, según parecía. Con el estómago poco menos que vuelto al revés, Baby ocupó una mesita, hacia el fondo de la sala, dispuesta a esperar.

Un camarero blanco, asqueroso como un cerdo en su pocilga, se acercó a preguntarle qué quería. Pidió un *whisky* doble, lo cual complació mucho al hombre, que ni siquiera podía pensar que aquel *whisky* iba a quedar intacto. Para suicidarse, pensó Brigitte, es mejor un veneno rápido e indoloro que ingerir porquerías en un puerco lugar.

Miró su relojito. Eran casi las diez, de modo que Jeanine tardaría muy pocos minutos en empezar su trabajo. Lo más práctico habría sido marcharse de allí inmediatamente con ella, pero a veces hay que tener paciencia. Mucha paciencia.

Justo en el momento en que Jeanine y otras chicas aparecían en el escenario, un tipo alto, fuerte, repugnante, barbudo, se acercó a la mesa de Brigitte, se sentó ante ella, y le guiñó un ojo.

—Hola, hembra hermosa y perfumada.

Capítulo V

Brigitte se lo quedó mirando, con gracioso parpadeo de perplejidad.

—Hola —sonrió al fin.

—Te voy a acompañar a beber. ¿Quieres?

—Oh, sí… Muy agradecida.

—¿De verdad?

—Sí, señor… Estaré más tranquila en este lugar si usted me acompaña. Pero luego no nos iremos juntos… ¿Me comprende?

—¿Por qué no?

—Porque estoy esperando a una de esas chicas.

El hombre se quedó mirándola hoscamente. El camarero trajo el *whisky* doble, y lo dejó sobre la mesa. Aún no se había alejado cuando el «invitado» de Brigitte vació el vaso de un trago. Luego, se pasó la mano por la boca, chascó la lengua, y se quedó mirando a la espía con expresión de nuevo hosca, hostil.

Y se fue, dejando a Brigitte con expresión perpleja, pero sonriendo interiormente. Había sido el mejor medio de quitarse a semejante cerdo de delante. Que pensase lo que quisiera, pero la había dejado tranquila.

Dedicó su atención a lo que ocurría en el escenario.

Cuando terminó el «espectáculo», que lo era de verdad, el público pateó, silbó, aplaudió, rugió… Brigitte se puso en pie y se dirigió hacia la salida, dejando un billete sobre la mesa. Afuera, el aire de la noche, con olor a mar, le pareció el más sano, alegre y decente de los perfumes. Se oían canciones, y pasaban grupos de hombres, la mayoría negros, la mayoría borrachos. Muy cerca, se veían las luces de los muelles, bajo la luna, que tenía un tono rojizo, anaranjado…

Un coche apareció de pronto, rodando paralelo a los muelles. Llevaba todas las luces apagadas, y la espía internacional,

instintivamente, se alertó al verlo. A toda prisa, pero como quien no quiere la cosa, se colocó tras una de las palmeras del paseo, asomando sólo la cabeza, lo justo para mirar hacia el coche. Al volante iba un hombre con sombrero blanco… Lo vio muy bien, a la luz roja del anuncio del «Café Tortue». Miró hacia el asiento de atrás justo en el momento en que el auto aceleraba la marcha, alejándose rápidamente…, y dejando a la espía petrificada de asombro, de incredulidad, de absoluta estupefacción.

—Míster Cavanagh —musitó—. Pero… ¡no es posible! [3]

No. No podía ser posible. Míster Cavanagh jamás salía de la Central de la CIA en Langley. Llamaba a sus agentes allí, los imponía en sus misiones, y se quedaba en su despacho, esperando acontecimientos, dirigiéndolo todo desde allí. Desde que había dejado el servicio activo, Baby no recordaba que míster Cavanagh hubiese actuado directamente ni una sola vez.

De pronto, echó a correr tras el coche, que había desaparecido en una bocacalle. ¿Acaso se estaba volviendo loca? ¿Era posible que ella, que siempre había alardeado de un clarísimo juicio, estuviese padeciendo diversas clases de alucinaciones?

Llegó a la esquina, corriendo ágilmente, y tuvo que hacer verdaderos equilibrios para no caerse cuando quiso detenerse en seco, al ver el coche detenido a menos de treinta yardas.

Y todavía estaba tambaleándose cuando oyó, a su izquierda, en la pared, un suave chasquido. Y al mismo tiempo que saltaba hacia el lado contrario, veía, en una de las ventanillas, el brillo de algo metálico, alargado. Cayó al suelo, se alejó velozmente rodando sobre sí misma, y, aún no se había detenido cuando ya había arrancado de un tirón su pistolita de cachas de madreperla, sujeta al muslo izquierdo por una ancha tira de esparadrapo color carne.

Estaba alzando la mano armada cuando vio de nuevo aquel brillo, ahora en la ventanilla opuesta. Sin vacilar un instante, sin apuntar, disparando por puro instinto de dirección, apretó el gatillo de su pistolita.

Plop…

Más allá, en el coche, se oyó un mal contenido grito de dolor. Y, por encima de Brigitte, de nuevo contra la pared, el chasquido suavísimo de algo que reventaba allí. La espía se tiró hacia el otro lado, rodando, hasta quedar ahora de rodillas, dispuesta a disparar

otra vez. Iba a tirar contra el cristal zaguero cuando lo pensó mejor, y bajó la mano. Reventaría una de las ruedas del coche…, el cual se ponía de nuevo en marcha en aquel momento. La consecuencia fue que Brigitte falló el disparo.

Se puso en pie, estiró el brazo, y volvió a disparar, fríamente, duro el gesto… El coche estaba efectuando una suave marcha en zig-zag, de modo que tampoco esta vez pudo acertarle en una rueda. Y su velocidad de arrancada era tal que salió en seguida del alcance de la pequeña pistolita. Furiosa, decepcionada, Brigitte corrió unos pasos tras él, pero en seguida comprendió que era una estupidez. Regresó hacia la esquina, y se quedó mirando allá donde, en la pared, se había producido el primer impacto.

No vio la menor señal de un balazo. Pero cuando se arrodilló, vio aquellas chispitas brillantes en el suelo, tal como había sospechado. Apretó algunas de ellas con un dedito, y las acercó a su nariz.

—Gas… —musitó—. Gas fulminante para dormir…

Se estremeció. Si hubiese tardado una fracción de segundo más en saltar hacia el centro de la calle, y la segunda cápsula de gas hubiera estallado más próxima a ella, ahora estarla dormida. Probablemente, para veinticuatro o cuarenta y ocho horas.

«Es absurdo —pensó—. Todo esto es absurdo. Algo va mal… Primero, tío Charlie. Ahora, míster Cavanagh… O algo va muy mal en mi cabeza, o en mis ojos, o en mis oídos… Tiene que ser eso. Habré de ir pensando en esas vacaciones en Honolulú. O en una clínica psiquiátrica. Santo Dios, ¿qué me está ocurriendo?».

Muy deprimida, casi asustada, volvió a pegarse la pistolita al muslo izquierdo, y regresó hacia el callejón donde había dejado su coche. Pero antes de entrar allí, volvió a tomar su arma. Quizá se estaba volviendo loca, pero ni siquiera estando loca iba a permitir que la matasen, o que la cazasen. Caminó cautelosamente hasta el coche, pero no vio nada que mereciese su especial atención.

Lo único, fue la presencia de Jeanine, ya colocada en el asiento de atrás, esperándola. Brigitte vio el intenso brillo en los ojos de la muchacha, y entró en el coche, sentándose ante el volante.

—Iremos a su cabaña, Jeanine. Es posible que Simón esté allí. De lo contrario, iremos a ver a ese hombre llamado James Stanton. ¿Qué dirección tomo? Póngase…

Se estaba volviendo mientras hablaba. Y se quedó petrificada, bruscamente pálida.

—Jeanine —musitó.

Salió del coche, y entró en la parte de atrás, sentándose junto a la joven mulatita. Sí… Tenía los ojos abiertos, muy brillantes. Cristalizados por la muerte. Puso dos dedos en el cuello de la muchacha, y no percibió el menor latido en la carótida. Estaba caliente, desde luego; con una tibieza dulce, suave… No debía hacer ni siquiera dos minutos que había muerto. O quizá ni siquiera un minuto.

Tragando saliva con dificultad, Brigitte empujó a la muchacha, suavemente, haciéndola caer de lado en el asiento. Luego, pasó a toda prisa al volante, y salió de allí rápidamente. Quienes la habían matado no podían estar muy lejos, y quizá la iban a atacar de un momento a otro también a ella. Con el pedal del gas a fondo se alejó de allí, hacia la derecha, hasta que, impensadamente, se encontró junto a los jardines de palmeras y hibiscos que le había mencionado Jeanine. Es decir, que estaba muy cerca de donde vivía el tal James Stanton.

Decidió serenarse. Acercó el coche al borde de la placita circular ajardinada, y paró el motor. Había muy poca gente por allí, pues era zona más abierta, más… decente. Y la gente decente empezaba ya a retirarse.

Se volvió en el asiento, para contemplar a Jeanine. La pobre mulatita tenía los labios entreabiertos en un gesto crispado de espanto que ni siquiera había llegado a completarse. Y ahora, la luz de uno de los faroles hacía brillar la sangre en su seno izquierdo, casi al descubierto, fuera de la escotadísima blusa, debido a la postura…

Tic-tac-tic-tac-tic-tac-tic-tac-tic-tac-tic…

La agente Baby alzó la cabeza, de pronto, abriendo mucho los ojos. El «tic-tac» era suavísimo, apenas audible…, a menos que se tuvieran unos oídos finísimos, como era su caso. Lo oía perfectamente. Era dentro del coche. Pero… ¿dónde?

Lanzó un grito, cogió su maletín y el bolso de mano, y casi se tiró fuera del coche, echando a correr hacia los edificios de la avenida del puerto. Llegó a la acera, dobló la esquina, dio un par de pasos, y…

¡BOOOUMMMM…!

Por detrás de ella apareció un rojo resplandor intenso, brillantísimo, cegador. Sólo un instante. Bruscamente, pareció decrecer, apaciguarse… Pero en aquel instante, todo se había teñido de rojo, todo se iluminó, y temblaron cristales, se agitaron las palmas y las flores…

En seguida se oyeron gritos, voces, pasos apresurados, carreras… La gente comenzó a aparecer, concentrándose hacia los jardines junto a los cuales había dejado el coche la divina espía. Y cuando ésta se asomó, lentamente, porque ya sabía lo que iba a ver, el coche era sólo una bola de fuego… Un montón de hierros retorcidos convertidos en fuego, humo negro, espesísimo…

Dio la vuelta y se alejó de allí, sin apresurar el paso. Se sentía francamente mal.

Pero Baby ya estaba en marcha.

El 26 de Rué des Elysées, era una casa vieja y sucia, de una sola planta, con un feo zaguán estrecho y oscuro. La iluminación de la calle era peor que deficiente, y, desde luego, no tenía el menor parecido con los Champs Elysées de París, si es que le habían puesto aquel nombre como remembranza. No podía haber nada más diferente en el mundo que los Campos Elíseos de la Ville Lumiére y aquella asquerosa callejuela.

No se veía absolutamente a nadie, y Brigitte decidió aprovechar la circunstancia. Sacó su juego de ganzúas del maletín, y en menos de un minuto, en la oscuridad del pestilente zaguán, aquella puerta quedó abierta. Metió en el maletín las ganzúas y su bolsito de mano, y tras sacar el bolígrafo-linterna, se lo colgó por el asa de un brazo. Empuñó la pistola con la diestra y empujó la puerta, lentamente.

Cerró tras ella y permaneció unos segundos inmóvil, casi sin respirar, alerta su finísimo oído. Parecía que no había nadie allí. Ni siquiera se oía una respiración. Nada.

Encendió la pequeñísima linterna, y lanzó el delgado rayo de luz hacia delante. Una pared, una ventana, más pared… Fue dando la vuelta, recorriendo aquella habitación con la luz. Era un lugar sórdido, de mobiliario viejo y polvoriento. Se veían revistas de mujeres desnudas por el suelo, y algunos cartelones grandes en la pared, clavados con chinchetas.

Durante cinco minutos, estuvo recorriendo la casa, apagando la linterna cada vez que creía oír algo. Había tres dormitorios, una cocina grandísima, pero asquerosa. Un lavabo que hedía de tal modo que podía tumbar de espaldas a cualquiera, y que hizo lagrimear los ojos de la espía, por lo que salió de allí a toda prisa. Luego, estaba el vestíbulo, amplio, que servía a la vez de *living*. Fue a uno de los dormitorios, y se quedó mirando la cama, pensativa. Parecía que allí dormía alguien, desde luego; pero un vistazo al carcomido armario le hizo dudar de esta apreciación, pues estaba vacío. Pasó a otro dormitorio. Allí sí dormía y habitaba alguien. Había ropas en el armario, zapatos de lona, gorras de marino…

Salió también de aquel dormitorio, separado por el lavabo del siguiente. Y justo cuando estaba ante la puerta del lavabo, oyó las pisadas en el zaguán. Unas pisadas recias, fuertes, rudas. Más de un hombre… Respingó al oír en seguida el ruido de la llave en la cerradura, y, sin saber bien lo que hacía, empujó la puerta más cercana, entró y cerró… Inmediatamente, tuvo que taparse la nariz y la boca, huyendo de aquella pestilencia. Se volvió hacia el pequeño ventanuco, pero ya estaba abierto. Mejor dicho, no tenía cristal. Tenía los ojos llenos de lágrimas, y sentía unos deseos terribles de toser…

Una raya de luz apareció bajo la puerta del lavabo, y se oyó una voz, en francés:

—Todavía no ha venido.

—Es igual. Ya sabe dónde encontrarnos, así que vendrá cuando pueda hacerlo. Mira a ver si queda algo de beber en alguna botella.

—¡Otra vez igual…! Maldita sea, negro de los demonios, ya te he dicho que eres tú quien tiene que encargarse de que no nos falte bebida en este puerco lugar.

—Lo olvidé.

—¡Pero no te olvidas de beber!

—Aquí queda un poco de ron… Luego iré a comprar. Primero será mejor que le digamos a él lo que ha ocurrido. Él debe saber quién era aquella mujer que buscaba al otro.

—De la CIA, es claro.

—Me hubiese gustado estar cerca cuando la explosión… Pero ella se fue a toda prisa con el coche. De todos modos, vista de lejos también fue bonita, ¿verdad?

—Y fuerte. Sólo pude ver unos pedacitos de la negra… La blanca debe haber quedado hecha picadillo.

—Podríamos habernos quedado a ver el picadillo —rió el otro.

—No interesaba que nos viesen más cerca del coche. No era muy lista esa mujer blanca, ¿verdad? Se encuentra un cadáver en el coche, y todo lo que se le ocurre es marcharse. Debió pensar que también a ella querríamos matarla.

—Claro que lo pensó… Por eso escapó tan de prisa. Pero no debió pensar que le habíamos metido una bomba de tiempo en el coche… No era muy lista, no, tienes razón.

Hubo unos segundos de silencio, durante los cuales sólo se oyó el rumor de líquido en una botella.

—¿Quieres?

—¡Claro!

De nuevo el gorgotear del licor. Unos pasos, que se acercaban… Iban a pasar por delante de la puerta. No. No pasaron. La puerta se abrió, de pronto, y el pelirrojo de la expresión satánica que Brigitte había visto en el lóbrego pasillo del «Café Tortue», entró en el lavabo, con la mano ya baja, desabrochándose… Todo lo que vio fue un bracito dorado que pasó ante sus ojos, y, en el acto, notó el fortísimo tirón en la garganta, hacia atrás. No brotó el menor sonido de sus labios. Era imposible. Y cuando alzaba furiosamente las manos hacia aquel bracito, ya rojo el rostro, notó la presión en la cabeza, en la coronilla, hacia delante… En un instante de terror, el pelirrojo comprendió que le estaban haciendo una presa mortal. Su vista se nublaba ya debido a la presión en la garganta, su rostro parecía a punto de estallar, pero aquello no era tan malo como aquella presión hacia delante que hacían en su cabeza. Notaba en el cuello…

Crash.

Ya no notó nada. Su cabeza quedó colgando flojamente hacia delante, apoyada en aquel bonito brazo dorado, que lo sostenía a peso, pues se relajó completamente en el acto. Cuando el pelirrojo quedó depositado en el sucio suelo, ya hacía eternidades que estaba muerto. A fin de cuentas, para quien muere, ya todo es eternidad.

Brigitte quedó apoyada en la pared, palidísima, a punto de desmayarse debido a aquel «aroma». No podía resistirlo más. Si continuaba allí dentro se iba a morir intoxicada…

Salió del lavabo, pistola en mano. El negro estaba bebiendo, con la botella en alto, los ojos fijos en el techo, como en éxtasis. Los bajó, y dio un bote tremendo, respingando, manchándose de ron… La botella cayó al suelo, mientras el negro, con los ojos desorbitados, llevaba la mano derecha al bolsillo del pantalón…

Plop.

La balita disparada por la divina espía le acertó en el vientre, y el negro dio otro salto, lanzando un chillido. Cayó de rodillas, ahora con ambas manos en el vientre, y sus negrísimos ojos desorbitados se fijaron en Brigitte, que lo contemplaba fríamente.

—Será mejor que no se mueva —sugirió, en francés.

—Maldita mujer… No estás… muerta…

—Hablaremos ahora, amiguito. Una bala no puede ser suficiente para matarlo. Es demasiado grande. ¿Para quién…?

El negro había lanzado un grito de rabia, y su mano derecha volvió al bolsillo del pantalón. Brigitte volvió a disparar, acertándole ahora en el hombro, derribándolo de lado. Pero, efectivamente, aquellas balitas eran poca cosa para el gigantesco y hercúleo negro, que sacó la pistola…

Plop.

La tercera bala de Brigitte dio en el centro de la frente del coloso negro, cuyos ojos se abrieron aún más, girando velozmente en las órbitas, como si estuviesen buscando el agujero de la bala… Cayó de bruces, por fin. Y eso fue todo.

Disgustada en verdad, Brigitte se acercó a él, y se quedó mirándolo hoscamente. De no haber sido tan terco, ahora estaría vivo, y podría decirle muchas cosas que ella necesitaba saber… Con una última esperanza, volvió al lavabo, asió un pie del pelirrojo y tiró de él, sacándolo de allí. Quizá no había muerto… Lo merecían, desde luego. Habían asesinado a Jeanine, y le habían colocado a ella una bomba de tiempo en el coche, pero… los muertos ya no son útiles para nadie. Ni siquiera a sus enemigos.

Abandonó en seguida toda esperanza. Estaba sola en tan asqueroso lugar. Sola con dos cadáveres. Cosa ésta que no le quitaría el sueño, ciertamente.

Ya con la luz encendida, echó un vistazo más completo al lugar. Nada nuevo ni interesante. Decidió registrar a los dos hombres, pero el resultado fue desalentador. Ni siquiera llevaban

documentación… Cigarrillos, llaves, algo de dinero, cerillas… Nada.

Pero algo sabía. Algo que podía ser importante: alguien iba a ir allí, tarde o temprano, para reunirse con aquellos dos hombres. Y seguramente lo haría aquella misma noche. Estuvo tentada de esperar allí mismo, pero calculó la posibilidad de que, quien fuera el visitante, no llegase solo. En cuyo caso, ella se encontraría encerrada en aquella casa, en aquella trampa.

Apagó la luz, abrió la puerta, salió al oscuro zaguán…

¡Cloc!

Tuvo la impresión terrible y angustiosa, dolorosísima, de que su cabeza estallaba en millones de fragmentos luminosos que giraban vertiginosamente. Y ella también giraba, y caía, y caía, y caía… Notó el tremendo golpe en la frente y en la barbilla, y en los senos, pero no podía saber que había caído de bruces, como muerta. Lo que sí pudo percibir todavía fue el tremendo golpe en los riñones, que la dejó sin aliento, fría, crispada, aterrada…

Voilá.

Eso fue todo.

Cuando abrió los ojos, vio cientos, miles de puntitos brillantes, fijos. Y la luna estaba entre ellos… ¿Era posible? Todavía tardó unos segundos en comprender que estaba tendida cara al cielo, y que aquellos puntitos brillantes no estaban dentro de su cabeza, sino que eran simples y simpáticas estrellas.

Algo se movía… Ella se movía. Era ella. ¿O no? El rumor del motor tardó todavía en ser situado en su cerebro. Un motor… Notó fresco el rostro, a pesar de que, por dentro, su cabeza parecía hervir. Y olía a… Estaba en el mar. En una lancha, o en un barco… No. En una lancha, eso era…

—Ha despertado —dijo alguien, en francés—. Es muy fuerte esta mujer, Stanton.

—Lo sé. Si es quien me imagino, las cosas se pondrán difíciles… Muy difíciles.

—Si la tiramos al mar ahora, no existirán esas dificultades.

—No se sabe… Si ella es quien yo creo, sería estúpido matarla… tan pronto. Nunca se sabe lo que puede haber tramado ella, te lo aseguro. Y yo, para continuar en esto, quiero estar seguro de que no he sido descubierto.

—Está bien. La llevaremos allá.

Brigitte había vuelto la cabeza. Vio a un hombre, alto, de pie junto a ella, mirándola… No podía distinguir bien sus facciones, no sólo debido a lo oscuridad, sino a su vista borrosa. Todo lo que pudo distinguir fue a un hombre alto, apuesto, y cuyos cabellos largos y simpáticamente desordenados por el aire de la marcha, parecían rubios con tono naranja a la luz de la luna. El hombre se inclinó sobre ella, y le puso una mano en la boca… Había algo en aquella mano, que obligó a Brigitte a cerrar los ojos nuevamente.

También los espías tienen derecho a dormir…, aunque sea por medio de narcóticos.

Capítulo VI

Y con un poco de suerte, incluso pueden despertar. Lo normal es que una espía, cuando se duerme en pleno trabajo, jamás despierte. Al menos, en el mundo de los vivos.

Pero, con la agente Baby, las cosas nunca son normales. Siempre hay algo que se sale de lo corriente, de lo vulgar, de lo esperado. Así, la divina espía podía permitirse el lujo de dormir… y el lujazo fantástico de despertar… en el mundo de los vivos.

—¿De verdad es usted la agente Baby?

La voz llegó de muy lejos. Estaba acostumbrada a estos efectos acústicos. En más de una ocasión, las cosas habían ido tan mal como en aquel momento. La voz llegaba de lejos…, de muy lejos; y luego resultaba que quien le hablaba estaba muy cerca. Peligrosamente cerca.

En esta ocasión, quien había hablado era un hombre notable en todos los conceptos. Tenía los ojos color café, la boca grande y simpática, los cabellos casi rubios, la nariz aristocrática, los hombros muy anchos. Era lo que suele llamarse «un tipazo tremendo». Varonil, joven, elegante, apuesto… Lo tenía todo. Incluso una elegancia natural absolutamente fuera de lo corriente.

Brigitte se quedó mirándolo unos segundos. Luego, parpadeó, lentamente, y frunció el ceño. Sabía ya que cuando algo no estaba bien en su cabeza, ésta le dolía al fruncir el ceño. Pero no fue así.

—Le hemos administrado un calmante. Las personas en bajas condiciones físicas no son fáciles de tratar —sonrió el hermoso ejemplar masculino—. ¿Se encuentra bien, espero?

—Creo que sí…

—Magnífico. En principio, pensé encadenarla, pero me pareció una brutalidad atroz. Igual que enjaular un ave del paraíso. Evidentemente, su nombre es Brigitte Montfort —volvió a sonreír—. Al menos, eso dicen sus documentos. Lo que no dicen es que,

además, sea la mundialmente famosa agente Baby. Pero, claro, si sus documentos dijeran tal cosa, sería una estupidez.

—¿De qué está usted hablando? ¿Dónde estoy?

—En una villa cerca del mar. Un lugar amable. Y estoy hablando de espionaje, señorita Montfort.

—¿De… espionaje?

—En efecto.

—Usted está loco.

—Es posible. Oh, permítame…

La ayudó a sentarse en la cama. Luego, pareció pensarlo mejor, y la llevó a un silloncito primorosamente tapizado en azul y oro. Brigitte quedó sentada allí, de cara a la ventana. Los visillos blancos estaban corridos, y se veía, afuera, un sol cegador, hermosísimo, refulgiendo en verde sobre las palmeras. Mucho más allá, como una mancha que se iba decolorando en la distancia, el tono azul, quizá verde, del mar. Era el mar. Brigitte Montfort jamás podría confundir aquel color con ningún otro.

—¿Estoy en la isla Tortuga? —musitó.

—Ah… Su capacidad de concentración es magnífica. En pocos segundos se ha situado usted en su… realidad geográfica. Efectivamente, está usted en isla Tortuga.

—¿Prisionera?

—Pues… me temo que sí. Sin embargo, preferiría tratarla como a una invitada muy especial. Y eso, a pesar de que anoche mató usted a dos de mis hombres, señorita Montfort. Por favor, no intente mentir ni decir tonterías… Como comprenderá, estoy perfectamente enterado de todo lo que pasó en Port de Paix.

La espía se acercó a la ventana. Vio abajo un hermoso jardín, una piscina, la playa, el mar… Y paviotas, blancas y grises, volando con aquella majestuosa fiereza, con aquella inmovilidad en sus largas alas que parecían de piedra. Se sentía bien, y fuerte. Tan bien y tan fuerte que cuando se volvió hacia el hombre, había en sus azules ojos un brillo muy especial.

El apuesto caballero sonrió amablemente.

—Es mejor que reserve sus energías —adivinó, de modo sorprendente—. No es fácil matarme a mí sólo con las manos. Y al menor ruido… inquietante, media docena de hombres armados entrarían en este dormitorio. Por favor, señorita Montfort, estoy

tratando de ser… civilizado y amable.

—Se lo agradezco. ¿Quién es usted?

—Rom Cornelius. ¿Le dice algo el nombre?

—No.

—Por supuesto. Si hubiera podido servirle a usted para comprender algo, no se lo habría dicho. En realidad, yo no soy… nadie. Nadie. Un hombre dedicado al espionaje. Y he pensado que podemos llegar a un acuerdo inteligente.

—¿Sobre qué?

—Oh, vamos, señorita Montfort…

—¿Sobre qué, señor Cornelius?

Éste se quedó mirando un tanto fríamente a la divina espía.

—Sobre el proyectil «Caribe».

—¿Cómo dice?

—Digo que quiero ese proyectil.

—¿Qué proyectil?

Rom Cornelius miró ahora con decidida hostilidad a la espía. Encogió los hombros y se acercó a ella. Se quedó también ante la ventana. Y encendió un cigarrillo. Luego, señaló hacia el mar.

—Estamos en pleno Caribe, señorita Montfort. Como bien debe saber, es uno de los mares en que más abundan los tiburones. ¿Alguna vez ha salido a pescar tiburones?

—No… Pero sé cómo se hace.

—Ah… ¿Le gusta ese deporte?

—No.

—Es… emocionante. Se tira sangre el mar. Sangre de lo que sea. Y puede uno tener la completa seguridad de poco después estar rodeado de tiburones hambrientos. En realidad, todos los tiburones están siempre hambrientos. Son de una voracidad espantosa.

—¿Me está amenazando con tirarme a los tiburones? —sonrió Brigitte.

—Preferiría no tener que hacerlo. Hace ya muchos años que comprendí que el cerebro es la mejor parte del cuerpo humano. No deja de ser curioso, pero es cierto. Los dos tenemos un cerebro que debo calcular en muy superior al de la mayoría de las personas. El asesinato, en una forma u otra, es siempre repulsivo. Me desagrada sobremanera, se lo aseguro.

—A veces está justificado.

—Sin duda. Cuestiones bélicas, políticas, de seguridad nacional o internacional… Entiendo de estos asuntos. Realmente, usted está condenada a morir, señorita Montfort. Compréndalo… No es nada personal. Pero mi sistema de seguridad así lo exige. ¿Podrá perdonarme?

—No… —sonrió Brigitte—. Pero le entiendo, señor Cornelius.

—Algo es algo. Usted ha comprendido ya que puede morir en las mandíbulas de un tiburón o… del modo que usted misma elija: un tiro en el corazón, veneno, gas… Puedo ser muy complaciente en este sentido. Incluso una inyección que la dormiría dulcemente para siempre. La diferencia entre una muerte y otra sólo usted puede decidirla. Bien aclarado este punto, le haré una pregunta. Una sola, muy sencilla, que precisa también de una sola y sencilla respuesta: ¿cuándo va a llegar el «Proyectil Caribe»?

—Señor Cornelius, usted puede hacer conmigo lo que guste, pero ni aunque me sacase los ojos con alfileres podría yo decirle una sola palabra sobre ese proyectil. No sé de qué me está hablando.

—Entonces…, ¿no es usted la agente Baby?

—Eso no lo he negado… ni lo he admitido.

—Entiendo. Estamos charlando, charlando, charlando… Y lo que yo quiero son respuestas concretas, no conversación sin fondo.

—Lo lamento. Yo le estoy siguiendo la corriente, señor Cornelius. Es todo lo que puedo hacer.

—¿Nada sobre el «Proyectil Caribe»?

—Nada. Ni aunque me despelleje viva.

—Puedo ofrecerle tres millones de dólares por esa información, señorita Montfort.

—¿De veras? Pues me gustaría tenerla. Aunque me pregunto qué puede hacer una persona muerta con tres millones de dólares.

—No entiende —sonrió Cornelius—. Me refiero a su vida. Sé que los chinos ofrecen tres millones de dólares por usted.

—Oh.

—Exacto. Su vida, a cambio de la información.

—Señor Cornelius: ¿usted me cree tan completamente loca como para no cambiar mi vida por cualquier información? Si no se la facilito a cambio de tan formidable precio, es que no la tengo. Sería diferente si usted me pidiera que traicionase a algunos amigos míos

con objeto de matarlos. En tal caso, ni aunque me sacase los ojos con sus uñas sabría nada por mí. Pero todo lo que sea eso, se lo diría. Lo lamento. Creo que no hay más que hablar.

—¿Ni siquiera tiene usted idea de lo que es el «Proyectil Caribe»?

—Ni idea. Palabra de espía, señor Cornelius.

—Ah… ¿Lo admite, al fin?

—¿Por qué no? Tiene usted la gran satisfacción personal de haber apresado a la agente Baby. Y, a cambio de esto, dígame…: ¿qué es el «Proyectil Caribe»?

Rom Cornelius se la quedó mirando fijamente. Poco a poco, en su simpático, atractivo y viril rostro fue apareciendo una sonrisa entre admirativa y amable. Acabó echándose a reír, francamente divertido.

—Señorita Montfort, tengo algunas cosas que hacer ahora, pero podemos seguir esta conversación un poco más tarde. Mientras tanto, le ruego que se considere mi invitada especialísima.

—Muy amable. ¿Cuáles son mis privilegios de invitada?

—Todos… Menos matar o intentar escapar. Excepto esto, mi propiedad es suya. Puede usted nadar en la piscina, en la playa, ir a pescar, tomar el sol, pasear, oír música… Lo que quiera. Espero que haya comprendido que si intenta abusar de estas concesiones será… tratada con malos modales.

—No me gustan los malos modales, señor Cornelius.

Éste volvió a sonreír. Se acercó más a ella, le tomó la barbilla con tres dedos, y la alzó. Pareció en verdad sorprendido y admirado ante el tono fresco, brillante, lleno de vida de aquellos labios sonrosados. Y, sin vacilar, decidió besarlos. Mientras recibía el beso, la divina espía permaneció inmóvil.

—Tengo asuntos que resolver hasta las… cinco de la tarde, aproximadamente. Me gustaría almorzar con usted, pero no es posible. ¿Le parece bien que nos encontremos junto a la piscina a las cinco? —dijo él.

—No le aseguro que acuda a la cita. Soy especialista en fugas, señor Cornelius.

Rom Cornelius se quedó mirando aquellos labios… antes de volverlos a besar.

—No sea loca —musitó luego—. Me disgustaría contemplar su

cadáver. ¿Hasta las cinco?

—De verdad que no se lo aseguro. Usted está confiando en mi aspecto angelical, y… eso puede traerle complicaciones.

—Muy pequeñas. Hasta luego.

Rom Cornelius salió del dormitorio, y Brigitte quedó sola, pensativa. Alzó la persiana, y miró hacia los jardines de aquella villa junto al mar. En quince segundos, contó no menos de cuarenta hombres distribuidos en todas partes: en los jardines, cerca de la piscina, en la playa, en el embarcadero, en el yate, en el cobertizo que parecía servir de garaje, engrasando dos helicópteros… Cuarenta hombres, por lo menos. Eso quería decir que había, fuera de su alcance visual, por lo menos otros cuarenta. Ochenta hombres, en total, teóricamente. Quizá llegasen a los cien. ¿Por qué no? Cien hombres…

Pero eso no importaba demasiado. La pregunta clave era ésta: ¿qué era aquello que Rom Cornelius llamaba «Proyectil Caribe»?

—Ella no sabe nada sobre el «Proyectil Caribe», James.

James Stanton, muy atractivo con su atuendo deportivo y sus greñas rubias sobre la frente, frunció el ceño, disgustado.

—Tiene que saberlo. Si es Baby…

—Lo es. Lo ha admitido, al menos. Pero no sabe nada sobre el proyectil.

—¿Ha admitido que es la agente Baby? —sonrió secamente James Stanton.

—Sí.

—Entonces, no es ella.

Cornelius frunció el ceño. Se acercó al gran ventanal del salón, al borde mismo de la terraza llena de flores y palmeras enanas, y cubierta por un tejadillo de palmas, que recibían de lleno el reflejo del sol en las aguas de la cercana piscina. Era un lugar muy agradable, fresco, oculto por la sombra de abundantes palmeras.

—No sé si esa mujer es o no es su famosa agente Baby. Pero estoy convencido de que no sabe nada sobre el proyectil.

—Si es Baby, tiene que saber algo. No se fíe de ella. Sé muy bien que Baby es una mujer con rostro de angelito. Y ya ha visto a Brigitte Montfort…

—Es muy hermosa —sonrió nostálgicamente Cornelius—. Eso es fácil de ver.

—Cornelius, no se fíe de ella. Usted no sabe qué clase de víbora le he traído. Mató a Fonkel y a Ornato, no lo olvide. Y no en una pelea vulgar. A Fonkel le mató partiéndole el cuello. Sé lo que estoy diciéndole. Si esa chica es Baby, lo mejor que puede hacer es matarla. Y espero que admita que tengo mis buenas razones para saber que esto es lo que más conviene. Se la traje aquí para que le hiciese preguntas. Si ella no quiere contestarlas o, en efecto, ignora las respuestas, mátela. Ahora mismo. Le digo esto en bien de todos nuestros proyectos.

—¿No está exagerando, Stanton?

—No.

—Bueno… No sé… Tengo todos los triunfos en mis manos. Las únicas personas que saben que usted está traicionando a la CIA, y que está en tratos conmigo, están aquí, en mi poder. No veo por qué debo temer nada. Sólo tengo que esperar que llegue el «Proyectil Caribe».

—Eso me parece bien. Pero elimine a Baby. Escuche, el otro ya lo dijo, cuando le aplicamos el pentotal… Había llamado a Baby… Yo no sé si esa mujer que le he traído es la verdadera Baby o todo es un truco de la CIA Pero, de un modo u otro, mátela. ¿Para qué la queremos viva?

—Puede ser útil, quizá.

—Si no es Baby, no sabrá nada. La CIA sólo confiaría semejante asunto a la auténtica Baby. Y si es la auténtica Baby, no doy un centavo por todos nosotros mientras ella esté viva. Cornelius, sé lo que digo, esa mujer es el demonio en forma de ángel… Ha corrido el mundo entero destrozándolo todo. No sea obcecado. He oído cosas de ella que me han puesto los pelos de punta. Nadie ha conseguido mantenerla prisionera más de un día; se escapa de donde sea y como sea, mata de mil maneras, su cerebro es de una agudeza escalofriante, no se le escapa ningún detalle, no…

—¡Ya basta, Stanton! —Gruñó Cornelius.

—Como quiera. ¿Puedo regresar a Port de Paix?

—Será lo mejor. Es posible que aún no se sepa la fecha en que será enviado el «Proyectil Caribe», de modo que ni siquiera Baby podría saberlo. Usted esté al tanto de todo. Y en cuanto sepa que lo envían, avíseme. Yo lo tengo todo dispuesto para actuar.

—Está bien. ¿Va a matar a esa mujer?

—Más tarde.
—Espero que no sea demasiado… tarde. Adiós.
—Adiós.
James Stanton abandonó la casa, en dirección al embarcadero. Rom Cornelius estuvo mirándolo alejarse, pensativo. Si algo había que le disgustase eran las exageraciones, las salidas de tono. Nadie es invencible, ni, mucho menos, inmortal…
—Señor Cornelius…
Se volvió hacia el interior de la casa, fruncido el ceño.
—¿Sí, Achille?
—Llaman por la radio, desde el submarino. Quieren saber qué está pasando con el «Proyectil Caribe».
—¡No sé lo que está pasando! Ni siquiera lo han enviado todavía. Diles… No. Yo iré a decir lo que está ocurriendo, por el momento.
—Sí, señor. He visto a esa mujer fuera de la casa…
—Dejadla. Está autorizada. Puede hacerlo todo menos escapar. Pasa esta orden a Komkrek. Mientras no intente escapar, la señorita Montfort puede hacer lo que le venga en gana… hasta las cinco de la tarde, solamente. A esa hora, deberá estar esperándome junto a la piscina. Es todo.

A las cinco de la tarde, Rom Cornelius se reunió con Brigitte Montfort junto a la piscina. La espía estaba tendida al sol.
Cornelius la miró con clarísima aprobación, y acabó sonriendo.
—Impresionante… —admitió—. Sencillamente impresionante, señorita Montfort. ¿Ha recapacitado sobre mi oferta?
—Sí. Incluso he buscado el medio de convencerlo a usted de que sé algo sobre el «Proyectil Caribe». Pero mi imaginación no es muy fértil, y he comprendido que no podría satisfacerlo con mentiras. Mi actitud sigue siendo la misma, señor Cornelius. No sé nada.
—Bien… Vamos ahora a hacer una visita. Espero que a la vista de los hechos, su imaginación mejore notablemente. Si usted fuese una agente… normal de la CIA, no la estaría molestando tanto. Ya la habría matado. Pero si es Baby, resulta evidente que tiene que estar al corriente de todo. Por eso insisto tanto. Hay cosas que ni los mismos agentes de la CIA que están en Haití pueden saber. Pero usted, posiblemente llegada desde Washington, sí debe saberlas.
—Seguimos perdiendo el tiempo —musitó Brigitte.

—El tiempo nunca se pierde —aseguró Cornelius—. Se puede perder la vida, pero no el tiempo. El tiempo es siempre el mismo, no acaba ni empieza. Es la vida la que empieza y termina, mientras el tiempo sigue en suspenso, siempre igual, siempre indiferente a todo. Muchas personas dicen que pierden el tiempo, y no es cierto. El tiempo ni se pierde ni se encuentra. Es la vida, pedazos grandes de vida lo que se va perdiendo.

—¿Eso lo dijo… Sócrates, por ejemplo?

—No. Lo dice Cornelius —sonrió éste—. Venga, vamos a hacer esa visita. Espero que quede convencida de que todo esto no es ninguna broma, señorita Montfort.

—Ya tengo entendido que en el espionaje se gastan muy pocas bromas. Cuando guste, señor Cornelius.

Capítulo VII

Rom Cornelius, tras un gesto de aprobación con la cabeza, señaló hacia un lado de la casa.

—Iremos al cobertizo.

Echaron a andar, evitando la casa y un par de grandes cobertizos con tejado de palmas, muy ligero, pero eficacísimo para proporcionar una sombra densa y fresca. Y bajo aquella sombra, Brigitte pudo ver tres aviones pequeños y uno mediano, así como cuatro helicópteros. También había tres coches. Delante de la entrada, que era la simple abertura delimitada por los troncos que sostenían el andamiaje de palmas, había dos hombres, que parecían desarmados, pero que llevaban unos extraños pantalones bombachos de color negro, dentro de los cuales muy bien podría haber una metralleta.

—Tiene usted una gran cantidad de material, señor Cornelius.

—Sí… Todo esto, claro, resulta muy caro. Pero es una inversión rentable. Como usted, sin duda, sabe, el asunto es de tal envergadura, que vale la pena gastarse unos cientos de miles de dólares.

—Se equivoca.

—¿No cree que vale la pena invertir…?

—Me refiero a que yo no sé nada, contra lo que usted insiste en creer.

—Ah… Bien, luego hablaremos de eso. ¿De veras le gusta mi organización?

—Parece que funcionará bien, en el momento preciso…, si usted no se descuida.

—No creo. Todo está a punto… Todo. En cinco segundos, mis aviones y mis helicópteros pueden despegar, mis autos salir, mis lanchas hacerse a la mar… El material y los hombres están dispuestos en todo momento. Me gustaría demostrárselo, pero sería

una tontería movilizar a todo el mundo para convencerla de algo que supongo ya cree usted.

—¿Por qué no? He conocido otras organizaciones como la suya, más o menos poderosas. En general, son organizaciones eficientes, dignas de ser tenidas en cuenta por los servicios convencionales de espionaje mundial.

—¿De modo que admite que mi organización puede ser eficiente?

—Desde luego. Como lo fueron las otras.

—¿Fueron? ¿Ya no funcionan?

—Las destruí, señor Cornelius.

Rom Cornelius aflojó un instante el paso, mirando de reojo a la divina espía.

—¿De veras? —musitó.

—Naturalmente. No me habría molestado si esas organizaciones hubieran sido de espionaje industrial, o interior, dentro de cualquier país. Pero, en general, ustedes, los que forman estos grandes grupos financieramente bien respaldados, son muy ambiciosos, quieren volar demasiado alto. Y el espionaje que puede dar lugar a crisis políticas o bélicas es una cosa demasiado seria para dejárselo practicar a particulares.

—Parece que tiene usted una visión muy personal de lo que es el espionaje.

—Así es.

Mientras hablaban, habían ido dejando atrás los cobertizos, sin que Brigitte dejase un instante de mirar a todos lados; parecía aburrida, como si estuviese haciendo algo rutinario, que ya se sabía de memoria. Pero sus ojos lo fueron captando todo una vez más, asegurándose de que durante sus paseos de aquel día por el lugar había sabido valorar todo el material y su exacta situación.

—Puesto que tan clara y personal visión tiene del espionaje, dígame, señorita Montfort: ¿qué opina de mí?

—Aún no podría decirlo con exactitud. Desde luego, inevitablemente, debe ser muy inteligente, con gran personalidad, audaz… Eso es indiscutible. Pero su inteligencia es menor de lo que usted mismo cree.

—¿Por qué? —sonrió Cornelius.

—Porque si fuese de verdad inteligente, olvidaría este asunto.

Como usted, otros hombres han creído que podían luchar contra la CIA Y fracasaron, desde luego.

—Alguien tiene que ganar a la CIA alguna vez, ¿no le parece? Por mi parte, debo decirle que no sólo pienso vencer a la CIA, sino también a la MVD A las dos juntas.

Brigitte se echó a reír de buena gana.

—¡Es usted un iluso, Cornelius…, un insensato! Pero, en fin, eso es cuenta suya… ¿Es ese el cobertizo que vamos a ver?

—Sí.

Se detuvieron segundos después ante una cabaña construida con troncos, muy sólidamente, protegida por la sombra de palmeras y mangos. Delante de la puerta, había un hombre, ataviado con aquellos extraños pantalones bombachos. Parecía que no había más vigilancia, pero Brigitte iba a tardar muy poco en comprender que era suficiente aquélla.

El propio Cornelius alzó el grueso cerrojo de madera que cerraba la puerta por fuera. La empujó, y señaló a Brigitte el interior.

—Puedo concederle cinco minutos. Después, hablaremos usted y yo.

—¿No va a entrar conmigo?

—Me parece que es mejor que no lo haga. Podrán conversar ustedes con más libertad.

Brigitte frunció el ceño, pero entró sin vacilar. La puerta se cerró tras ella, pero eso la tuvo sin cuidado. Se quedó mirando la gran jaula de hierro que colgaba del techo en el centro de la cabaña. Parecía una de esas jaulas gigantes para tener encerrados papagayos, grandes cacatúas, tucanes… Su solidez era suficiente para que el hombre que había dentro no tuviese la menor oportunidad de escapar de allí. El hombre estaba sentado, con las piernas cruzadas, apoyando la espalda en los finos barrotes. El sol que entraba por una de las pequeñas ventanas daba de lleno en la jaula, y eso debió deslumbrarle unos segundos.

No reaccionó hasta que Brigitte estuvo ante la jaula, mirándole fijamente, contemplando las señales de golpes en el rostro del hombre, sus desgarradas ropas, la barba de varios días…

Por fin, el hombre lanzó una exclamación y se deslizó hacia ella, haciendo oscilar la jaula, que Brigitte detuvo sujetando uno de los finos barrotes con una mano.

—Baby… —musitó el hombre—. ¡Ha venido!

—¿Cómo está mi buen Simón-Eurípides? —sonrió dulcemente la espía.

—Bien… ¡Estoy bien! —El espía parecía a punto de echarse a reír—. Me han golpeado un poco, me aplicaron pentotal… Pero eso no se les puede reprochar a unos espías, ¿verdad?

—No creo… —admitió Brigitte, pasando ahora sus manos para tomar las del prisionero enjaulado y acariciarlas—. ¿Todo bien? ¿Ningún hueso roto, o mutilación, o…?

—No, no… De veras. A su modo, ese Cornelius es un… caballero.

Los dos se echaron a reír. Simón-Eurípides estaba auténticamente ebrio de alegría. Toda su actitud decía bien a las claras que, ahora que Baby había llegado, consideraba resueltos sus apuros.

Y ni siquiera cambió de actitud cuando Brigitte musitó:

—Yo también estoy prisionera, Simón.

—La culpa es mía —se lamentó él—. Yo la delaté.

—¿Con pentotal? —sonrió Brigitte.

—Oh, sí…

—Bien… Cuando salgamos de ésta, le enseñaré el procedimiento mental para combatir esa droga. Yo lo he conseguido ya. Pero comprendo que no todos lo hayan podido lograr.

—Me atraparon… ¿Sabe que tenemos un traidor en la CIA del grupo del Caribe?

—¿James Stanton?

—Sí. ¿Le conoce?

—No… —susurró la divina—. Pero espero conocerle pronto. Por supuesto, está sentenciado a muerte… Lo vislumbré anoche, en una lancha, pero sólo de un modo borroso. De todos modos, es posible que pueda identificarlo si le veo. ¿Qué pasó exactamente, Simón? Hable sólo de lo que ha pasado, no de lo que va a pasar. ¿Comprende?

—Claro… —sonrió Simón-Eurípides—. Nos están escuchando por medio de micrófonos o algo así, ¿no es cierto?

—Si no fuese así, Rom Cornelius demostraría ser un tonto completo. Y no lo parece… ¿Por qué me escribió, Simón?

—Porque es un asunto horrible, espantoso de verdad. Quería

que usted interviniera, sin que nadie lo supiera. Por eso le envié la carta. Estaba dispuesto a no hacer nada más, esperándola a usted. Pero, a las pocas horas de haber enviado la carta, observé mayor actividad en James Stanton, uno del grupo de Haití, de Port-au-Prince, trasladado conmigo y otros a Port de Paix. Lo estuve siguiendo, y me convencí de que estaba jugando sucio, definitivamente. Debí permanecer al margen, esperarla a usted, como fue mi primera intención al escribirle. El resultado fue que, si bien me convencí definitivamente de que James Stanton es un traidor, acabaron por atraparme. Me aplicaron pentotal, después de convencerse de que a golpes no iban a conseguir más que perder el tiempo. Y mucho me temo… que les dije que había avisado a Baby, y que ella vendría para ayudarme… También debí mencionar a Jeanine, y que si usted no podía comunicarse conmigo al llegar, la buscaría a ella…

—Debió decirlo, sí… —musitó Brigitte—. Me estaban esperando cerca de Jeanine. A ella no la molestaron, porque querían que Baby, al no poder comunicarse con usted, la buscase. Y al no recibir respuesta suya, inevitablemente tuve que ponerme en contacto con la mulata. La trampa funcionó entonces para las dos, Simón. Quisieron matarme… Luego, lo pensaron mejor, cuando escapé de su primer intento, y llegaron a la conclusión de que quizá les sería de más utilidad estando viva. Bueno, eso lo pensó Stanton, que me atrapó por sorpresa.

—Entiendo… Él debe querer que usted les diga más cosas de las que ya saben. Es natural que piensen que la agente Baby está al corriente de todo.

—Pero no es así. ¿Qué es exactamente el «Proyectil Caribe»?

Simón-Eurípides se pasó la lengua por los labios.

—¿No lo sabe? ¿De verdad no lo sabe, Baby?

—No.

—Bien… Entonces… será mejor que siga ignorándolo.

Brigitte quedó estupefacta.

—¿Qué dice? —exclamó—. ¿No quiere usted decirme en qué consiste ese «Proyectil Caribe»?

—No.

—Pero… ¿está bromeando, Simón? ¡Me escribe llamándome, lo dejo todo para acudir en su ayuda, me cogen prisionera…, y usted

se niega a contestar a mis preguntas…! ¡Esto es absurdo! ¡Fue usted quien me llamó, no lo olvide!

—Si estuviésemos libres, de modo que usted podría hacer algo, se lo diría. Pero estando prisioneros…, ¿para qué darle a usted el disgusto?

—¿Qué disgusto? Por el amor de Dios, Simón: ¿de qué está hablando?

—No se lo diré.

—Pero… pero… ¡Es absurdo! —insistió Brigitte, poco menos que furiosa—. ¡Usted me ha metido en esto, estoy aquí sólo porque me llamó un compañero, quise ayudarle…!

—Créame, Baby: es mejor que no sepa nada, puesto que nada puede hacer.

—¿Está loco? ¿Quién dice que no puedo hacer nada? He escapado de lugares más difíciles que éste, Simón. Y si…

—Yo también lo intenté… Y por eso me pusieron en la jaula. A usted también la pondrán en otra, quizá. Tienen muchas jaulas con pájaros de esos de colores en un cobertizo cerca de aquí. Esta es una villa muy grande.

—Le digo que he escapado de sitios peores…

—Si habla tanto de escapar, Cornelius estará al corriente —sonrió con desgana el espía enjaulado.

—Ya estaba al corriente antes. Le advertí que lo intentaría, de modo que no podrá sorprenderse cuando lo consiga. Simón, seamos sensatos: quiero saber…

—No le diré nada. Únicamente, que si escapa de aquí, si de verdad es capaz de conseguirlo, no confíe en nadie. Fíjese bien, Baby: ABSOLUTAMENTE EN NADIE.

—Todo esto es una estupidez… Simón, por favor…

—No.

—Jeanine ha muerto —espetó brutalmente la espía—. La asesinaron. Le metieron dos balas en el corazón. ¿Y ahora?

Simón-Eurípides se mordió los labios.

—Lo siento por ella… —susurró—. Era una chica amable. Pasé muy buenos ratos en su compañía. Lo lamento de veras. Pero eso no cambia mi decisión, Baby.

—¿No puedo hacer o decir nada para convencerle?

—No. Y lo crea o no, mi negativa a informarla le beneficia a

usted.

—¡A mí! ¿Por qué? ¡No comprendo nada!

—Mejor… Mucho mejor. Nos van a matar, Baby… Usted sabe eso muy bien. Y créame que preferiría no haberla escrito, no haberla llamado. Pero confiaba en usted… Solamente en usted. Sé que si estuviese libre lo impediría, pero como está tan condenada a muerte como yo, es mejor que no sepa nada. Morirá… más tranquila. Espero que me perdone por haberla metido en esto.

—Las drogas lo han enloquecido, Simón… —masculló Brigitte—. Tiene que ser eso.

—Es posible.

—Escuche… Rom Cornelius me ha estado preguntando cuándo llega el «Proyectil Caribe». ¿De qué se trata?

—Nadie sabe con exactitud cuándo llega el proyectil. Ni siquiera el grupo de la CIA que está en Haití. Ni los rusos. Nadie lo sabe con exactitud.

—¿Pero ha de llegar un proyectil?

—Eso parece.

—¿Y Rom Cornelius lo quiere?

—Sí.

—¿Para qué?

—No sé… De verdad que no sé eso. Sí sé que James Stanton piensa ayudarle a conseguirlo. Le informará de cuándo, por dónde y cómo va a llegar, y Cornelius piensa apoderarse de él.

—Pero… ¿qué ocurre con ese proyectil? ¿Quién lo envía, qué clase de proyectil es, qué se pretende con él…?

—Demasiadas preguntas, Baby. —Sonrió de nuevo el enjaulado espía—. No voy a contestarlas. Por su bien, de veras.

—¿Sabe Rom Cornelius todo eso que usted no quiere decirme?

—Lo ignoro. Es posible que sí… Quizá yo mencionara también ese punto cuando me interrogaron después de aplicarme el pentotal.

—Definitivamente, Simón: ¿no quiere decirme qué ocurre con ese «Proyectil Caribe»?

—No. En su propio beneficio… espiritual.

—¡No diga ya más tonterías! Soy una persona bien equilibrada mental y espiritualmente, puedo admitir cualquier revelación sin perturbarme demasiado… ¿Por qué duda eso?

—Sólo quiero evitarle… una tristeza infinita, Baby.

—Vaya… Pues se lo agradezco. Creo que no tenemos más que hablar, Simón.

—No me guarde rencor, se lo suplico.

Brigitte estuvo unos segundos mirándole fijamente, con el ceño fruncido. De pronto sonrió, con aquella dulzura que tan bien conocían todos los Simones del mundo. Pasó de nuevo una mano por entre los barrotes y acarició el barbudo rostro del espía.

—Está bien, Simón… —murmuró—. Somos buenos amigos, y compañeros. Acepto su decisión de no decirme nada. Supongo que, para usted, sus motivos son legítimos, y llenos de buena intención.

—Así es.

—De acuerdo. ¿Está en condiciones de escapar?

—¿Quiere decir de correr? —sonrió el espía una vez más.

—De lo que sea necesario.

—Pues… sí. Desde luego. Si logro salir de esta jaula, y de la cabaña, y cruzar toda la villa, llegar al mar, o robar un coche, o un avión… sin que me llenen de balas, sí, podría escapar.

—Pues escaparemos.

—Si lo intentamos, al fin y al cabo, sólo podemos perder la vida, ¿no es eso?

—Es usted un pesimista.

—Y usted una optimista deliciosa. Buena suerte. Ah… Y si tiene alguna probabilidad de escapar, no se complique la vida por mí. En realidad, y sabiendo lo que sé, no me importa gran cosa terminar aquí mi carrera de espía. Dimitiría, de todos modos. Y no viviría muy feliz, se lo aseguro.

Brigitte volvió a mirarle fijamente. Por fin, encogió los hombros y se fue hacia la puerta. La abrió, se volvió y tiró un besito a Simón, con dos dedos.

Cuando salió, Rom Cornelius estaba esperándola, sonriente, aunque con expresión un tanto decepcionada.

—Francamente, esperaba oír algo mucho más sustancioso —dijo.

—Lo siento por usted. Ya habrá oído que mi compañero no quiere decirme nada sobre el «Proyectil Caribe»… ¿Me lo diría usted?

Rom Cornelius dejó de sonreír. Entornó los ojos, que quedaron fijos en los de la espía, especulativos, serios, duros. Por fin, refunfuñó algo, y señaló hacia la casa.

—Volvamos.

—¿No piensa explicarme nada sobre el «Proyectil Caribe»?

—Es usted muy astuta, señorita Montfort.

—Le aseguro…

—No me asegure nada. Mire, en esto del espionaje, cada uno hace su juego, y no siempre es limpio. Estoy ya convencido de que usted es Baby, y eso es lo que me tiene molesto.

—No comprendo…

—He oído hablar mucho de usted, créame. Está considerada como el comodín salvador e infalible de la CIA ¿Pretende que yo crea que no sabe nada sobre el «Proyectil Caribe»?

—Usted mismo habrá oído mi conversación con mi compañero y…

—Eso puede no significar nada. Puede ser una de tantas jugadas de la CIA, que, como siempre, le está utilizando aprovechando sus… excepcionales cualidades de espía. ¡Oh, vamos, es imposible que usted no esté al corriente de todo!

—Lo estaré si usted me lo dice… ¿Qué puede perder con ello?

—No… —sonrió fríamente Rom Cornelius—. No, señorita Montfort, no… No se lo diré. No sé cuál es su jugada, la de la CIA en general. Pero sé cuál es la mía, de modo que haré las cosas como a mí me convengan, sin explicaciones, sin caer en sus trampas, sin confiar en su aspecto de inocente muchachita… No sé lo que trama, pero no cuente conmigo como una pieza más de su juego.

—Está equivocado completamente.

—Quizá. Pero esa es mi decisión. No más charla.

Ahora, iremos a la casa. Durante toda esta noche, estaré esperando noticias de Port de Paix. Y si para mañana no se sabe todavía nada concreto sobre el «Proyectil Caribe», usted y yo tendremos otra charla… mucho menos amistosa. Y agradezca que esta noche tengo una… entrevista muy delicada, ya que si no fuese así, no esperaría a mañana para… convencerla de que debe decirme su juego. Recapacite. Aproveche estas horas más de calma que le estoy concediendo. O eso, o…

—Nunca he estado en una jaula —sonrió secamente Baby—. Será una experiencia interesante.

Capítulo VIII

Normalmente, dentro de la casa no debía haber vigilancia, pero aquella noche sí la había, en honor de la espía internacional. Si bien una vigilancia poco aparatosa, discreta, casi amable: un hombre ante la puerta del cuarto que le asignaron. Y otro paseando por el exterior, vigilando la ventana.

Cuando Brigitte, hacia las diez de la noche, salió al pasillo, el hombre que había allí, aburridísimo, se despejó completamente. Tanto, que su mano derecha fue hacia la cremallera lateral de aquellos pantalones bombachos, especiales.

—¿Adónde va usted? —pudo tartamudear al fin.

Brigitte le sonrió amablemente.

—Voy a ver al señor Cornelius… —dijo—. ¿Está prohibido?

—No sé… No creo. Pero el señor Cornelius no está.

—Oh… Yo creí que… ¿De verdad no está?

—No… No está.

—¿Tampoco ordenó… llevar una botella de champaña a su cuarto?

—Pu-pues… no sé… No sé eso, no…

—Pero él me dijo que lo haría, que podríamos… pasar un rato amable… conversando y bebiendo champaña. ¿Tardará mucho en volver?

—No sé.

—¡Usted no sabe nada de nada, por lo que veo!

—Lo siento. Mis órdenes…

—Haga el favor de acompañarme al cuarto del señor Cornelius. Le esperaré allí… Y ocúpese de que lleven ya la botella de champaña… ¡Vamos, muévase! ¿Qué está esperando?

—No puedo abandonar mí puesto… ¡Suárez! —llamó—. ¡Entra por la ventana!

Brigitte se volvió y vio al vigilante del exterior entrando en su

cuarto por la ventana, ya con la metralleta en las manos. Llegó junto a ellos, mirando sorprendido de una a otro.

—¿Qué pasa? —Gruñó—. Creí que ella…

—Ve a buscar a Komkrek. Dile que la prisionera quiere ir al cuarto del señor Cornelius, que él le dijo que la esperaba allí, con una botella de champaña…

—¿Sí? —Suárez guiñó un ojo—. Bueno, los hay que tienen suerte. Iré a buscar a Komkrek. Pero no te distraigas con ella. Ya sabes lo que nos han dicho.

—Pierde cuidado… —Suárez se alejó, y el otro, también ya con la metralleta en las manos, señaló con ella a Brigitte—. Usted, póngase de cara a la pared del pasillo, con las manos bien altas. Y no se vuelva hacia mí.

Brigitte suspiró, como desalentada, y obedeció.

Apenas dos minutos más tarde, Suárez regresó, acompañado de Komkrek, un tipo altísimo, de revuelta barba negra y ojos diminutos, maliciosos, simpáticos. Un auténtico coloso, que se quedó mirando con irónica desconfianza a Brigitte cuando ella se volvió.

—Rom no me dijo nada de eso, señorita Montfort. Mire, déjese de tonterías y vuelva a su cuarto.

—¿Tiene celos? —rió ella.

—¿Cómo? —Se pasmó por un momento Komkrek—. Oh, vamos, vamos, no haga juegos tontos aquí. Sea lo que sea que esté tramando, olvídelo. Tengo orden de no matarla…, a menos que sea necesario. ¿Comprende? Así que vuelva a su cuarto y tranquilícese.

—Estoy tranquila. Es sólo que tengo esa cita con Rom Cornelius… ¿Acaso hay armas en el cuarto de él?

—Claro que no.

—Entonces, ¿qué más le da a usted que le espere allí o en mi propio cuarto? Además, tengo deseos de beber champaña. La información que pienso facilitar bien vale una botella… ¿O no?

—¿Información? —entornó los ojos Komkrek—. ¿Ha decidido ser comunicativa con Rom?

—Bajo ciertas condiciones… de supervivencia. Lo demás, no me importa. Como usted sin duda sabe, él me ofreció dejarme libre a cambio de mi… sinceridad. He recapacitado y creo que sería una loca si me dejara matar o torturar. Quiero hablar con él.

—Puede hacerlo mañana.

—¿Tiene usted algo contra mí, Komkrek?

—¿Yo? ¡Claro que no! Al menos, personalmente. Por el contrario, usted me resulta simpática.

—Muchas gracias… En tal caso, no veo por qué me ha de privar de varias posibilidades.

—No comprendo.

—Si hablo con Rom Cornelius esta noche, en su cuarto, en la intimidad, espero sacar mejor partido de mi situación. Puedo ser muy… persuasiva. ¿Tiene algo contra eso?

—Pues… no. ¡No! —Komkrek se echó a reír—. Está bien, puede esperarlo en su cuarto. Y si se aburre mientras espera…, puede llamarme a mí.

—Me parece que haré mejor negocio complaciendo a Rom. ¿O no?

—Bueno… Él es el jefe, así que tiene todas las ventajas. Es una lástima. Suárez, vuelve afuera y colócate ante la ventana del cuarto del señor Cornelius. Tú, Fochet, vigilarás en el pasillo. Y nada de tonterías, señorita Montfort. Por su bien.

—Aquí todo el mundo quiere mi bien. ¿No es maravilloso?

—Le enviaré el champaña —rió de nuevo Komkrek—. No creo que esto pueda molestar a Rom.

—¡Qué amable es usted…! ¿No querría tomar una copita conmigo, mientras esperamos a Rom?

Komkrek se quedó mirándola con aquella maliciosa astucia brillando en sus simpáticos ojillos.

—No… —Movió la cabeza—. Lo haría de muy buena gana, pero no quiero complicaciones, de ninguna clase. Yo no estoy metido en esto para perder el tiempo. Ya tendré mis ocasiones para esas cosas, cuando todo termine. Pórtese bien, no sea imprudente. Y vosotros, mucho cuidado. Ya sabéis que está considerada como peligrosa… —La miró lentamente de arriba abajo—, aunque no lo parezca.

Poco después, Brigitte estaba en el dormitorio de Rom Cornelius. Le trajeron una botella de champaña, metida en un cubo de cinc no demasiado limpio, con cubitos de hielo. Y dos copas. Destapó la botella, se sirvió una copa, y tras acercar un sillón a la ventana, se dedicó a beber plácidamente, contemplando la hermosa noche tropical. Una docena de pasos más allá, apoyado en un helecho

gigante, Suárez no la perdía de vista.

—Oye, Suárez... —le llamó ella, en español—. ¿No quieres tomar una copa conmigo?

El vigilante ni siquiera contestó. Brigitte encogió los hombros, y durante media hora estuvo bebiendo, muy parcamente, desde luego, y contemplando las estrellas y la hermosa luna anaranjada. Luego se puso en pie, desperezándose provocativamente ante la hipnótica mirada de Suárez, cuyos pensamientos, evidentemente, estaban siguiendo unos derroteros muy masculinos. Debió enfriarse mucho cuando Brigitte cerró la persiana, de pronto.

Luego, la espía apagó la luz, con lo que Suárez perdió incluso el espectáculo, vislumbrado por entre las persianas. Y también por entre las persianas penetró entonces, a finas rayas, la luz lunar, de aquel hermoso tono anaranjado. Utilizando sólo esa luz, Brigitte se dedicó a registrar rápidamente el dormitorio, empezando por el gran armario empotrado, con puertas asimismo de persiana.

Durante quince minutos, con su habitual tenacidad, estuvo registrando hasta el último rincón. Y por fin, llegó a la deprimente conclusión de que no sólo no había ninguna clase de arma allí, sino que ni siquiera estaba su maletín, que era, en definitiva, lo que ella había querido conseguir para intentar la huida desde el cuarto de Cornelius. Con sus ampollas de gas podía haber hecho milagros; y también con su boquilla de marfil y brillantes, que disparaba diminutos dardos con veneno o narcótico, a elegir... por ella, naturalmente.

Por fin se sentó en la cama, con una muequecita de disgusto en los labios. Tenía que salir de allí, desde luego. Como fuese, tenía que escapar de aquella villa, de Isla Tortuga... Tenía que llegar a Port de Paix, y conseguir una radio para llamar a sus compañeros de la CIA que, sin duda, debían estar allí. Tenía que conseguir tantas cosas, que por un instante se sintió desalentada. Si se asomaba a la ventana, sólo con que intentase salir, aquel bruto obtuso de Suárez no vacilaría en disparar. Y desde una docena de pasos, no sólo ella no podía atacarle, sino que él no podía fallar. Y aunque fallase, la villa estaba llena de hombres. Los había en todas partes, vigilándolo todo. En el embarcadero, en la playa, en los cobertizos donde estaban los helicópteros y los aviones...

De pronto se puso en pie, y fue hacia el armario. Buscó aquel

batín de fina seda de Cornelius, y lo sacó. Le quitó el cordón de la cintura, también de fina seda trenzada, y lo estiró entre sus manitas. Era muy fuerte. Y debía tener una longitud de poco menos de dos yardas…

Se pasó una mano por la boca, pensativa, preocupada. Era demasiado arriesgado, pero… no lo era menos permanecer prisionera. Rom Cornelius podía volver en cualquier momento. Podía o no podía aceptar el juego de ella y aceptarla aquella noche en su compañía, pero de un modo u otro, si se quedaba allí, al final él la mataría. Sería el más estúpido de los hombres si dejaba marchar nada menos que a la agente Baby.

Cogió fuertemente con las manos cada extremo del cordón de seda y fue hacia la ventana. La abrió y se sentó inmediatamente en el sillón que antes había colocado allí. Alerta los oídos, tardó muy poco en oír las pisadas de Suárez, acercándose cautelosamente…

—Eh… —Oyó luego su voz—. Oiga, señorita… ¿Qué hace?

Brigitte no contestó. En sus labios apareció una dura mueca, que parecía congelada. Sabía muy bien lo que Suárez iba a hacer ahora. Y lo hizo. Se fue acercando más, con la metralleta por delante, hasta que sólo estuvo a tres pasos de la ventana. Brigitte comprendió que ya no se acercaría más, de modo que fue ella la que se acercó a la ventana, de alféizar muy bajo.

—¡Quieta ahí! —exclamó Suárez, alzando la metralleta—. ¿Qué está haciendo?

—Tengo calor… No puedo dormir. ¿Se me permitiría nadar un poco en la piscina, querido Suárez?

—No. Vuelva a la cama. O haga lo que quiera, pero tenga mucho cuidado. Me está poniendo nervioso.

—Está bien…

Brigitte comenzó a volverse, lentamente, mirando de reojo hacia su vigilante del exterior. También Suárez dio media vuelta, dispuesto a regresar a su lugar de observación, alejado, más seguro que la proximidad a la espía americana. Cuando todavía estaba dando el primer paso para alejarse, Baby Montfort entró en acción, con su rapidez habitual, con su determinación escalofriante de matar. Se volvió de nuevo hacia la ventana, con las manos por encima de su cabeza y separadas, sujetando los extremos del cordón de seda. Movió las manos hacia adelante, inclinándose, como si

fuese a saltar a la comba, y el cordón se tendió, formando un semicírculo, hacia delante… Pasó justo rozando la nariz de Suárez, y en seguida se tensó, clavándose en la garganta del hombre, que lanzó un respingo, soltó la metralleta, alzó las manos… y voló hacia atrás, debido a la fortísima tracción. Chocó con los riñones contra el alféizar, y mientras tanto, la presión del fino cordón de seda en su garganta se aflojó un instante… Un instante que Suárez no supo aprovechar. Cuando quiso reaccionar a la defensiva, y gritar a la vez, el cordón volvió a apretar, con más fuerza que antes. Todo lo que pudo hacer fue lanzarse hacia delante… Y cayó hacia delante, en efecto. Pero con una pantera sobre su espalda, aferrada a él con las piernas, jadeando junto a su oído… De bruces en el suelo, con aquella fiera sobre su espalda, Suárez hizo el último intento: se dio bruscamente la vuelta, aprisionando bajo su cuerpo a la pantera asesina. Y esto fue muchísimo peor, definitivo. La pantera cruzó sus piernas ante el vientre de la víctima, como una argolla de acero, y las manos tiraron aún con más fuerza hacia atrás del cordón.

Por poco tiempo, ya. Ni siquiera quince segundos, tiempo que tardó Suárez en relajarse, lentamente, hasta quedar inmóvil. Con un seco empujón, Baby se lo quitó de encima, dejando en su cuello el cordón de seda. Se colocó de rodillas, y fue deslizándose hasta encontrar la metralleta. La cogió, se puso en pie, y echó a correr hacia el cobertizo, por detrás. Desde allí, podía ir hasta la cabaña donde estaba Simón y…

Fue un tropezón fortísimo, con una raíz. Salió disparada hacia delante, forzada a dar una vuelta sobre sí misma. Rodó sobre su espalda, detuvo el golpe final con las manos… y de la ametralladora brotó una ráfaga.

Se puso en pie, lanzando un grito de rabia. Un grito que inmediatamente fue seguido de otros, a todo su alrededor. En menos de tres segundos aparecieron las luces de varias linternas, y el rumor de dos docenas de hombres por lo menos se oyó claramente. Casi en seguida, en la ventana del cuarto de Rom Cornelius apareció la luz, y luego se oyó la voz de Fochet:

—¡Ha escapado la prisionera! ¡Atención! ¡Debe ir hacia la cabaña donde está el otro, o hacia los coches…!

Una gran agitación conmovió la villa entera. La movilización fue general, absoluta. En pocos segundos, todos los caminos quedarían

cortados… Todos, menos el que llevaba a la parte posterior de los cobertizos.

—¡Los coches y los aviones! —Se oyó la voz de Komkrek—. ¡Seis hombres vigilando la entrada a los cobertizos! ¡Avisad a los de la playa!

Las luces de las linternas iban de un lado a otro, velozmente, iluminándolo todo…, mientras Baby llegaba a la parte posterior de los cobertizos. Se colgó la metralleta del cuello y sus manitas se aferraron a los troncos. Apoyó en ellos sus descalzos pies y comenzó a trepar, clavando las manos en las estrechas rendijas entre dos troncos. Cuando llegó arriba, sobre el techado de hojas de palmera, sabía que tenía las manos ensangrentadas, pero eso no iba a detenerla ya. Si la encontraban, la acribillarían sin vacilar. Ya no cabrían sonrisas, ni insinuaciones amorosas… La acribillarían.

Con las manos, apartó algunas de las palmas, dejando un hueco por el que podría descolgarse. A su alrededor, el cerco se iba engrosando, endureciéndose. Llegaban hombres de todos los rincones de la villa. Y desde allá arriba, veía la cabaña donde estaba Simón, completamente salpicada de luces. Habría sido una auténtica locura intentar salvarlo. El único resultado habría sido la muerte de los dos.

Por fin, pudo pasar el cuerpo por el hueco hecho entre las palmas, que formaban el fresco y ligero techado del cobertizo. Quedó colgada de los troncos que sostenían las palmas, mirando hacia la entrada, donde varios hombres, con las linternas encendidas y armas en mano, esperaban que ella fuese quizá lo bastante loca para acercarse allí… por delante.

Se dejó caer, se deslizó hacia uno de los helicópteros, trepó a él y estuvo a punto de gritar de alegría al encontrar las llaves en el contacto. Así debía ser, si Rom Cornelius tenía sus aparatos dispuestos a entrar en acción en cinco segundos.

Dio el encendido, sin vacilar. El jaleo era tal que los hombres que estaban en la entrada del cobertizo tardaron unos segundos en comprender que estaban oyendo el rumor de un helicóptero listo para el vuelo…

—¡Está dentro! —chilló uno—. ¡Está en los cobertizos!

—¡Vigilad la salida! ¡Y derribadla!

Asomándose por un lado de la cabina, Brigitte lanzó una

larguísima ráfaga con la metralleta, causando el desconcierto, la huida atropellada entre los hombres de Rom Cornelius… Y mientras éstos se tiraban al suelo, apartándose de allí, la espía internacional tiró la metralleta y dio toda la fuerza a la hélice superior. El helicóptero se elevó bruscamente, violentamente, con toda su fuerza de arranque vertical… Las palmas que servían de techado saltaron en todas direcciones, rotas, trituradas bajo las potentísimas aspas… Y segundos después, el helicóptero quedaba clarísimamente recortado en el cielo, bajo las estrellas y la luna color naranja, alejándose hacia el Sur, hacia La Española, ante la general estupefacción de siete u ocho docenas de hombres armados.

—¡Que no escape! ¡A los aparatos todos!

Mientras tanto, la espía internacional, con una sonrisa despectiva en los labios, movía frenéticamente el dial de la radio del helicóptero, hablando sin cesar, diciendo siempre lo mismo. Era su única oportunidad final, y lo sabía muy bien:

—Baby volando hacia Port-de-Paix solicita ayuda… Baby volando hacia Port-de-Paix solicita ayuda… Baby volando hacia Port-de-Paix solicita ayuda… Baby volando hacia…

Una vez tras otra, la misma frase fue lanzada al espacio y cada vez, el dial de la onda era cambiado. Era una probabilidad. Si la CIA podía escucharla, quizá se salvase. Si no…

Miró hacia atrás y vio ya tres helicópteros más en el cielo, volando hacia ella. Había apenas tres millas desde Isla Tortuga hasta Haití, es decir, hasta Port-de-Paix. Pero en tres millas de vuelo, rápidamente que se recorran, pueden ocurrir muchas cosas…

Y ocurrieron. Tras los helicópteros perseguidores fueron quedando redondas volutas de humo, que indicaban la posición de donde se efectuaban los disparos contra el que pilotaba la espía internacional. Y no eran disparos de pistola o metralleta… Parecían fusiles lanzagranadas…

Y por fin, una bola negra apareció detrás mismo de Brigitte. El helicóptero dio una extraña vuelta sobre sí mismo, horizontalmente, dejando un anillo de humo negro en el cielo. Luego comenzó a descender, lentamente, en línea diagonal, hacia el mar, negro y plata… La costa se veía ya muy cerca, y a la derecha, las luces de Port de Paix.

Pero Brigitte Montfort sabía que no iba a llegar a Port de Paix.

No, al menos, mientras continuase en el helicóptero. Así que lo hizo bajar más por sí misma, mientras tras ella iban estallando aquellas bolas de humo…

Finalmente, cuando el aparato, ya ardiendo, estaba a menos de veinte pies del agua, Brigitte Montfort, alias Baby, se tiró por la abertura, erguida, rígida, tapando con las manos su boca y nariz. Sería lo que Dios quisiera.

Solamente eso.

El choque contra el agua fue fortísimo, pero entró bien, como una bala, y apretando las manos contra su rostro aún más. Le pareció que se hundía miles de millas antes de detenerse, ya frenando el descenso con piernas y brazos. Luego, a toda prisa, casi sin aire en los pulmones, volvió a la superficie. Cuando apareció allí, vio a los otros helicópteros, dando vueltas sobre el que ella había utilizado, que se hundía, ya apagada por el agua la bola de fuego que se había desarrollado en la cola debido a un impacto. En pocos segundos, el helicóptero desapareció bajo las aguas, mientras encima, los otros seguían dando vueltas, en vano intento de localizar a su tripulante, que sólo aparecía unos segundos en la superficie, para respirar y volver a sumergirse.

Y por fin, una de las veces, Baby vio a los tres helicópteros regresando hacia Isla Tortuga, tan tranquilos y satisfechos, convencidos de que habían acabado ni más ni menos que con la espía más peligrosa del mundo.

—Nos volveremos a ver… —jadeó Brigitte—. Nos volveremos a ver, Cornelius. Y no llevarás la mejor parte.

Se volvió hacia la costa de Haití, y calculó que tenía ante ella no menos de media milla de agua. Bien: sólo era cuestión de nadar.

Y ella sabía hacerlo.

Quedó tendida en la arena de la playa, jadeando, casi completamente agotada. Poco a poco, fue recuperando el ritmo respiratorio, mientras pensaba que no habría sido nada divertido encontrarse con un tiburón…

Y de pronto, en el borde de la vegetación, muy cerca de la playa, aparecieron unas luces, grandes, potentes. Parecían faros de coches. Por entre esas luces, claramente iluminadas, aparecieron varios hombres, corriendo hacia ella, que se puso de rodillas y se sentó luego sobre sus propios pies, esperando. Fuesen quienes fuesen, no

podía hacer otra cosa. Desarmada y agotada…, ¿qué otra actitud podía tomar?

Cinco o seis hombres llegaron ante ella y se detuvieron. Nadie dijo nada. Solamente la miraban, y eran mirados a su vez por la expectante espía.

—¿Yanquis? —musitó ella, por fin—. ¿Son ustedes norteamericanos? ¿Recibieron mi mensaje?

—Si usted es Baby —dijo uno de los hombres, en ruso—, sí, recibimos su mensaje.

—¡Rusos! —exclamó Brigitte—. ¡Son ustedes rusos…!

Otro hombre llegaba corriendo desde los coches. Brigitte miró hacia allá y se puso en pie, con una expresión incrédula en su rostro. Estaba tan atónita, que cuando Charles Alan Pitzer se detuvo a dos pasos de ella, no supo qué decir. ¿Más alucinaciones? ¡Imposible! ¡Estaba viendo perfectamente a Charles Pitzer allí, ante ella, mirándola con una expresión hosca, enfurruñada…!

—Tío Charlie… —exclamó al fin la espía—. ¡Gracias a Dios que está usted aquí! ¡Tengo que…!

Justo entonces, Charles Alan Pitzer, alias tío Charlie, jefe del Sector de Nueva York de la CIA, sacó una pistola, apuntó a la agente Baby y apretó por dos veces el gatillo. La espía internacional se llevó ambas manos al pecho, su mirada quedó fija en aquel hombre, desorbitados los ojos en un gesto de terror, de angustia.

—T-tío Cha… Charlie, ¿qué… qué ha hecho… conmigo…?

Y cayó de bruces sobre la arena.

Fin del primer volumen

Segunda parte

Capítulo primero

Charles Alan Pitzer se quedó con la pistola en alto, todavía apuntando a la divina espía, que yacía de bruces sobre la arena, brillante su cuerpo mojado.

Parecía una estatua de color anaranjado, brillante, como de piedra pulida. Tras ella, las suaves olas iban llegando, lamiendo sus pequeños pies, alcanzando las rodillas…

Por fin, y bruscamente, Pitzer se guardó la pistola. Señaló a la espía:

—Llévenla a uno de los coches. Y vean si pueden cubrirla con algo —masculló, en inglés.

—¿Vamos a llevarla al yate? —se interesó uno de aquellos hombres, también en inglés.

—Naturalmente.

—Es una imprudencia, tratándose de ella, señor.

—Sé que es una imprudencia, pero no podemos hacer otra cosa. ¡Ojalá pudiéramos hacer otra cosa!

—Bien… Lo haremos así.

Dos de los hombres se adelantaron, y alzaron a Brigitte por los pies y los sobacos, llevándola en seguida hacia el borde de la vegetación, donde estaban detenidos los dos coches. Pitzer se quedó retrasado. Y junto a él, otro hombre, que musitó:

—Esto no está gustando a los muchachos, señor.

—¿De qué está hablando?

—Estoy hablando de Baby.

Pitzer le dirigió una mirada furiosa.

—¿Qué pasa con ella?

—Bien… Usted no ignora que ella es… digamos la mascota de todos nosotros, señor.

—¿Y qué?

—No nos gusta lo que le está ocurriendo a ella.

—¿Está bromeando, Carpenter?

—No, señor.

—¡Pues váyase al demonio! ¿Qué pasa con ustedes? ¿Creen que yo he disfrutado disparando contra ella?

—Bueno…

—¿Están locos? Baby no sólo es la mejor agente de la CIA, sino que está bajo mis órdenes directas, en el Sector que mando en la patria. La vengo tratando hace años de un modo personal, aparte de los asuntos del servicio. He tomado champaña con ella, me ha invitado a cenar más de una vez, hemos reído juntos, nos hemos peleado… Yo la formé como espía, y estoy orgulloso de mi obra. Pero aparte de eso, no hay nadie en el mundo por quien yo haría lo que haría por Baby. ¡Y lo estoy haciendo, dentro de las posibilidades de este asunto!

—Quizá pudo ahorrarse esos disparos contra ella, señor. Estoy seguro de que Baby le habría atendido.

—¿De veras piensa eso? ¿De verdad está convencido de que conoce a Baby mejor que yo?

—Pues… no. Desde luego que no, señor.

—¡Entonces, déjeme en paz! ¡Y vaya a hacer su trabajo!

—Sí, señor —gruñó hoscamente el espía Carpenter.

Pitzer quedó solo junto a la orilla del mar. Estuvo allá un par de minutos, pensativo, con una expresión decididamente hostil en su rostro. Por fin, con un gesto de rabia, lanzó un puntapié a la arena, enviando un puñado hacia el agua.

Regresó a donde estaban los coches y entró en el que le señaló uno de los espías. Cerró la portezuela y se quedó mirando a Brigitte, envuelta en un trozo de lona no demasiado limpio, sentada en el asiento de atrás, sostenida por otro espía, que miraba fijamente a Pitzer, con expresión poco amable.

—¿Qué le pasa a usted? —Gruñó Pitzer.

—Nada.

—Pues deje de mirarme. Bien: ¿qué estamos esperando para marcharnos de aquí?

El coche se puso en marcha y el otro se colocó detrás. Salieron del terreno arenoso, tomando en seguida una carretera que les llevaría a Port de Paix. Afortunadamente, como siempre, Baby había hecho lo que más convenía: no nadó hacia la ciudad, sino

hacia la playa, lejos de donde pudiera ser vista al llegar. Esto lo había comprendido Charles Pitzer, y luego sólo había tenido que comprobar la dirección del suave oleaje para saber hacia qué playa nadaría Brigitte…, si es que podía hacerlo.

Volvió de nuevo la cabeza y se quedó mirándola. Estaba muy pálida, con los negros cabellos pegados al rostro y la cabeza. Tenía la boquita entreabierta, como una niña dormida. El espía que la sostenía había pasado un brazo por sus hombros, y la apretaba contra él, como si quisiera traspasarle todo su calor. Volvió a mirar hoscamente a Pitzer, pero desvió en seguida la mirada. Por el espejo retrovisor, el conductor del auto también miraba hoscamente al jefe del Sector de Nueva York de la CIA.

Pitzer acabó por soltar otro de sus gruñidos. No podía culpar a los muchachos, ciertamente. Era incluso posible que alguno de ellos hubiese trabajado alguna vez con Baby en Zona Caribe. Hasta podía haber alguno que le debiera la vida. Y si no, ellos sabían que muchos Simones debían su vida a Baby… Era un montón de cosas favorables a la muchacha y en contra de él, empezando por la dulce belleza de la espía y acabando por el feo rostro adusto del hombre que le había disparado.

Veinte minutos más tarde, los coches se detenían en un punto del muelle de Port de Paix más alejado de las instalaciones generales. Uno de los coches quedó algo separado, pero el otro se acercó al blanco yate con matrícula de Nassau, Bahamas, que estaba pegado al borde, inmóvil en las quietas aguas.

Charles Pitzer fue el primero en apearse de ese coche. Y señaló el yate.

—Llévenla. Con cuidado.

Recibió un par de agrias miradas por parte de los dos espías que se dedicaron a sacar a Brigitte del asiento trasero del coche. Hubo un breve conciliábulo susurrado entre los dos agentes, y por fin fue uno solo el que, con Brigitte en brazos, se dirigió al yate. Saltó a él con la espía siempre bien sujeta, y se dirigió a la pequeña portilla de doble puerta batiente que llevaba al interior de la embarcación.

Cuando llegó abajo, otro hombre apareció ante él, pistola en mano. Miró a Brigitte, y palideció intensamente.

—¿Es ella? —musitó.

—Sí. Mira a ver si le consigues el mejor camarote. Y mantas…

Está helada.

—¿Qué le habéis hecho?

—¿Nosotros? Maldito seas, Joe… ¡Nada! ¡Ha sido ese viejo diabólico! ¡Ése…!

Se calló bruscamente, mirando al nuevo personaje que aparecía en escena. Un personaje alto, de cabeza sólida, poderosa, frente despejada, con abundantes canas en las sienes, y ojos grises, duros, de mirada dura. Se acercó a ellos, cojeando ligeramente, como si tuviese dificultades en una cadera. Se detuvo ante el hombre que sostenía a Brigitte y miró a ésta con un destello de temor en sus ojos.

—Supongo que no está muerta —musitó.

—No, señor.

—Bien… —El hombre se pasó la lengua por los labios, lentamente—. Llévenla al mejor camarote, y vean que esté instalada del mejor modo posible.

—Es una gran idea —gruñó el espía.

Charles Pitzer bajaba en aquel momento y se acercó inmediatamente al hombre de caminar renqueante. Suspiró profundamente y señaló a Brigitte.

—Hubo suerte, míster Cavanagh. Fue precisamente hacia donde calculamos, de acuerdo a la dirección del oleaje. De lo contrario, se habría agotado mucho más. Y ella lo sabía. Mmm… Tuve que dispararle.

—No se preocupe por eso. Mañana estará bien. Vamos a ver cómo la instalan.

—Sí… ¿Se sabe algo de los rusos?

—No. Sin novedad todavía.

—Este asunto se está prolongando demasiado. Y eso puede traernos complicaciones. Ya sabe que falta un hombre en el grupo, desde hace tres días. Me pregunto si no lo tendrán los rusos.

—Sería una estupidez por parte de ellos. Más bien debemos pensar que ese hombre es el que avisó a Brigitte a Nueva York, y ahora está escondido, siguiendo instrucciones de ella.

—Bien… No me sorprendería, desde luego. Esto es algo que Brigitte no admitiría jamás. Es una sucia jugada, de la cual ella debe estar ya al corriente.

—¿Lo cree así?

—¡Claro! El hombre que nos falta ha debido decírselo todo. ¡Es un maldito traidor que…!

—Cálmese, Pitzer: no se puede llamar propiamente traidor al hombre que informe a Baby de algo que ha planeado la CIA. Todo lo que se puede pensar de ese hombre, es que tiene más fe en Baby que en la CIA misma. Vamos a ver cómo queda instalada.

—¿Trajeron su equipaje del hotel París?

—Desde luego. Esa parte está solucionada. Lo que no está solucionado es el asunto del coche. La Policía sabrá pronto que estaba alquilado por una tal señorita Montfort, alojada en el hotel París, y empezarán las investigaciones partiendo de ese hotel.

—Entonces… sabrán que alguien fue a recoger el equipaje de Brigitte.

—Evidentemente. Pero eso no debe preocuparnos, ya que no nos encontrarán. Lo que me gustaría saber es dónde ha estado metida esa chica durante estas veinticuatro horas.

—Tengo una teoría al respecto.

—Algo es algo. ¿Dónde cree que estuvo?

—Es muy posible que en Isla Tortuga. Recuerdo muy bien el mensaje que ella iba repitiendo: «Baby volando hacia Port de Paix, solicita ayuda».

—Podía venir volando desde cualquier otro punto. Si hubiera sido navegando, sabríamos que estaba fuera de La Española. Pero se puede volar hacia Port de Paix desde cualquier punto.

—Sí, es cierto… Pero mi impresión es que debía venir de Isla Tortuga.

—Ella nos lo dirá cuando se recobre…

Pitzer le dirigió una mirada rápida, entre furiosa y divertida.

—¿De verdad cree que ella nos dará explicaciones? —Gruñó.

—¿No lo hará?

—Apuesto la vida a que no. A menos que nosotros se las demos antes a ella. Conozco bien a Brigitte. No abrirá la boca.

—Vamos, vamos, Pitzer… ¡Nosotros somos sus amigos!

—Pues tendremos que esforzarnos mucho para convencerla a ella de eso. No nos dirá nada. Nada.

Entraron en el camarote donde los dos espías habían entrado poco antes con Brigitte. La vieron tendida en la litera, cubierta por una gruesa manta hasta la barbilla. Uno de los agentes salía en

aquel momento y regresó antes de un minuto, reuniéndose con su compañero de nuevo junto a la litera.

—Habrá que hacerlo con cuidado. Esas esquirlas de plástico son muy duras, y pueden haber penetrado mucho. Destápala.

Bajaron la manta, y el que había ido a buscar el botiquín sacó unas pinzas de él y comenzó a arrancar unos pequeños fragmentos brillantes, que aparecían incrustados en la carne, sin demasiada fuerza.

La operación de limpieza de fragmentos duró todavía cinco minutos más. Luego, volvieron a cubrir a Brigitte con la manta hasta la barbilla, y los dos salieron del camarote. No podían hacer nada más, por el momento.

—Bien… —suspiró de pronto Pitzer—. Esto nos va a traer grandes complicaciones con nuestra agente Baby, míster Cavanagh.

—Es una mujer inteligente. Ella comprenderá, Pitzer.

—No… —Negó el jefe del Sector de Nueva York—. Ella no querrá comprender nada. Lo sé con la misma seguridad con que sé que en este momento estoy hablando. No podrá ni querrá comprender nada del asunto relacionado con el «Proyectil Caribe». ¿Usted sabe, míster Cavanagh, que Baby ha engañado muchas veces a la CIA?

—¿Qué…?

—Lo que oye… —sonrió secamente Pitzer—. Y a mí también me ha engañado varias veces. Cada vez que la hemos enviado a conseguir un arma nueva, o unas bacterias, o un personaje político o similar que podía ayudarnos a organizar revueltas o cosas así, ella casi ha fracasado. ¿No se ha dado cuenta?

—No siempre se puede acabar una misión con éxito —refunfuñó míster Cavanagh.

—Ella sí. De un modo u otro, las termina. Por ejemplo, la envié una vez a conseguir cierto proyectil balístico de gran importancia destructiva… ¿Sabe qué pasó con él?

—Claro. Lo recuerdo. Se hundió en el mar.

—Oh, sí… Ella regresó, me miró con su sonrisa de niña buena, puso un gesto afligido y se lamentó: «¡Cuánto lo siento, tío Charlie querido! ¡Lo he desbaratado todo, pero el proyectil… se ha hundido en el mar, calculo que a unas dos mil millas de profundidad! No creo que haya nadie en el mundo capaz de recuperarlo… Es una

lástima, ¿verdad, tío Charlie, amorcito?».

—¿Y no se hundió ese proyectil en el mar?

—Se hundió… porque ella así lo quiso. Sé lo que estoy diciendo: nos ha engañado, ha robado dinero a la CIA para no sé qué cosas, ha dejado escapar espías enemigos… La conozco bien. Ella no aprobará el proyecto que tenemos en marcha. Vamos a tener muchas dificultades con ella.

—Bien… Todo esto no estaría sucediendo si los hombres que le envié a Nueva York hubiesen cumplido bien su trabajo, Pitzer.

—Ah… Demonios… ¿Va a culparme a mí de eso? ¡Por el tejado! ¡Se escapó por el tejado! Estaba vigilada visual y acústicamente, había rejas en todas las ventanas, mandé instalar puertas especiales con plancha de acero, había instalación de gas en toda la casa… ¡Y se escapó por el tejado! Y podemos estar contentos de que no decidiese matar a los dos muchachos que estaban encargados de ella. Si lo hubiese hecho, no habríamos podido reprochárselo. Los dos hablaban con ella en ruso, le decían que esperaban órdenes para trasladarla… ¡Todo inútil! Ella sale de la casa, ¡por el tejado!, y derrota en segundos a los dos agentes que usted envió, para que ella no los conociese si llegaba a verlos.

—Bien… Eso ya pasó, Pitzer.

—Pasó porque Brigitte tuvo la idea de avisar a mi ayudante en Nueva York y él envió a dos de sus compañeros a llevarse el coche donde Brigitte tenía presos a los otros dos, antes de reunirse con ella y hacer toda la comedia. ¡Maldita sea, ni siquiera yo soy capaz de mantener prisionera a Baby!

—En cierto modo —sonrió míster Cavanagh—, eso debería tenernos satisfechos a todos y enorgullecerle a usted, ¿no?

—Pues, no sé… La conclusión definitiva es que Brigitte nos está rebasando. Esa es la verdad: está rebasando las posibilidades humanas de la CIA Creo que hemos hecho de ella una especie de… monstruo. Está superentrenada, siempre en tensión, siempre dispuesta a ir adonde la enviemos, ha matado demasiado, ha sufrido demasiado… Sabe tantas cosas sucias del espionaje y de muchas interioridades políticas, que me pregunto cómo es posible que todavía sea capaz de sonreír. A veces pienso que no es humana. Y, en cambio, en otras ocasiones parece… una niña bondadosa. ¿Recuerda el caso de Najo Vakan? [4] .

—¿Cómo olvidarlo?

—Pues bien: Brigitte dejó escapar entonces cuarenta o cincuenta agentes del espionaje internacional. De todos: rusos, ingleses, franceses, sudamericanos… De todos. Los dejó marchar, lindamente, sin hacerles una sola pregunta. Les dio unas lanchas, víveres, y los dejó en el mar… Ese es el otro lado del corazón de nuestra espía. Yo, en su lugar, estaría ya medio loco… o loco completo.

—Usted no es ella… —Cavanagh se quedó mirando el pálido rostro de Brigitte y acabó sonriendo—. En cuanto a eso de que es un monstruo…, no creo que nadie lo crea, Pitzer. Mire su carita…

—¡Su carita! —bufó Pitzer—. ¡Es como una máscara que siempre consigue engañarme! ¡Es la mujer más hipócrita del mundo! Sólo en una cosa es siempre, siempre, absolutamente sincera: quiere la paz. Y por esa paz nos ha engañado a nosotros muchas veces, se lo aseguro. Hace lo que le da la gana, en una palabra. Y no sé cómo se las arregla, pero, ¡maldita sea mi estampa!, siempre consigue lo que quiere. Tomemos como ejemplo lo de la casita de Long Island. ¡Por el tejado! Le tiendo una trampa en la que luego niego desde la Central haber intervenido, pero lo hago todo por su bien, por quitarla de la circulación… ¡Y ella se escapa por el tejado, dice que se va a Honolulú, y aparece en Haití! Me gustaría saber cómo demonios le explico yo cuando despierte, por qué le tendí aquella trampa.

—Dígale la verdad: que no quería que ella interviniera en esto, y que temíamos que de un modo u otro se enterase y quisiera cambiar las cosas.

—Me preguntará qué cosas son esas, querrá saberlo todo. ¡Las cosas serían muy diferentes si hubiéramos pensado en el tejado de aquella casita en Long Island!

—Bueno, no se censure más a sí mismo. También yo fallé anoche, cuando quise atraparla ayudado por dos hombres, disparándole cápsulas de gas. Lo único que conseguimos fue que hiriera a uno, que tuvo que ser llevado a Port-au-Prince, inútil ya para este servicio… Y no es eso lo más malo: estoy seguro de que me vio.

—¡Ah! —exclamó Pitzer—. ¿De veras? ¡Pues vaya usted pensando también en lo que va a decirle a Baby cuando ella

despierte!

—Sólo puedo decirle lo mismo que usted: que queríamos quitarla de la circulación, porque tememos que estropee nuestros planes… ¿Qué otra cosa podemos decirle?

—Ninguna que ella creyese. Seguramente, creerá eso de que sólo queríamos quitarla de la circulación. Pero nos preguntará cuáles son esos planes. Y cuando lo pregunte, sabrá ya que ella no los aprobaría.

—Bueno, eso es lógico. De lo contrario, ¿por qué anularla?

—No le va a gustar… ¡No le va a gustar nada de esto! Y tengo la triste impresión de que jamás volverá a ser amiga nuestra, míster Cavanagh.

—¿Lo piensa así, realmente? —musitó Cavanagh.

—Estoy firmemente convencido. Podría decir que no me importa la amistad de una agente que trabaja a mis órdenes, pero lo cierto es que me sentiré muy apenado.

—Y yo… —admitió Cavanagh—. Bueno, ya resolveremos eso. Nosotros la seguimos aquí, para revisar el asunto del «Proyectil Caribe» y para cazarla, porque supimos que no había salido hacia Honolulú, y que, en cambio, había tomado pasaje para Port-au-Prince y luego hasta Port de Paix. Una vez aquí, era fácil comprender que ella estaría en el mejor hotel… Todo tiene lógica, por nuestra parte. Pero ahora…, ¿cómo pudo ella meterse en esto, llegar hasta aquí a pesar de todos nuestros esfuerzos para evitarlo manteniéndola alejada, ya fuese en Nueva York o en Honolulú? ¿Cómo supo que precisamente en Port de Paix ocurría algo?

—Tiene que ser ese agente nuestro que ha desaparecido, Boyd Parsons. Es muy posible que él conociese de tiempo antes a Brigitte y la avisó. En cuyo caso… ella debe estar ya enterada de todo.

—¿Y el agente nuestro, el que la avisó? ¿Dónde está?

—Insisto en que estará cumpliendo instrucciones de ella…

La puerta del camarote se abrió y un agente apareció en ella, mirando a Cavanagh.

—Señor: los rusos en la radio.

Cavanagh y Pitzer cambiaron una rápida mirada. Y en seguida, ambos se dirigieron hacia la puerta, a toda prisa. Al pasar, Pitzer señaló a Brigitte y ordenó:

—Busquen unas esposas, o cadenas, y asegúrenla bien a la litera.

—¿A quién? —exclamó el espía.

—A Baby.

—¿A quién va a ser?

—Pero señor…

—¡Escuche bien esto, Logan, y dígaselo con toda claridad a los demás! ¡Quiero que Baby esté encadenada por el medio que sea, a esa litera, y que uno de ustedes la esté vigilando continuamente, con la pistola especial… —La sacó de su bolsillo y la colocó rudamente en la mano del hombre —y que dispare al menor intento de ella para escapar! ¿Lo ha entendido bien?

—Pero… ella es… es Baby…

—¡Sé muy bien quién es ella! ¡Lo sé mejor que usted! ¡Y mis órdenes no varían! ¿Entendido?

—Sí, señor.

—Mire, Logan… —Se calmó de pronto Pitzer—. Esa chica es capaz de escapar de la mismísima «Lubianka» rusa, lo sé. Pero si usted o sus compañeros no consiguen retenerla en este vate hasta que yo ordene lo contrario… —Enrojeció bruscamente—, ¡les juro que todos van a acordarse de mí mientras tengan vida! ¿Está claro? ¡Y cuidado con ella, porque se les puede escapar por el techo, por el suelo… y hasta por un bolsillo! ¿Alguna duda?

—No… No, señor.

—¡Pues obedezcan mis órdenes! ¡Sin más discusiones! ¡Y sigan hablando en ruso delante de ella! ¿Todo entendido?

—Sí, señor… Desde luego.

Pitzer soltó un bufido y se fue detrás de Cavanagh. Cuando los rusos llamaban por la radio, era que algo nuevo estaba sucediendo.

Capítulo II

Cuando Pitzer entró en la pequeña sala de radio, Cavanagh estaba ya hablando por ella, en ruso. Cavanagh le vio entrar y le hizo señas de que se sentara a su lado, mientras continuaba hablando. La conversación duró unos cinco minutos, al cabo de los cuales la comunicación fue inmediatamente cortada.

El agente encargado de la radio, entonces de pie junto a Cavanagh, estaba notablemente pálido. Y no mucho menos lo estaban el propio Cavanagh y Pitzer. Éste aceptó el cigarrillo que le tendía aquél, y suspiró como si hasta entonces hubiera estado reteniendo el aire en sus pulmones.

—Es demasiado importante esto, míster Cavanagh…

—Lo sé. ¿Por qué cree que he asumido la dirección del trabajo? Sólo espero que los rusos, hacia el final, no intenten una jugada por su propia cuenta.

—No me sorprendería demasiado… ¿Por qué quieren una entrevista personal? No es necesaria…

—Carpenter atenderá al enviado ruso, como jefe normal del grupo en Haití. Nosotros no nos dejaremos ver, desde luego.

—Todo ha quedado aclarado por radio… No veo la necesidad de que un agente de la MVD venga a este yate. Insisto en que no es necesario. No me gusta. Huele a podrido…

—Todo huele a podrido en este asunto —musitó Cavanagh—. Las piezas del «Proyectil Caribe» están siendo empaquetadas debidamente, y serán lanzadas en el lugar convenido. Luego, entraremos nosotros en funciones… Pero me estoy preguntando si no estamos cometiendo una locura.

—Una locura muy peligrosa. Si el mundo se entera de esto, no sentirán mucha simpatía hacia nosotros, ni hacia los rusos. Es una sucia jugada, hay que admitirlo.

—Bien… De todos modos, es ya tarde para echarse atrás… Y si

he de serle sincero…

—¿Qué?

—Era una tontería.

—A veces las cosas tontas sólo lo parecen, y no lo son. ¿Qué iba a decirme?

—Pues… me gustaría que Baby interviniera en esto.

—¡Eso es una tontería!

—¿Lo ve? —sonrió Cavanagh—. Sin embargo, yo estaría más tranquilo. ¿No cree que podríamos… convencerla?

—No.

—¿Qué perderíamos intentándolo?

—Todo. Si le contamos la verdad a ella, y pedimos su ayuda, nos dirá a todo que sí. Entonces, tendremos que soltarla…, e inmediatamente, ella haría lo que quisiera. Créame: si Brigitte mete su naricita en el asunto, lo echará todo a rodar. Nos fastidiará a todos: a los rusos y a nosotros mismos. Usted dice que estaría más tranquilo si ella interviniera, y yo le digo que estaría más tranquilo si ella estuviera todavía encerrada en la casita de Long Island. Si no estuviera convencido de eso, no le habría tendido yo mismo aquella trampa. Puede estar seguro: ella nos estropearía los planes.

—A fin de cuentas, ella trabaja para la CIA, ¿no?

—¡Ella no trabaja para nadie! ¡Hace lo que le da la gana, eso es todo! ¡Y si la metemos en esto, despídase usted del asunto del «Proyectil Caribe»! Baby jamás aceptaría el plan rusoamericano. Jamás.

—Bien… Entonces, sólo tenemos que esperar los últimos contactos con los rusos, y desear que Baby no pueda escapar esta vez. Encárguese de que esté bien vigilada… ¿Cuánto calcula que dormirá?

—No creo que despierte antes del mediodía de mañana. Fueron dos balas de narcótico, nada menos. Si ella despierta antes del mediodía, me comeré mi pipa.

Poco después del amanecer, cuando aún el sol era una bola roja en Oriente, casi pegada al mar Brigitte Montfort, alias Baby, abrió los ojos. Se quedó mirando fijamente el techo, como en trance hipnótico. Encima de ella, el pequeño ojo de buey estaba abierto, y los rojos rayos del sol parecían crear una llamarada dentro del camarote. Y, como habría sucedido en las de un felino, dos puntitos

rojos se reflejaron en las pupilas de la espía.

Durante un par de minutos estuvo así, inmóvil. Luego quiso moverse…, y entonces notó el dolor en su muñeca derecha. La miró, con suave expresión de sorpresa, y vio la esposa que la rodeaba; el otro aro de acero estaba cerrado en el soporte de la litera. Sin mover la cabeza, sólo alzando los ojos, miró al hombre que estaba sentado en un taburete, cerca de la puerta, con una pistola en la mano. El hombre la estaba mirando también, y le sonrió, de un modo extraño, como disgustado.

—Hola —saludó Brigitte, también sonriente.

—Bien venida a bordo —dijo él, en ruso.

Brigitte le miró con una expresión divertida. Luego se sentó en el borde de la litera.

—¿Puedo servirles de algo?

—¿Cómo?

—Le pregunto si puedo servirles en algo a ustedes, los de la MVD Lo digo porque, si no fuese así, no creo que me conservaran con vida. ¿De acuerdo?

—No sé. ¿Está bien?

Brigitte volvió a sonreír. Inclinó la cabeza, para mirar las pequeñas señales que en su carne habían dejado los fragmentos de bala de plástico con narcótico.

—Espero que no me hayan dejado ninguna astilla de plástico. Son muy molestas.

—Hicimos lo que pudimos. No creo que sienta ninguna molestia.

—Son muy amables. Mucho… ¿Tuvo usted algo que ver también con lo de la casita de Long Island?

—¿Con qué?

—Con nada… ¿Puedo desayunar algo o piensan matarme de hambre?

El hombre se puso en pie de un salto, sobresaltado.

—¡Le traeré algo para comer ahora mismo!

—Magnífico… —Brigitte señaló sus maletas, colocadas en un rincón del camarote—. Mientras tanto, si me suelta esta mano, podré vestirme. Ha sido una atención más por su parte molestarse en procurarme mi equipaje… Oh. Entiendo… ¿No puede soltarme?

—Lo lamento.

—Sólo dos minutos… No intentaré escapar. Palabra de honor.

—Lo siento. ¿Qué le gustaría desayunar?

—Jamón frito con tomate, caviar, pan tierno natural y café. ¿Es posible?

—Procuraré que sea posible.

El espía abrió la puerta, salió al pasillo, llamó por señas a un compañero y le pasó instrucciones, en voz baja. El otro asintió, sonriendo divertido, y se alejó. Entró en otro camarote, con dos literas, y apretó un hombro a Cavanagh, que dormía en la de arriba.

—¿Qué… qué hay…?

—Ella quiere desayunar, señor. Y vestirse.

—Bien… ¿Ya ha despertado?

—Así es.

También Cavanagh sonrió divertido.

—Pitzer… ¡Pitzer! —llamó—. ¡Despierte!

Charles Alan Pitzer soltó un resoplido y se sentó en la cama, bostezando, todavía con los ojos cerrados.

—¿Qué pasa? —Gruñó.

—Va a tener que comerse su pipa: ella ha despertado.

—¿Quién…? —Miró velozmente su reloj y lanzó una exclamación—. ¡Sólo son las cinco de la mañana! Se me habrá parado…

—No. Va bien. Esa es la hora. Espero que su estómago sea capaz de digerir la pipa. Baby quiere desayunar.

—Pues que le lleven el desayuno… ¿Para eso me despiertan a estas horas?

—Quiere jamón frito con tomate, caviar, pan y café —dijo el agente que llevaba el recado.

—¡Caviar! ¿Dónde se cree que está?

—He pensado que podríamos pedirles a los agentes rusos un poco de caviar, por la radio, señor. Puesto que uno de ellos ha de venir, podría traernos un poco.

—¡Por todos los demonios! ¿Cree usted que los agentes rusos van con un tarro de caviar en el bolsillo? ¡Dígale a Baby que tendrá que aceptar lo que le lleven!

—Era sólo una sugerencia, señor. No me pareció descabellada.

—No me gustan las bromas tan temprano, Adler. Ni a ninguna hora del día.

—Dígale a Baby que tendrá que conformarse con lo que haya —

sonrió Cavanagh—. Pero que haremos lo posible para proporcionarle caviar con el almuerzo. Yo mismo lo pediré a los rusos… ¡Les gustará la broma! Es todo, Adler.

—Sí, señor… Bueno, he pensado que uno de nosotros podría salir luego, a comprarlo en la ciudad. ¿No?

—Se pensará en eso.

—Ella quiere vestirse.

—¡Pues que se vista! —estalló Pitzer—. ¿Acaso necesita ayuda?

—Quiere que la soltemos para…

—¡No! —Pegó un bote Pitzer—. ¡Nada de soltarla! ¡Y no se acerquen a ella más de lo preciso!

—Pero si no la soltamos, no podrá vestirse, señor.

—Pues… Está bien. ¡Está bien, está bien! Que la vigilen tres hombres. ¡Y nada de volverse de espaldas ni tonterías de esas! Si quiere vestirse, que lo haga, pero no la pierdan de vista ni siquiera una décima de segundo. ¿Me explico bien?

—Sí, señor.

El espía salió del camarote y Pitzer dio, unos pasos, bostezando. De pronto se volvió hacia Cavanagh, que le contemplaba amablemente.

—Ella empezará a hacer preguntas muy pronto —aseguró—. Pero por primera vez me voy a dar el gustazo de no tener que contestarlas. Es muy pronto, demonios… —Volvió a bostezar, mirando su reloj—. ¿Qué tal si mientras Brigitte se dedica a hacer preguntas, nosotros dormimos unas horas más? Esta noche va a ser muy agitada.

—En efecto. Sigamos durmiendo.

Poco antes de las nueve, Cavanagh y Pitzer salieron de su camarote, y se fueron directamente al cuarto de la radio, donde un agente montaba guardia continua.

—¿Alguna novedad?

—No, señor. Nada.

—Bien… Siga atento. Vamos a desayunar algo, Pitzer. Tenemos una cocina bastante interesante.

—No me gusta esta calma —murmuró Pitzer.

—Ni a mí… —aprobó Cavanagh—. Pero corresponde a la situación, por el momento.

Entraron en la cocina. Poco después entró Adler, seguido de otro

agente, y los dos se prepararon también algo para el desayuno.

—¿Ya han sido relevados, Adler? —se interesó Pitzer.

—Sí, señor.

—Bien. Saldrán del yate cuando hayan terminado de desayunar. Busquen a Stanton y a White por los muelles, y relévenlos allá. Que los dos vengan al yate. Y ustedes sigan vigilando, paseando con discreción... Quiero estar al corriente de todo cuanto ocurra en el puerto... Llegada de barcos, salidas... Todo.

—Sí, señor. Sabemos bien lo que tenemos que hacer. Esto...

—¿Sí?

—Habíamos pensado que puesto que vamos a estar por ahí, podríamos comprarle caviar a Baby, y así...

—¡Olviden ese maldito asunto del caviar!

—Pero no nos costaría nada comprarlo...

—¡Que lo olviden! Yo me ocuparé de ello, si hay ocasión... ¡Siempre con sus exigencias! Estoy seguro de que sabe que nos está fastidiando en grande... ¿Qué preguntas ha hecho?

—Ninguna, señor —dijo el otro.

—¿Cómo, ninguna?

—Ninguna. No ha preguntado nada... Bueno, me preguntó si yo trabajaba para la MVD, le dije que sí, y ya no me preguntó nada más.

—No tengo por qué mentir —gruñó el espía.

—¿No han hablado de nada?

—Ah, eso sí, señor...

—¡Bien! ¿De qué han hablado?

—De música, literatura y pintura.

Charles Pitzer quedó con la boca tan abierta que pareció que jamás pudiera volver a cerrarla. Captó la irónica mirada de Cavanagh y la cerró bruscamente, haciendo crujir sus dientes.

—Está bien... Vayan a buscar a White y Stanton. Es todo.

—Sí, señor.

Los dos hombres salieron de la cocina, mordiendo sus bocadillos, y Pitzer, tras unos pasos inquietos, se detuvo de pronto y lanzó un resoplido.

—Está tramando algo... —aseguró—. ¡Está tramando algo!

—¿Quién? ¿Baby?

—Naturalmente... ¡Está pensando el modo de salir de aquí!

—Tranquilícese. No podrá lograrlo.

—Ella le vio a usted, me vio a mí dispararle anoche, en la playa… Sabe que estamos metidos en esto. Y ni siquiera ha preguntado por nosotros. Se dedica a hablar, en ruso, de música, pintura y literatura… ¡Está tramando algo! ¡Lo sé! ¡Se nos escapará de nuevo!

—No exagere, Pitzer.

—Se escapará… Y ya sabe cómo hacerlo… ¡Sólo está esperando el momento oportuno!

—Está sacando las cosas de quicio. Está encerrada, esposada y encerrada. Cálmese. Ella no podrá salir de aquí de ninguna manera. Olvide eso y vamos a estudiar una vez más los planos… Habrá que ultimar definitivamente los detalles con el ruso que va a venir a visitarnos… No creo que venga para otra cosa. Así que serenémonos y procuremos no complicarnos la vida con cosas que aún no han ocurrido. Brigitte puede pensar lo que quiera, e intentar lo qué pueda, pero eso no significa forzosamente que consiga nada. Si le vio a usted, sabe que está entre norteamericanos, no entre rusos; por tanto, no querrá matar a nadie para escapar. Eso es una desventaja para ella, ¿no?

—No sé… También ella debe saber que nosotros no vamos a dispararle.

—Con balas de plomo, no. Pero podemos volver a dormirla en cualquier momento. En realidad, lo mejor que podríamos hacer con ella es ir a visitarla a su camarote, contarle la verdad y que nos diga cómo ha llegado aquí, de dónde venía cuando usted la encontró en la playa, y si sabe dónde está Boyd Parson.

—Es inútil interrogarla… —insistió Pitzer—. Ya le dije que ella nos engañaría, y se escaparía, haría su propia jugada.

—Bien… —suspiró Cavanagh—. En ese caso, dejémosla tranquila y en su camarote y ocupémonos de nuestros asuntos. Vayamos a preparar los mapas para cuando llegue el enviado ruso.

El enviado ruso llegó hacia el mediodía. Era un hombre de estatura mediana, vulgar en su aspecto, pero de mirada viva, inteligente, rápida. Joe Carpenter, como jefe del grupo de la CIA en Haití, fue el encargado de recibirle. Lo llevó a un camarote contiguo al que ocupaban Pitzer y Cavanagh, en el que, naturalmente, se había instalado un servicio de micrófonos especiales y una grabadora.

Carpenter señaló hacia la mesa donde estaban dispuestos los planos, que él y sus dos jefes habían estado estudiando. Cerró la puerta, reuniéndose con el ruso, que miraba los planos y mapas con interés más bien escaso.

—En realidad —dijo el ruso—, podríamos haber solucionado también esto por radio, ¿no le parece?

—Sí… —admitió Carpenter—. Pero es mejor que lo veamos dos de nosotros directamente. Sería cosa de risa que la MVD y la CIA, juntas por primera vez, cometieran un fallo geográfico.

—Sí… Sería cosa de risa —admitió el soviético—. Bien, no creo que tardemos en concretarlo todo.

—Apenas unos minutos. Siéntese, por favor.

El ruso se sentó y Carpenter hizo lo mismo. Ambos se miraban con una cierta curiosidad y un poco desconcierto. La situación era del todo inédita para ellos.

—¿Quiere fumar? —ofreció el ruso, sonriendo un tanto perplejo —. Tabaco cubano, por supuesto.

—Gracias… Por cierto, queríamos pedirle algo… especial.

—¿Especial? ¿Está relacionado con el asunto?

—En cierto modo. ¿Disponen ustedes de caviar?

—¿Cómo? —exclamó estupefacto el ruso.

—Caviar… ¿Podrían proporcionarnos un poco?

—Pues… Bueno, esto debe ser una broma americana, ¿no?

—No, no… Es en serio. Hemos buscado caviar en Port de Paix, pero no es de la calidad que precisamos, el que hemos encontrado.

—¿De verdad me está pidiendo caviar?

—De verdad.

—Bien… Como comprenderá —una chispa irónica apareció en los ojos del agente ruso—, no llevamos de eso en los bolsillos. Pero si es tan importante, podría conseguirle buen caviar ruso para esta noche. Las piezas del proyectil serán lanzadas en el punto convenido, y no veo inconveniente para que una de las cajas lleve unos cuantos tarros de caviar… de la calidad que ustedes precisan.

—Se lo agradezco —sonrió el de la CIA—. Y ahora, pasemos al asunto geográfico, que debe quedar clarísimo. Veamos… Sus aviones con la carga partirán hacia la medianoche de cierto punto que suponemos será próximo a Santiago de Cuba, y volarán en línea recta hacia el Sur… —El dedo del norteamericano se deslizó por el

mapa— hasta aquí. La distancia desde este punto hasta la isla de dominio estadounidense de Navassa, es mínima. Hay que tener en cuenta la escasa profundidad de las aguas que rodean la isla. El mejor punto para lanzar la carga es éste —volvió a señalar en el mapa a gran escala—: los bancos de arena permiten una fácil recogida de las cajas. La profundidad ni siquiera alcanza los sesenta pies. Sus aviones deberán volar muy bajos…

—Aviones cubanos —aclaró el ruso.

—Por supuesto. Decía que deben volar muy bajos, a fin de que la caída de las cajas sea precisamente en estas aguas… Sería una complicación que cayeran en aguas más profundas.

—Sin duda. Bien, esa parte está solucionada. Puede tener la seguridad de que las cajas caerán en ese punto. ¿Qué seguirá?

—La recogida de ellas, por supuesto.

—¿Inmediatamente?

—Inmediatamente. A tal fin, ustedes, de acuerdo a lo convenido, habrán marcado con fósforo todas las cajas, de modo que serán visibles bajo las aguas sin necesidad de que nuestros hombres-rana recurran a luces de inmersión. ¿Cuántas cajas serán, en total?

—Doce, exactamente.

—Eso quiere decir que serán de buen tamaño… No importa. Tendremos cerca el pesquero, que efectuará la labor de arrastre hasta la costa de Navassa.

—¿Cuántos hombres-rana piensan utilizar en la operación?

—Uno por caja. Cada uno de ellos llevará un cable con el que enganchará su caja. Para evitar confusiones bajo el agua, las marcas de fósforo que utilicen ustedes serán números, del uno al doce. Así, cada uno de mis compañeros sabrá cuál es su caja.

—Me parece una buena idea. ¿Unirán luego todos los cables al principal, que estará unido a su vez al pesquero?

—En efecto. No olviden que los números con fósforo deberán estar marcados en los seis lados de cada caja…

—Bastarán tres marcas… —sugirió el ruso—. Sólo uno de los lados quedará invisible, en su contacto con la arena. Y aunque ese lado tuviera marcado un número, quedarían dos más, uno de los cuales forzosamente tendrá que quedar a la vista.

—Emmm… Cierto. De acuerdo. Bueno, la operación será realizada con la máxima rapidez, pero sin prisas. Supongo que capta

usted la diferencia entre rapidez y prisa. Las cajas serán, pues, llevadas a la costa, y trasladadas a tierra firme. Se puede calcular que cuando la operación termine completamente, estará amaneciendo. Y precisamente al amanecer llegarán los técnicos de ustedes, para colaborar con nosotros en el ensamblaje del proyectil, y, posteriormente, en su lanzamiento.

—¿Tienen ustedes la rampa preparada en Navassa?

—Todo está listo. Sólo falta el «Proyectil Caribe». Una vez lanzado, a la madrugada siguiente, todos abandonaremos la isla de Navassa. Nos separaremos, ocupando nuestros habituales destinos, y nadie sabrá nada de nada. El resto ya no depende de nosotros, de los servicios de espionaje.

—Lo cual celebro mucho —murmuró el ruso.

Carpenter le dirigió una viva mirada.

—¿Qué quiere decir?

—Que no me gustaría volver a intervenir en el asunto del «Proyectil Caribe». En cuanto a las consecuencias de su lanzamiento… Bueno, espero que todo salga como ha sido planeado por nuestros directorios. Lo contrario, espero que se dé cuenta, sería una catástrofe.

—Eso ya no es cuenta nuestra.

—Es cierto… —Gruñó el soviético—. Nosotros sólo tenemos que preparar el lanzamiento de ese proyectil. Sólo eso.

Se quedaron mirándose los dos, fijamente. Por fin, Carpenter inclinó la cabeza, un poco pálido.

—Parece que no hay más que hablar… ¿Quiere llevarse el mapa, con las señales que hemos hecho?

—Será lo mejor. Todo estaba lo suficientemente claro, pero nunca molesta un exceso de claridad. ¿Algo más?

—No. Sólo el detalle del yate que ocupamos ahora. Queda bien claro que ha sido alquilado en Nassau, Bahamas. Por tanto, si posteriormente, la MVD pretendiera seguir alguna pista nuestra, perdería el tiempo y quizá ocasionaría molestias. Espero que esto no ocurra. Finalmente, como bien sabe, está absolutamente prohibido para ambas partes el uso de máquinas fotográficas, grabadoras de cualquier tipo, o cualquier sistema de fijación de imágenes o rostros. Sería lamentable un malentendido en este punto de la… alianza.

—No hay malentendidos por parte rusa. Tenemos el mismo interés que ustedes en que no quede rastro de nuestra intervención. Y ya que hablamos de eso… ¿Están seguros de que podrán hacer desaparecer la rampa de lanzamiento, una vez utilizada?

—Desde luego. Es un detalle técnico que no debe preocuparles. La plataforma es desmontable, y será hundida en el mar, una vez utilizada, en el punto más profundo de la Hoya de Colombia. La arena será colocada convenientemente. En cuanto a las quemaduras que sufrirán los vegetales, ha sido también prevista. Un grupo de expertos botánicos se encargará de replantar el lugar sin dejar el menor rastro de que allí se ha disparado un proyectil intercontinental.

—Parece que todo está en orden. Si no tiene nada más que decir, regresaré con mis compañeros. Respecto al caviar que me pide, espero que sea de su agrado.

—Muy amable. ¿En qué caja irá?

—¿Le parece bien en la uno?

—De acuerdo.

El ruso asintió con la cabeza, se puso en pie, doblando el mapa, y cuando lo hubo guardado, se quedó mirando a Carpenter con expresión un tanto vacilante.

—¿Tiene algo que decirme? —musitó el americano.

—Sí… Evidentemente, esta operación la tienen ustedes clasificada con el más rigurosísimo *top secret,* igual que nosotros. En algunos momentos me asusto cuando pienso en las consecuencias que podría tener todo si algo fallase… ¿Han pensado en ello?

—Naturalmente. Pero nada fallará… por nuestra parte. Sus técnicos podrán comprobar, en la isla de Navassa, que todo ha sido calculado y previsto no sólo en el aspecto técnico del lanzamiento, sino en el aspecto del material humano. Igual que supongo han hecho ustedes, nosotros estamos utilizando los mejores agentes de la Zona del Caribe, así como los más adecuados de diversas zonas, que han sido requeridos, especialmente, para este trabajo.

—Ahí quería ir a parar… ¿Interviene la agente Baby en este asunto?

—Por supuesto —mintió Carpenter.

—Ah. Bien, en ese caso —el ruso sonrió con irónica amabilidad

—, no cabe duda de que nada puede fallar. Hasta la vista.

—Hasta nunca —corrigió Carpenter.

—Es cierto: hasta nunca.

Poco después, el espía ruso había abandonado el yate. Y Joe Carpenter se reunió con Pitzer y Cavanagh en el camarote donde éstos habían escuchado y grabado toda la conversación.

—Ha estado muy acertado diciendo que Baby interviene en esto, Carpenter —aprobó Cavanagh—. Y ahora, llame a todos los agentes. Quiero que escuchen bien esto. Será un modo de completar de un modo definitivo las instrucciones, para que todos sepan cómo irán las cosas. Luego, encárguese de que la cinta sea llevada adonde esperan los demás agentes que han de intervenir. Finalmente, en vuelo especial, la cinta será enviada a Washington.

—No probaría nada, en caso de complicaciones —musitó Pitzer —. Cualquiera de nuestros agentes especiales puede hablar el ruso como el hombre que nos ha visitado. En el supuesto de que esa cinta tuviera que ser utilizada en las Naciones Unidas, ningún país creería una sola palabra de ella. Dirían que muy bien puede ser un truco nuestro.

—Y los primeros en decirlo, evidentemente, serían los rusos. De todos modos, la cinta será enviada a la Central. ¿Por qué destruirla? Vaya a buscar a los demás, Carpenter: quiero que escuchen todo muy bien en la propia voz de nuestro visitante ruso.

Capítulo III

—¿Alguna duda?

—Cavanagh fue mirando a sus hombres de uno en uno, lentamente. Nadie contestó. Pero uno de ellos dijo, sonriendo:

—¿Qué le digo a Baby sobre el caviar?

Pitzer pegó un bote en el taburete.

—¿La han dejado sola? —aulló.

—Claro. Joe nos dijo que viniésemos a…

—¡No quiero que la dejen sola ni un segundo! ¡Vuelva ahora mismo con ella! ¡Y si vuelven a cometer un descuido de esta clase…!

—Yo iré… —dijo uno de los agentes—. Creo que es mi turno ahora. ¿Debo disparar si intenta algo?

—¡Desde luego! —Pitzer palideció ligeramente—. Pero con la pistola de narcóticos, naturalmente. Imagino que a ninguno de ustedes se le ha ocurrido la idea de matarla.

Los agentes de la CIA sonrieron y Pitzer se sintió un poco tonto.

—Está bien… —masculló—. Sigan con su trabajo.

—Iré a buscarle algo de comer a Baby —insistió el espía que la había estado vigilando hasta entonces—. ¿Y el caviar?

—¡Que se vaya a…! Dígale que no tenemos todavía caviar, pero que podremos facilitárselo mañana. O quizá esta misma noche.

—Está bien. Pero creo que ella merece ese caviar. ¿Vamos, Jim? Te envidio: preferiría seguir vigilando a Baby que hacer cualquier otra cosa. Por cierto: tú aún no la has visto, ¿verdad?

—No.

—Te enamorarás de ella. Toma la pistola de balas de plástico. Te acompañaré.

Salieron los primeros y fueron hacia el camarote donde estaba Baby. Cuando entraron, ella estaba sentada en la litera, y los miró, sonriente y simpática, mientras con la mano libre se frotaba la

cintura. Miró la pistola en la mano del agente de relevo en su vigilancia, y luego los ojos del hombre, fijamente. También sus rubios cabellos simpáticamente despeinados…

—¿Qué estaba haciendo? —preguntó el otro espía.

—¿Yo?

—Sí, usted. ¿Quién, si no? A ver: aparte las manos del cuerpo. Y quédese quieta. No… Así no… Con las palmas hacia arriba.

Brigitte obedeció y el espía se acercó a ella hasta quedar a unos tres pies solamente. Miró las manos de Brigitte y luego señaló hacia un lado.

—Póngase ahí, de pie. Y siempre quietecita, ¿entiende?

Brigitte obedeció nuevamente, y el hombre de la CIA, que hablaba siempre en ruso con ella, como hacían los demás, se acercó a la litera y la estuvo examinando, incluso dándole la vuelta a la colchoneta. Por fin se acercó a la divina espía, y le ordenó que se volviera de espaldas a él, para acto seguido, sin vacilar, pasarle las manos por el cuerpo, especialmente en las dobleces del vestido. Soltó un gruñido, al fin, y se apartó.

—Está bien, siéntese. Y no haga ninguna tontería. Mi compañero tiene las mismas órdenes que yo: disparar a matar al menor movimiento sospechoso.

—Son ustedes unos rusos muy malos… —sonrió Brigitte—. ¿Qué pasa con mi almuerzo?

—Se lo traeré en seguida. Y, lamentándolo mucho, aún no hemos conseguido caviar. Tendrá que conformarse con lo que le demos.

—Mientras no esté envenenado…

El agente soltó un resoplido y se dirigió hacia la puerta. Siempre en ruso, se dirigió a su compañero:

—Vigílala bien. Es muy simpática, pero… es Baby.

—Descuida.

Quedaron solos los dos. Brigitte se quedó mirando fijamente a su nuevo vigilante. Y, de pronto, dijo, en inglés:

—Supongo que se ha dado cuenta de que le he reconocido, James Stanton.

El traidor de la CIA se pasó la lengua por los labios.

—Eso me pareció…

—¿Está usted loco? —preguntó secamente Brigitte—. ¿Cómo se

le ocurre seguir aquí, sabiendo que me tienen prisionera, y que puedo delatarlo ahora mismo?

—La cosa no es tan simple… En primer lugar, estaba convencido de que anoche la mataron los hombres de Rom Cornelius. Y en segundo lugar, no supe que usted estaba a bordo de este yate hasta que dos de mis compañeros efectuaron el relevo en los muelles esta mañana. Tuve que venir aquí, pues de lo contrario habría sido sospechoso. Además, comprendí que usted no había dicho todavía a nadie que yo estoy traicionando a la CIA Si lo hubiera hecho, yo no estaría vivo ahora. ¿Está de acuerdo?

—Desde luego.

—Y dígame —mascullό Stanton—: ¿por qué no me ha delatado?

—Porque me resulta usted simpático, Stanton.

Brigitte dijo esto con una frialdad que escalofrió al traidor. Estuvo mirándola fijamente unos segundos. Por fin, soltó un gruñido:

—No diga tonterías. Usted sabe muy bien que estoy traicionando a mis compañeros de la CIA desde hace tiempo, trabajando para Rom Cornelius. Boyd Parson debió comunicárselo a usted, así como la dirección de los dos hombres de Cornelius que usted mató, en el veintiséis de Rué des Elysées, y a los cuales facilitaba yo la información que iba obteniendo. Sabemos esto por el propio Boyd Parson, que, como muy bien sabe, está prisionero de Rom Cornelius… ¿Cómo pudo escapar usted?

—Soy muy escurridiza… —sonrió Brigitte—. ¿Se da cuenta del riesgo que está corriendo, Stanton, permaneciendo aquí? Por otra parte, no ha tenido tiempo de avisar a Cornelius de que estoy viva, así que él está tan tranquilo, convencido de que me hallo en el fondo del mar, en uno de sus helicópteros… ¿Se da cuenta de lo que sería de usted y de Rom Cornelius si yo empiezo a hablar?

—Si pensaba delatarme, debió hacerlo antes… —sonrió también James Stanton—. Ahora ya no tiene tiempo. Puedo matarla en un segundo.

—¿Sí? Hágalo… Y luego veremos cómo explica a sus compañeros…, a nuestros compañeros, quiero decir, el haberme matado. Tiene la pistola que dispara balas de narcótico. ¿Por qué matarme? Si hiciera tal cosa, sospecharían inmediatamente de usted. Su vida no valdría nada si mataba a Baby, Stanton.

—Tiene razón… —mascculló éste—. Pero puedo dispararle, dormirla, y marchar de aquí antes de que despierte. Entonces, no sólo estaría a salvo, sino que podría decirle a Cornelius que usted está viva y que lo mejor era desaparecer.
—Eso está mejor pensado —admitió Brigitte—. Pero tampoco va a hacerlo, Stanton.
—¿No? ¿Y por qué no, vamos a ver? Es lo que más me conviene. Cuando la capturé, conseguí que no me viera. Tampoco pudo verme en la villa de Carpenter; pero, según parece, a usted le bastó echarme un vistazo en plena noche, estando yo de espaldas a la luna, para poder reconocerme ahora. Eso es tan peligroso para mí…
—¿No se pregunta por qué no le he delatado todavía? Los demás chicos de la CIA y yo estamos jugando tontamente… Ellos hablan en ruso, yo finjo creer que son rusos, y así va pasando el tiempo, en paz y buena armonía. Sé con toda seguridad que lo único que pretenden es retenerme aquí mientras hacen algo. Algo relacionado con ese «Proyectil Caribe» de que todos hablan… Simón Eurípides no quiso decírmelo, pero…
—¿Quién?
—Simón Eurípides; el prisionero de Cornelius… El hombre al que usted llama Boyd Parson, en una palabra.
—Ah, sí…
—¿Por qué él no quiso decirme de qué se trataba? Tampoco quiso hacerlo Rom Cornelius. En cuanto a mis… amigos personales con mando en la CIA, como son Pitzer y Cavanagh, comprendo muy bien ahora que han intentado en varias ocasiones anular mi posible intervención en este asunto. Primero en la casita de la playa de Long Island, luego a la salida del «Café Tortue», ahora reteniéndome en este yate… ¿Por qué? ¿Por qué todo esto, Stanton? ¿Por qué no quieren mis propios amigos y jefes que yo intervenga en el asunto del «Proyectil Caribe»?
—¿Espera que yo se lo diga?
—Tiene que hacerlo.
—¿Cree que puede obligarme?
—Sin ninguna duda. Usted debe escoger ahora mismo entre mi ayuda o mi… enemistad absoluta.
—¿Me está amenazando? —exclamó el traidor Stanton.
—Exactamente.

—Usted está loca. Por muy Baby que sea, no puede hacer nada contra mí. Sólo tengo que apretar este gatillo y marcharme. Cuando usted despierte, dentro de ocho o diez horas, ni usted ni toda la CIA en peso podrían atraparme jamás. Ni a Rom Cornelius, desde luego.

—Pues entonces, apriete ese gatillo. Es muy fácil. Sería una estupidez enorme, pero hágalo, si gusta. Luego, sólo tendría que decir que intenté atacarle, o que se puso nervioso… Si me matase, no le dejarían en paz; pero no le molestarían sólo por dormirme. Hágalo, huya, avise a Cornelius, desaparezcan los dos… Hágalo, si es usted todo lo imbécil que es necesario para ello, Stanton. ¿Cree que podría vivir en paz? La CIA lo buscaría hasta el último rincón del planeta. Y, además, lo haría yo personalmente.

—Si la mato, al menos usted no podría buscarme.

—No haría falta. Cualquier Simón comprendería que usted tenía algo que ocultar, y le degollaría. Y si escapaba de la CIA, cientos de amigos míos buscarían en todo el mundo al hombre que asesinó a Baby. No sea terco: sólo tiene una solución, Stanton.

—¿Ceder a sus exigencias?

—Sí.

—Todo esto es un sueño de usted…

—Estamos hablando demasiado. Diga solamente si está dispuesto a obedecerme o no. Piénselo bien, porque…

La puerta del camarote se abrió, de pronto, y entró el agente del turno anterior, con una bandeja con comida. La dejó a los pies de la litera, allá donde Brigitte podría alcanzar un extremo de la bandeja con la mano izquierda.

—Espero que sea de su agrado el menú —sonrió.

—Ustedes, los rusos, no saben comer —negó Brigitte—, de modo que dudo mucho que su menú sea de mi agrado.

El hombre de la CIA enrojeció, farfulló algo y salió del camarote. Brigitte acercó la bandeja, examinó su contenido y encogió los hombros. Cogió con dos deditos un cuarto de pollo y empezó a morderlo, con buen apetito. Parecía haberse olvidado de la presencia del traidor James Stanton.

—¿Qué tendría que hacer yo? —musitó éste, de pronto.

—Ayudarme a escapar. Pero no ahora. Lo primero que necesito saber es todo lo relacionado con el «Proyectil Caribe».

—Puedo explicarle todo el asunto, desde luego. Lo que ya será

mucho más difícil es escapar. Creo que es imposible.

—Ya verá cómo todo es posible —sonrió Brigitte.

—¿Qué ganaré ayudándola? La CIA me molestaría igualmente si hiciere eso.

—Igualmente, no. No del mismo modo, Stanton. No es lo mismo huir demostrando que ha sido un traidor, a ayudar a escapar a Baby, por cariño, fidelidad, amistad… Podrían amonestarlo, despedirlo incluso… Pero nadie le buscaría para matarlo. ¿Comprende?

—Lo haría usted. He oído muchas de sus… hazañas. Usted no me dejaría con vida. ¿Cree que soy tan idiota? Mi única salida es dispararle ahora mismo y marcharme con Rom Carpenter para avisarle, antes de que usted despierte. No tengo otra salida.

—Yo creo que sí. ¿Por qué está traicionando a la CIA? ¿Por dinero?

—Desde luego.

—¿Cuánto?

—Un millón de dólares.

—¡Un millón! ¿Tanto?

—Es lo que me pagará Cornelius si conseguimos el «Proyectil Caribe».

—Yo puedo ayudarles a conseguir lo que sea.

—¿Nos ayudaría usted? —exclamó el traidor.

—Eso he dicho. Podemos hacer un trato usted y yo, Stanton. Escúchelo con atención. Usted me ayuda a escapar de aquí, me pone al corriente del asunto, yo le ayudo a usted a conseguir el «Proyectil Caribe» para que Cornelius le pague su millón de dólares. Usted se va… y yo acabo de entendérmelas con Cornelius.

—Habla usted como si todo fuese fácil de realizarse en este mundo. Oyéndola, parece que usted sólo tiene que ir a recoger el proyectil y entregarlo a Carpenter para que él me pague… No sería tan sencillo.

—Baby no se ha dedicado nunca a las cosas sencillas.

James Stanton se quedó mirándola, mientras ella seguía comiendo pollo tranquilamente, con graciosísimos gestos de niña bien educada que lamenta ensuciarse los dedos. Durante un par de minutos, ninguno de los dos habló más.

Por fin, Stanton musitó:

—De acuerdo.

—¡Bien! Dígame, entonces: ¿qué es el «Proyectil Caribe»?

—Un cohete explosivo ruso, que nosotros tenemos que recoger, a piezas, en el mar.

—Espere, espere… ¿De qué están hablando? ¿Han podido robarles un proyectil balístico a los rusos?

—No, no… Ellos nos lo envían. El proyectil saldrá a Cuba, en piezas, embaladas en cajas herméticas de plástico, marcadas con fósforo, para que por la noche nosotros podamos recogerlas en el mar.

—Esto… Debo estar loca… ¿Entiendo que los rusos van a facilitar un proyectil a los de la CIA?

—Sí. A piezas.

—Pero esto es imposible, es increíble… ¡Es absurdo! ¿Quién se va a creer que los rusos entregan al espionaje americano uno de sus proyectiles balísticos? ¿Y por qué? Oh, vamos, Stanton, déjese de tonterías…

—Es la verdad. Los rusos ponen el proyectil, y nosotros la rampa de lanzamiento, en la isla de Navassa.

—¿Esa pequeña isla de dominio nuestro que está entre Haití y Jamaica?

—Sí.

—¿Hay allí una rampa de lanzamiento de proyectiles? —Quedó estupefacta la espía.

—Está terminada ya. Es desmontable. Una vez utilizada, será desmontada y arrojada al mar, en la Hoya de Colombia. Hecho esto, tanto los agentes de la MVD como los de la CIA desapareceremos de Zona Caribe.

—No entiendo nada de nada… Rusos facilitando uno de sus proyectiles balísticos a la CIA… Una rampa de lanzamiento desmontable en isla Navassa… ¿Estoy soñando? ¿Es posible que haya habido una alianza de esta clase y de esta envergadura entre rusos y norteamericanos?

—Puede estar segura. Las cosas se tienen que hacer de modo que la participación de rusos y americanos sea aproximadamente la misma. Los rusos ponen el proyectil, nosotros la rampa. Nosotros ponemos técnicos, ellos también. Una responsabilidad compartida.

—Responsabilidad… ¿sobre qué?

—Sobre las consecuencias de la explosión del proyectil.

Brigitte respingó fuertemente.

—¿La… explosión del proyectil? ¿Qué consecuencias? ¿Temen que altere la pesca en determinada zona, o que provoque alguna lluvia radiactiva, o que altere las corrientes…?

—No. No es eso. En realidad, el proyectil no va a caer en el mar.

—¿No? —musitó Brigitte—. ¿Dónde, entonces?

—En Nicamala. Ya sabe, esa nación asentada en una isla más grande que Jamaica, situada unas doscientas millas al sur de ésta, precisamente [5]. En pleno Caribe. Por eso, al proyectil se le ha dado ese nombre: «Proyectil Caribe». Es de los más pequeños que tienen los rusos, pero…

Brigitte estaba tan pálida como si jamás hubiera tenido sangre en sus venas.

—Cállese… —Tembló su voz—. ¡Por el amor de Dios, cállese!

—Usted me ha pedido que le explique…

—Por Dios…, Stanton: ¿me está diciendo que alguien ha planeado enviar un proyectil balístico a Nicamala? ¿Me está diciendo que entre la CIA y la MVD van a enviar ese *Proyectil Caribe* sobre la nación nicamalense? ¿Es eso exactamente lo que usted me está diciendo?

—Sí… Claro.

—¡No creo eso! ¡Me está mintiendo! —Casi gritó Brigitte.

—Usted es una imbécil —insultó brutalmente James Stanton—. ¿Por qué tendría que contarle una mentira semejante? ¡Sólo otro imbécil inventaría semejante patraña! Si yo he dicho eso, es que eso es la verdad… ¿Qué le pasa? ¿Ya no funciona su astucia? ¿Ya no es capaz de comprender cuándo un hombre dice verdad o mentira?

—Eso no puede ser… ¡No puede ser! ¡Morirán miles de personas si se lanzase ese proyectil!

—Parece que es algo inevitable, en efecto —masculló Stanton.

—No… —jadeó Brigitte—. No es verdad. Tío Charlie no haría eso… Ni míster Cavanagh. No lo harían, no… Ellos saben que yo jamás permitiría…

Se quedó mirando a Stanton, con los ojos muy abiertos, casi desorbitados. En realidad, ¿por qué no creer lo que le estaba contando James Stanton? ¿Por qué no? Naturalmente que Pitzer y Cavanagh sabían que ella jamás permitiría ni ayudaría ese

proyecto… ¡Claro que lo sabían! Por eso, Pitzer la había engañado en Nueva York. La había llamado por la radio de bolsillo, la había tendido una trampa, y se había marchado inmediatamente a Washington, a la Central. Su propósito había sido inmovilizar a Baby, retenerla prisionera mientras se llevaba a cabo el asunto del «Proyectil Caribe». No habían querido que ella supiera nada. La habían encerrado en una casita junto al mar, con palmeras, gaviotas y «Perignon 55» en el frigorífico. Por todos los medios habían querido anularla, apartarla de aquello. Tampoco había visto visiones cuando vislumbró en aquel coche delante del «Café Tortue» a míster Cavanagh… Y quienes le habían disparado cápsulas de gas eran agentes de la CIA Igual que los de la casita de Long Island, habían querido tenerla apartada de todo aquel asunto.

Pensó que quizá había malherido al agente que le había disparado las cápsulas de gas, y en que, si se hubiese dejado llevar por su ira, habría matado fríamente a los dos muchachos de la CIA que, en la casita de la playa, se habían hecho pasar por agentes rusos… Pensó en la noche anterior, cuando, al ver aparecer a Pitzer, creyó que todo estaba solucionado, que ella estaba a salvo… Y Pitzer le disparó con la pistola que contenía balas de plástico con narcótico…

Una a una, las piezas del rompecabezas fueron encajando en la prodigiosa mente de la espía internacional. Como en un juego simple, de niños, todo iba encajando, tomando forma, adquiriendo sentido… Sí. Sabían que Baby, de un modo u otro, se enteraría de lo que sucedía en la Zona Caribe, y que intervendría aunque fuese de un modo particular, estorbando sin saberlo los planes de la CIA Y por eso la habían querido mantener encerrada, apartada de todo. No querían lastimarla físicamente, desde luego. Todos, en aquel yate, eran norteamericanos. Amigos suyos. Amigos suyos, que sabían que ella haría lo imposible por desbaratar el asunto, aunque fuese luchando contra la mismísima CIA Y por eso la mantenían prisionera.

Un proyectil balístico lanzado contra Nicamala. ¿Tenía esto sentido? ¿Tenía sentido que el asunto estuviese siendo llevado a cabo por espías rusos y norteamericanos?

—¿Por qué quieren hacer eso? —preguntó, de pronto.

—No lo sé exactamente.

—¡Tiene que saberlo!

—No lo sé.

—Quizá esté… equivocado, Stanton… ¿Sí?

—No. Lanzarán el proyectil.

—¿Saben que pueden morir cientos, quizá miles de personas?

—Imagino que no pueden ignorarlo. Se ha escogido como blanco la zona central de la isla Nicamala, muy poco poblada. También, el proyectil es de los más pequeños, de no excesiva potencia… Sin embargo, debe estar previsto que muera alguien. Es inevitable.

—Pero… esto debe… debe obedecer a algún plan… razonable… ¿O no? ¡Es una locura todo esto! Nunca oí nada semejante: el espionaje ruso y el norteamericano unidos para llevar a cabo un… un asesinato en masa. Es un acto criminal, sin explicación… ¿Con qué objeto?

—Entiendo que eso puede desencadenar una guerra civil en Nicamala. Ese es el objetivo inicial, por lo que yo sé.

—¿Estados Unidos y Rusia quieren desencadenar una guerra civil en Nicamala?

—Así parece. Y no cabe duda de que esa guerra interesa por igual a Rusia y a Estados Unidos.

—Pero no a Nicamala —musitó Brigitte.

—¿Eh…? Ah, claro… Desde luego, no creo que esa guerra interese a los nicamalenses, claro. Pero sí a Rusia y a Estados Unidos. Tenemos parte de una de nuestras flotas cerca de Nicamala. Por su parte, algunos barcos de guerra rusos, que estaban… «repostando» en La Habana, parece que tomarán rumbo al sur del Caribe antes del amanecer de mañana.

Brigitte se pasó la mano izquierda por la frente. La notó húmeda de sudor, y, al mismo tiempo, fría. En realidad, toda ella se sentía como un trozo de hielo. Durante casi cinco minutos, ninguno de los dos habló, ella pensando en cientos de posibilidades que justificasen aquello, y él esperando, mirándola.

—Tenemos que salir de aquí —dijo Brigitte, de pronto.

—Eso no es tan fácil hacerlo como decirlo. Pitzer tiene la llave de sus esposas, y no está dispuesto a dejarla a nadie. Está convencido de que puede escapar…

—Él me conoce bien. Escaparemos, Stanton. Los dos.

—¿Quiere que vaya a pedirle la llave de esas esposas a Pitzer?

—se burló secamente Stanton.

—No. Es innecesario. Contando con usted, todo es mucho más simple de lo que parece. ¿Sabe si podremos disponer de alguna lancha para ir al encuentro de Rom Cornelius?

—Sé dónde podemos encontrar una lancha rápida y pequeña, muy conveniente. Eso no es problema. El problema, insisto, será salir del yate.

—Yo solucionaré ese problema.

—Si está pensando en romper la cadena de las esposas a balazos, olvídelo. En cuanto suene un solo disparo en este yate, los agentes que están…

—No habrá disparos. ¿A qué hora termina su turno de vigilancia sobre mí, Stanton?

—A las cuatro. Aunque no es un horario rígido, claro. En casos como éste…

—A las cuatro. Está bien. En realidad, lo mismo da una hora que otra. Tenemos tiempo para que usted me cuente todo lo que sabe sobre ese proyectil, y cuándo y dónde lo entregarán los rusos a los norteamericanos. Una vez que me haya puesto al corriente de todo eso, yo le diré lo que tenemos que hacer para salir de aquí los dos, sin escándalos.

—Eso será digno de verse. La llave de sus esposas…

—Le digo que olvide ese tonto detalle. Cuénteme lo que sabe, y luego atenderá la explicación de mi plan.

—¿Y si fracasamos?

Brigitte quedó pensativa. Por fin, encogió los hombros.

—Si fracasamos, le aseguro que a mí lo mismo me dará estar muerta que viva. Hay una pregunta que hace ya mucho tiempo está rondando en mi cabeza, y por fin puedo concretarla así: ¿hay algo en esta vida que merezca realmente la pena?

Capítulo IV

El agente de la CIA de turno en la vigilancia de la prisionera estaba encantado de la vida. Seguía la comedia de convencer a la prisionera de que estaba en poder de un grupo de espías rusos, hablando ambos en este idioma, con toda naturalidad, pero, en definitiva, Baby tenía muy en cuenta que el hombre que estaba ante ella era norteamericano… Ni más ni menos que un Simón. Uno de sus queridos Simones, por bien que hiciera el papel de espía ruso que ha conseguido, al fin, tener en la trampa a la mejor espía internacional de todos los tiempos.

—Aunque a decir verdad —acabó Brigitte—, la pintura abstracta es, para mí, una manifestación de escasa calidad artística. ¿No está de acuerdo, bolchevique?

—Quizá no del todo —dijo el agente de la CIA—. La verdad es que hay obras de considerable importancia en el campo abstracto de la pintura.

—Tonterías… Mire, cualquiera puede tener un gran gusto en cuanto a los colores se refiere. Puede conseguir, ciertamente, una gran riqueza de tonalidades. Pero eso, mi estimado enemigo, puede conseguirlo un niño, por casualidad. O un mono.

—¿Un mono?

—¿Nunca ha oído hablar de monos pintores?

—Está bromeando, claro…

—No, no… Precisamente, poco antes de salir de Estados Unidos, leí la noticia. Parece ser que en California, no recuerdo el lugar exacto, hay un mono que pinta. Bueno…, su propietario dice que pinta… Todo lo que hace el mono, pobre animalito, es trazar rayas en el lienzo, con diversos colores. En estas circunstancias, es posible que consiga un conjunto de colorido francamente hermoso. ¿Por qué no? Incluso, por casualidad, puede conseguir la belleza del arco iris.

—Eso demuestra que los colores…

—Eso sólo demuestra que si usted empieza a ensuciar lienzos con diversos colores, y luego dice que acaba de pintar una ballena, la gente diga que sí, que es una preciosa ballena. Pero sólo verán manchas. ¿Eso es arte? Yo digo que no. El arte pictórico no es sólo color, sino forma. Y la forma es lo que distingue al auténtico artista del chapucero, del falsario.

—¿Está llamando falsarios a los grandes artistas de la pintura abstracta?

—Pues… no. No, desde luego. No me gusta ofender a nadie. Es posible que… ¿Qué hora es?

—Las ocho y media.

—¿En punto?

El espía miró su reloj y movió negativamente la cabeza.

—No. Faltan tres minutos.

—Ah… Bueno, como le decía, admito que es posible que el pintor abstracto trabaje honradamente, con honestidad hacia sí mismo y hacia los demás. Yo, todo lo que digo, es que no considero que lo abstracto sea arte. El arte, por sublime que sea, debe estar al alcance de todos. Un buen libro, un buen cuadro, una buena partitura, tiene que ser fácilmente comprendida por todos. Esto no quita, desde luego, que los más preparados puedan gozar más de la belleza de la obra de arte que los que han tenido una educación artística muy escasa. Tenemos a… Leonardo da Vinci, por ejemplo. ¿Usted conoce a alguien que haya sido incapaz de admirar su obra? Todos la comprenden, todos la admiran, por tanto. No, yo no llamo falsarios a los artistas abstractos, pero creo que el arte auténtico es el que todo el mundo es capaz de ver y comprender. Claro que es una opinión personal mía.

—Sin duda.

—Pero —sonrió la divina— tengo derecho a tener opiniones personales, ¿no es así?

—Qué duda cabe…

—Al fin y al cabo, no soy comunista.

—¿Qué quiere decir? —Frunció el ceño el supuesto agente ruso.

—Me refería al comunismo. En sí, es una doctrina político-social como otra cualquiera. Y, como todas, sería buena si se cumpliera en todos sus puntos. Personalmente, no acabo de ver nada demasiado

malo en el comunismo, excepto la… centralización mental.

—¿La… centralización…?

—Oh, sí… ¿Me da un cigarrillo, por favor?

—Con gusto…

El yanqui se puso en pie y se acercó a Brigitte, sacando su paquete de cigarrillos. Se detuvo a la distancia justa para que ella alcanzase el paquete con la mano izquierda, estirándose un poco, siempre su mano derecha sujeta a la litera por las esposas. Brigitte también se puso en pie, alargando la mano con toda naturalidad, como había hecho las veces anteriores, esperando a su guardián, sin dejar de hablar…

—Yo llamo centralización mental a toda clase de doctrina que tienda a privar de sus propias decisiones al pueblo. Esto de que un millar de señores se dedique a pensar por todo su pueblo, no me parece aceptable. Dicen: «esto es lo bueno, y esto tenéis que aceptar». No, señor. El pueblo tiene derecho a…

Tenía ya el cigarrillo en los labios, y su guardián estaba tendiéndole, siempre con las mismas precauciones, el encendedor.

Y aquí terminaron las conversaciones sobre arte, política y otras muchas cosas igualmente interesantes.

La manita de Brigitte no tomó el encendedor, sino que se cerró en la muñeca del espía, con una fuerza inesperada, inaudita. El hombre lanzó un respingo y dio un fortísimo tirón hacia él; todo lo que quería era soltarse de aquellos deditos que parecían una tenaza de acero. Y con un fuerte tirón, debía lograrlo, dejando a Brigitte sujeta a la litera por la esposa.

Sólo que las esposas quedaron sujetas a la litera, mientras que Baby, sorprendentemente libre de ellas, aprovechaba el tirón de su camuflado compañero para saltar sobre él. La sorpresa del falso ruso fue tan grande que no supo reaccionar con la suficiente rapidez.

Luego, ya no pudo hacerlo.

Ni siquiera pudo apretar el gatillo de la pistola que contenía balas con narcótico.

La mano izquierda de Brigitte seguía sujetando su izquierda, de la cual había caído el encendedor. Con un tirón por su cuenta, Baby ladeó al espía, bruscamente, y su manita derecha, crispada, curvada, le golpeó en un lado del cuello. Fue un impacto tremendo.

No mortal, porque no era eso lo que quería Baby, pero sí de una fuerza escalofriante… El espía hubiese salido disparado si ella misma no le hubiera retenido por la otra mano. Así, tras el fortísimo tirón, regresó hacia ella, cayendo de rodillas, abierta la crispada boca en un gesto de dolor, de ahogo…

El segundo golpe le acertó de lleno en la nuca.

Los ojos del espía americano giraron velozmente en las órbitas un segundo antes de desplomarse a los pies de Brigitte, inconsciente.

A toda prisa, la espía internacional se hizo cargo de la pistola especial, y registró rápidamente al supuesto ruso, por si llevaba alguna otra arma de más utilidad para cuando sus enemigos no fueran sus queridos Simones.

No había otra arma. Evidentemente, Pitzer no quería correr riesgos de accidentes con su espía favorita.

Ésta alzó el brazo izquierdo del espía masculino, y miró la hora. Frunció el ceño, se incorporó y fue hacia la puerta… Tuvo el tiempo justo de saltar hacia un lado, pues la puerta se abría en aquel momento.

James Stanton entró en el camarote, cerrando rápidamente tras él. Respingó al encontrarse a Brigitte ante él, de pronto. Y se quedó mirándola, con ojos desorbitados.

—¿Cómo ha podido soltarse? —exclamó ahogadamente.

—Llega con casi medio minuto de retraso —refunfuñó Brigitte —. Quedamos a las ocho y media en punto.

—Esa es la hora de mi reloj —gruñó el traidor.

—¿Sí? Pues alguno de ustedes —señaló al desvanecido guardián — lleva hora no correcta. En todo caso, no están exactamente sincronizados entre ustedes. Y eso, Stanton, es un fallo inadmisible en trabajos como el nuestro. ¿Cómo están las cosas ahí fuera?

—Ya le expliqué la situación. Está el de la radio, pero ése no podrá verla pasar a usted. Luego, están Pitzer y Cavanagh, en el camarote de mando, estudiando los planos por última vez. Con ellos, están los cuatro hombres libres de servicio. En los muelles, están los dos de turno, observando el movimiento portuario, cualquier novedad que pueda parecer interesante. Y arriba está el último, que comparte conmigo la vigilancia en la cubierta.

—Bien… ¿Consiguió las ampollas de gas?

—No fue fácil, créame. Tuve que esperar a que…

—No me interesan los detalles. Démelas.

—Bueno… Le advierto que no son de las que usted pidió.

—¿Cómo?

—Sus efectos no son de veinticuatro horas, ni mucho menos de cuarenta y ocho. Parece que ese gas concentrado fulminante es usted quien lo usa. Pero míster Cavanagh sólo dispone de cápsulas reducidas. Véalas.

Le entregó unas diminutas ampollas a Brigitte, que se quedó mirándolas hoscamente.

—Con esto no dormirán más allá de tres o cuatro horas —protestó.

—Lo siento. No hay otra cosa en el yate.

—Bien… Tendremos que conformarnos. Aunque eso complicará las cosas. Todos despertarán antes de medianoche, así que no voy a poder impedir que vayan a la recogida de las piezas del proyectil.

—Aunque los de este yate no fuésemos, el proyectil sería recogido igualmente. No olvide que el pesquero con los hombres-rana está cerca de isla Navassa. Y los planes están tan bien montados, tan especificados, que todo el mundo sabe lo que tiene que hacer sin necesidad de instrucciones suplementarias.

—Está bien… Ya estoy perdiendo demasiado tiempo aquí dentro. ¿Tiene la lancha preparada?

—Siempre hay una lancha de Cornelius preparada. Ya se lo dije… ¡La sorpresa que va a llevarse cuando la vea llegar!

—Una gran sorpresa —sonrió fríamente Brigitte—. Ahora, no olvide lo que tiene que hacer. Quítele los cigarrillos a Simón, suba a cubierta, y dígale a su compañero que va a comprar cigarrillos para usted mismo y para el de aquí abajo. Una vez fuera de este yate, diríjase a la lancha, póngase algo que le sirva de disfraz, por burdo que sea, y pase cerca del yate, para recogerme. No conviene que nuestros compañeros del puerto le vean, supongo que comprende esto.

Stanton soltó un gruñido. Fue hacia su compañero, le quitó el tabaco y se dirigió hacia la puerta.

—Y no olvide —acabó Brigitte— que cuando hayamos terminado el asunto con Cornelius, los dos volveremos. Yo diré que escapé, pero que usted me vio, me siguió…, y ambos caímos en

manos de Cornelius. No quiero que desconfíen de usted.

—Es un favor especial que me hace, ¿no? —masculló el traidor.

—Usted me está ayudando ahora, Stanton. Tendrá su millón de dólares… y yo olvidaré lo demás. Pero si vuelve a traicionar a la CIA, esto es, a nuestros compañeros…

—Ya sé, ya sé…

Stanton salió del camarote, y Brigitte lo hizo también, después de esperar un par de minutos. Apareció silenciosamente en el pasillo, cerró la puerta del camarote donde había estado prisionera, y se quedó inmóvil, con sus finísimos oídos atentos… Las voces llegaron inmediatamente a ellos, y las situó en el acto.

Se deslizó con graciosa agilidad hacia la puerta tras la cual sonaban las voces, y, cautamente, con exquisito cuidado, probó si podía abrirse. Así era. Y de pronto la empujó, quedando en el umbral, con una sonrisa en los hermosísimos y dulcísimos labios.

—¡Abajo los espías rusos! —exclamó alegremente.

Todos se estaban volviendo ya hacia la puerta… Y todos respingaron fuertemente al ver a la divina jovencita allí, con aquella sonrisa divertida en los labios. En una fracción de segundo, los azules ojos captaron toda la escena: ojos desorbitados, expresiones estupefactas, rostros que perdían el color… El más ridículo de todos en su expresión de asombro fue Charles Alan Pitzer, que abrió la boca…

La manita izquierda de Baby se movió, y las ampollitas de gas de corta duración cayeron a los pies del grupo de hombres. En el acto, cerró la puerta, quedando en el pasillo. Oyó un par de exclamaciones, pisadas precipitadas, golpes blandos contra el suelo… Cuando abrió la puerta, cinco segundos más tarde, todos los espías estaban tendidos en el suelo, en grotescas posturas. Baby volvió a sonreír.

—Como he dicho antes: ¡abajo los espías rusos! Y puesto que os las dais de rusos, queriditos…, pues estáis abajo. Buenas noches, amores míos.

Cerró la puerta, y en pocos segundos se orientó hacia el pequeño camarote donde estaba la radio. James Stanton podía decir lo que quisiera, pero ella tenía sus propios métodos de seguridad. Abrió la puerta del pequeño camarote, sonriendo. Y sonrió aún más cuando el agente encargado de las comunicaciones se volvió y se quedó

mirándola con la boca abierta.

—¿Alguna novedad? —se interesó amablemente.

La pistola le apuntó al pecho, y el hombre consiguió reaccionar.

—Pe-pero…

—He preguntado si hay alguna novedad, querido.

—No… Ninguna… Todo está ya aclarado… Pero usted…

—Magnífico. Hasta luego, simpático.

Plof…

La bala dio en el centro del pecho de Simón, que pegó un bote en la silla… y se desplomó inmediatamente, mirando con ojos turbios a su admirada Baby. Se quedó dormido en dos segundos escasos.

Siempre con gran tranquilidad, Brigitte se dirigió a la escalerilla, y emprendió la subida hacia cubierta. Apareció allí como una alegre millonaria que se dispone a dar una fiesta en su yate.

Sentado en la cabina de mandos, a nivel más alto que la cubierta, estaba el agente encargado de la vigilancia, junto con Stanton. Sólo que Stanton, en efecto, debía haber ido «a comprar cigarrillos». El hombre se quedó estupefacto también, y, muy tímidamente, se llevó la mano al sobaco. Sacó la pistola y apuntó a Baby, que caminaba sosegadamente hacia él. Cuando se detuvo delante, el hombre parecía no saber qué hacer.

—Supongo que esa pistola es de balas de verdad, Simón.

—Sí… ¡Por Dios! ¿Cómo está usted aquí?

—Me cansé de la comedia. Dígame: ¿piensa disparar contra mí?

El agente de la CIA palideció. ¿Disparar él contra la agente Baby?

—Abajo —ordenó de pronto secamente—. ¡Vuelva abajo!

—No pienso hacerlo. Me voy. ¿Algo que oponer?

—¡Le digo…!

—Simón —ella mostró su arma—: esta pistola es la especial. No le dolerá demasiado. Perdóneme.

—¡No haga eso! ¡No me obligue a…!

Plof.

El espía recibió el impacto en pleno pecho. Durante un segundo, estuvo mirando a Brigitte. Podía haber disparado contra ella, sin fallo posible. Pero los dos segundos escasos se cumplieron sin que el hombre de la CIA hubiera tomado tal decisión. Cerró los ojos, y se

deslizó del asiento plegable, hasta los pies de Baby, que sonrió y acabó colocándole la pistola en la funda.

—Si eres listo, querido, podrás decir que también a ti te sorprendí. Has sido muy amable. Gracias.

Se incorporó y fue a la borda de babor, mirando hacia el mar abierto. Todos dormían en el yate, de modo que no tenía una urgencia especial en abandonarlo. Pero ya comenzaba a impacientarse cuando apareció la pequeña lancha, acercándose al yate. No llegó hasta él. Sólo aminoró la marcha muy considerablemente cuando pasaba a unas treinta yardas de allí.

Sin vacilar, Brigitte se descolgó por la borda, y finalmente se dejó caer casi horizontal al agua, de modo que no se hundió apenas, evitando así que se mojara la pistola con balas de narcótico. Nadó con la pistola en alto, y segundos después James Stanton la ayudaba a subir a la lancha.

—Hay una manta bajo el asiento de pesca —dijo—. Será mejor que se abrigue, si no quiere resfriarse.

—Gracias.

La lancha se alejó inmediatamente, mientras Brigitte se quitaba el vestido. Otra vez quedó en prendas íntimas solamente. Escurrió el vestido, y lo colocó en el soporte de la caña, de modo que se convirtió en una insólita bandera que se sacudía a la velocidad de la marcha.

—Es de un tejido especial, muy fresco y fácil de secar —explicó ella sonriente—. Cuando lleguemos a la isla Tortuga probablemente estará seco.

—Es evidente que todo le ha salido bien en el yate.

—Desde luego.

—Es asombroso… —rió Stanton—. ¡Me tiene usted admirado de verdad, Baby!

—¡Huy! —exclamó ella graciosamente—. ¡Pues aún no me conoce bien, querido! ¡Ya verá de lo que soy capaz yo…! Le aseguro que va a quedar escalofriado, aterrado… Ya verá. Voy a por la manta. Noto frío.

Era muy lógico que lo notase, estando empapada y recibiendo el aire a aquella velocidad. Encontró la manta, se envolvió en ella, y se colocó de nuevo junto a Stanton.

—Creo que estoy un poco desorientada respecto a la situación de

la villa de Cornelius. Veamos… Llegando desde aquí, está a la izquierda de la isla, ¿no es así?

—Sí. Cerca de Basseterre. Es la única población en la isla.

—Sí, ya sé… Y, por cierto, ya se ven sus luces. Esta es una lancha formidable, Stanton. ¿Pudo comunicarse con Cornelius?

—Desde luego que no. Mis contactos con ellos sólo podían ser por las noches, cuando me correspondía el turno de vigilancia en los muelles.

—Ah, es cierto. De modo que él continúa creyendo que yo estoy muerta, y esperando noticias de usted respecto a cuándo, cómo y dónde va a llegar el «Proyectil Caribe».

—Ajá. Pronto veremos el embarcadero… Es fácil de identificar, porque hay muchas rocas de considerable altura cerca de él. ¿Quiere aclarar mi mayor duda, Baby?

—¿Cuál duda?

—Estoy que no salgo de mi asombro. ¿Cómo pudo abrir las esposas?

—Ah, sí… Se lo voy a decir. Un momento.

Fue a popa, quitó el vestido del soporte de pesca, y volvió junto a Stanton.

—Observe este vestido, Stanton… Como casi todos los míos, lleva doble tela en la cintura. Y dentro de esa especie de funda, hay un finísimo alambre de acero. Véalo.

Dobló el vestido en una parte, y con dos deditos comenzó a tirar, en efecto, de un alambre de acero. Lo sacó completamente, y se oyó el suave chasquido metálico en el aire, vibrante.

—¿Y qué pasa con ese alambre?

—Pues que con la punta, que utilicé como ganzúa, abrí las esposas. No es la primera vez que lo hago.

—¿Con eso pudo abrir las esposas? —Se pasmó Stanton.

—Evidente. No olvide que soy una espía especialísima. Estoy entrenada para lo imposible. Aunque, en realidad, no fue nada difícil. Cuestión de segundos, solamente. Los segundos que mi último vigilante estuvo fuera del camarote.

—¿La dejó sola? ¿Adónde fue?

—Bueno… Hay necesidades fisiológicas que todos tenemos que atender, inexorablemente.

—¡Entiendo! —rió Stanton—. ¡Es usted fabulosa, de veras!

—En efecto. Soy fabulosa. Ah… Otro detalle de este alambre de acero: sirve para matar.

—¿Para matar?

—Sí, sí… No pocos enemigos míos han pagado las consecuencias de mi previsión de llevar casi siempre un alambre de éstos en mis vestidos. Matar con esto es de lo más fácil. Permítame decirle cómo se hace… Vea… se pasa el alambre por delante del rostro, de modo que se incruste en la garganta de nuestro enemigo… ¿Se da cuenta?

Había ido realizando toda la operación, y Stanton apartó una mano del volante para llevarla a la garganta.

—Me está… lastimando… —jadeó.

—No me diga… Pero si esto no es nada, querido traidor… No es nada. Puede hacer mucho más daño. Muchísimo más… Puede, como le he dicho, producir incluso la muerte, por estrangulación, y hasta, si me apura un poco, por degüello. Pero hay que tirar muy fuerte… ¡Así!

—¡Aaa-a-a-aaaggg…!

James Stanton había soltado ya ambas manos del volante, y la lancha comenzó a dar bandazos bruscos sobre las olas, lanzada a considerable velocidad. El agua saltaba, los cubría a ambos. Luego, parecía que la lancha fuese a desaparecer, diminuta, bajo otra ola… Pero volvía a salir… Y siempre la misma escena, la… «demostración» de lo que se podía hacer con aquel alambre de acero. Stanton forcejeaba rudamente, lanzaba golpes hacia atrás, pretendía quitarse de la espalda a la espía… Pero Baby, igual que un pulpo, se había aferrado al traidor con las piernas, lo rodeaba, lo estrujaba… y lo estrangulaba y lo degollaba. El alambre se iba hundiendo más y más en la garganta de James Stanton, cuyas fuerzas iban desapareciendo cada vez más rápidamente. Por fin, cayó de rodillas, y luego de bruces…, siempre con la fiera encima, tensos los bracitos, tirando del alambre más y más hacia atrás, ambos cubiertos una y otra vez por las aguas que saltaban bajo la veloz y peligrosa marcha de la lancha sin mandos…

Por fin, y cuando ya se veía la localidad de Basseterre muy a la derecha, y delante mismo de la lancha unas luces cerca de la playa, James Stanton no se resistió más. Estrangulado, casi degollado a la vez por el fino alambre, su resistencia, como su vida, había llegado al fin. Adiós, traidor.

Brigitte se incorporó, jadeante, y se hizo cargo de la marcha de la lancha. La detuvo, por fin, y la pequeña embarcación quedó zarandeándose sobre las olas de un par de pies de altura. Con las manos manchadas de sangre, doloridas por el esfuerzo, estuvo unos segundos reponiéndose del esfuerzo, mirando hacia la cercana costa. Sería muy fácil llegar desde allí a la vida de Cornelius.

Tiró el cadáver de Stanton por la borda, y lo despidió con una dura mueca y no menos duras palabras:

—Un traidor es siempre un traidor. Y los traidores están mejor muertos. Amén.

Capítulo V

Rom Cornelius alzó la cabeza y se quedó mirando un tanto sorprendido a Komkrek, que estaba visiblemente pálido.

—¿Qué ocurre, Komkrek?

—Le traigo una sorpresa, señor Cornelius.

Éste alzó las cejas. Estaba en el despacho de la villa, con un gran mapa del Caribe ante él, desplegado.

—¿Qué sorpresa? —musitó.

—*Voilá, monsieur!* —exclamó aquella dulce voz.

Y Brigitte Montfort, alias Baby, apareció en el despacho, dejando afuera a dos de los hombres de Cornelius, que lanzó un grito y se puso en pie de un salto tremendo.

—¡No! —exclamó.

—Ya ve que sí, señor Cornelius —sonrió la espía—. Es evidente por demás que sus hombres no consiguieron matarme.

Estupefacto, Rom Cornelius estuvo unos segundos mirando a la espía norteamericana.

—Pe-pero… ¡Usted está loca! —aulló de pronto Cornelius.

—¿Por qué? —Frunció el ceño Brigitte.

—¡Por qué! Oh, vamos… Se escapa usted de aquí después de matar a uno de mis hombres, consigue escapar, según veo, gracias a lo que sólo puede ser un milagro… ¡Y vuelve aquí, a meterse en la boca del lobo!

—Habría mucho que discutir sobre quién es el lobo y quién el cordero, señor Cornelius. ¿No cree?

Rom Cornelius entornó los ojos, de pronto.

—Un momento… Está tramando algo, desde luego… —Miró vivamente a Komkrek—. ¿Ha llegado sola?

—Aparentemente, sí, señor Cornelius. Se ha entregado voluntariamente. Dice que tiene un gran negocio que proponerle.

—¿A mí? Esto es absurdo… Debo estar soñando… —Miró a la

espía—. Algo no está funcionando bien en la cabeza de alguien, señorita Montfort. Pero la escucharé… antes de matarla.

—Muy amable. Y hablando de matar…, ¿mató ya a mi compañero? Me refiero al hombre que usted llama, supongo, Boyd Parsons.

—Todavía está vivo —sonrió secamente Cornelius—. Nunca se sabe cuán útil puede resultar un agente de la CIA, mientras está vivo, claro.

—De acuerdo con usted. He aquí mis condiciones, señor Cornelius. Usted…

—¿Sus condiciones? —exclamó Cornelius, incrédulo.

—Eso he dicho. Escúchelas: usted me dará dos millones de dólares, y dejará marchar a mi compañero Eurípides Simón… Quiero decir Boyd Parsons. A cambio de ese dinero y de la libertad de mi compañero, y, por supuesto, la mía propia, yo puedo poner en sus manos el «Proyectil Caribe» antes de doce horas.

Rom Cornelius se quedó mirando fijamente a la espía. Por fin, se sentó de nuevo, se pasó una mano por la boca, pensativo, y acabó señalando una de las sillas de delante de su casa.

—Siéntese —gruñó—. Y explique bien eso.

—Ya está explicado. Cumpla su parte, y antes de doce horas tendrá en su poder el «Proyectil Caribe». ¿Cómo decirlo más claro, señor Cornelius?

—¿Usted sabe dónde está el proyectil?

—Sé dónde estará… a determinada hora. Y no espere usted que James Stanton pueda facilitarle la misma información que yo. Está muerto.

—¿La CIA descubrió que él…?

—No, no. La CIA no sabe que Stanton los estaba traicionando. Y si está pensando que todo esto es un truco mío contra usted y favorable a la CIA, olvídelo. Supongo que se da cuenta de que habría sido mucho más fácil para mí enviar un centenar de hombres contra esta villa, que venir a ponerme en sus manos.

—¿Entiendo que también usted está dispuesta a traicionar a la CIA?

—Así es.

—¿Por dos millones de dólares? Stanton sólo quería uno…

—Señor Cornelius, yo no soy Stanton. Y no me refiero sólo a mi

aspecto físico, sino a mi capacidad craneana, como suele decirse. Comparar la inteligencia de Stanton con la mía es insultarme. En cuanto a mis motivos para traicionar a la CIA, le diré que a usted no le importan. ¿Quiere o no quiere el «Proyectil Caribe»?

—Sí.

—¿Acepta mi ayuda… bajo mis condiciones?

—No veo inconveniente. El dinero no tiene importancia, desde luego. En cuanto a dejar marchar a su compañero y a usted misma, es cosa que aún tiene menos importancia. Como comprenderá, una vez finalizada la operación que me ha traído a Haití, a isla Tortuga concretamente, será muy difícil encontrarme.

—Si quisiera encontrarle más adelante, le encontraría, señor Cornelius —sonrió sarcásticamente Brigitte—. Pero no vamos a discutir eso. También espero que comprenda usted que le estoy hablando en serio. Para venir aquí a traicionarle, hace falta estar loco. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Usted, en las veinticuatro horas que han pasado desde que escapó, pudo hacernos papilla tan sólo avisando a la CIA Aparentemente, no lo ha hecho, ignoro por qué. Pero si está aquí, y la CIA no me ha atacado, es que usted, personalmente, tiene otros planes.

—Ahora empezamos a entendernos —asintió Brigitte—. ¿Aceptadas mis condiciones?

—Aceptadas… A cambio del proyectil, señorita Montfort.

—Lo tendrá, si acepta mis… sugerencias sobre el modo de llevar a cabo la operación.

—Yo tenía pensado enviar…

—No, no, no… Señor Cornelius, yo voy a traicionar a la CIA, pero no a sus hombres. No quiero muertes. ¿Lo entiende?

—Lo entiendo. Y como lo único que me interesa es el proyectil, haga lo que le parezca.

—Espléndido. Ahora, dígame: ¿conoce usted todo el asunto?

—Sí.

—Entonces, podrá decirme por qué los rusos y los norteamericanos se han aliado para lanzar ese «Proyectil Caribe» sobre Nicamala.

—No de un modo exacto. Son sólo suposiciones. Al parecer, pretenden invadir Nicamala, unos por el Norte y otros por el Sur, y

repartirse la isla.

Brigitte quedó atónita por unos segundos.

—Oh, vamos… ¡Eso es un disparate, señor Cornelius! Pues sí que sería fácil todo, para los más fuertes… Les gusta un país, lo invaden, y se lo reparten. No… No creo que sea eso. Además, está lo de lanzar el proyectil. ¿Para qué lanzarlo, si lo que quieren, según dice usted, es repartirse la isla después de invadirla?

—Ya no sé tanto. Pero me consta que los rusos y los americanos quieren invadir Nicamala. No sé más. Como comprenderá, no es tan fácil estar al corriente de las intenciones políticas de esos países.

—Sin embargo, sabía usted que iban a lanzar el proyectil.

—Eso me lo dijo Stanton, que hace tiempo que trabaja para mí…

—Trabajaba —cortó fríamente Brigitte—. ¿Qué fue lo que le dijo Stanton?

—Que los rusos iban a proporcionar un proyectil balístico a los norteamericanos, como parte de un plan en el que parecía punto final la invasión de Nicamala por fuerzas navales de Rusia y Estados Unidos. La MVD iba a proporcionar el proyectil, los americanos lo recogerían y lo lanzarían desde determinado lugar contra Nicamala. Eso es todo. Estábamos esperando saber cómo, cuándo y dónde los rusos iban a entregar el proyectil a los norteamericanos, para intervenir mis hombres y yo… Somos cien. La idea es apoderarnos del proyectil, simplemente. Tenemos lanchas, helicópteros, aviones…

—Ya vi su material. Y no me impresiona. En definitiva, usted sólo sabe que quieren lanzar el proyectil, y estaba esperando que Stanton le dijera cuándo podía ir a arrebatarlo a los norteamericanos, una vez lo hubiesen recibido de manos de los rusos.

—Ese era el plan trazado con Stanton. Le ofrecí, por este servicio tan especial, un millón de dólares.

—Eso quiere decir que usted piensa vender el proyectil por quince o veinte millones… ¿No es así, Cornelius?

—Veinte millones, sí.

—Buen negocio… ¿A quién piensa vender ese proyectil?

—A los chinos.

Brigitte se quedó mirando a Cornelius con una frialdad que

desasosegó al hombre.

—A los chinos… —musitó—. Bien, eso no es cosa que me importe, siempre y cuando los chinos, como supongo, lo quieran sólo para revisarlo y utilizarlo de modelo para sus futuras producciones de proyectiles intercontinentales.

—Supongo que, en efecto, lo quieren para estudiarlo, como prototipo o punto de partida para lo que ellos estén dispuestos a empezar a fabricar.

—Con lo cual, la situación mundial en cuanto a armamento se refiere, va de mal en peor… ¿Se da cuenta, Cornelius?

Éste encogió los hombros.

—Lo que yo quiero son mis veinte millones, señorita Montfort. No me venga ahora con sermones pacifistas o cosas parecidas. ¿Cree usted que porque yo no hiciese este negocio los chinos iban a desistir de tener sus proyectiles, o sus bombas atómicas…? ¿O que los americanos o los rusos iban a abandonar su carrera de armamentos…? No. Puede estar segura de que no. En la fabricación de armas, e incluso en la prolongación de algunas guerras, están involucrados intereses de tipo industrial: gente que quiere que siempre haya una guerra u otra, para que sus fábricas de armamento no se detengan. Sería su ruina. Y para no arruinarse ellos, hacen lo imposible para que surjan guerras, y se prolonguen… ¿Por qué, en estas circunstancias, debo prescindir yo de un negocio de veinte millones de dólares?

—Su punto de vista no es generoso, señor Cornelius. Pero no puedo negar que es brutalmente razonable, de acuerdo a la situación mundial. ¿He dicho razonable…? No. Digamos… comprensible, dentro de su egoísmo y brutalidad.

—Ya le he dicho que no me venga con sermones. Soy un espía profesional que trabaja en su propio beneficio. ¿Qué tiene eso de malo?

—No vamos a discutir eso. Bien, yo le proporcionaré el «Proyectil Caribe», y usted hace con él lo que quiera o pueda.

—¿Cómo piensa apoderarse del proyectil?

—Estoy al corriente de todos los detalles de la entrega por aire, de la recogida en el mar, de la hora, del lugar adonde será llevado el proyectil, desmontado en piezas que irán en doce cajas…

—¿Cómo sabe todo eso?

—No fue la CIA quien me lo dijo, si eso es lo que está pensando. Fue Stanton. Estuvo en la reunión donde los jefes de la CIA completaron todos los detalles de la operación. Luego, Stanton me lo dijo a mí, es claro. Y, por fin, los dos escapamos.

—¿Los dos escaparon de la CIA? Entonces…, ¿quién ha matado a Stanton?

—Yo. ¿Alguna objeción que hacer, señor Cornelius?

Éste miraba con manifiesta hostilidad a la espía. Pero, de pronto, sonrió. Y, por último, se echó a reír.

—¡No! —exclamó—. ¡Ninguna objeción, señorita Montfort! Yo quiero ese proyectil, es todo. Lo demás, no me importa.

—Eso supuse, y por tanto me concedí la gran satisfacción de estrangular a Stanton. Y ahora, quiero que me devuelva mi maletín, señor Cornelius, y que vayamos a ver a mi compañero Eurípides… Quiero decir, Boyd Parsons, claro.

Simón Eurípides palideció cuando la espía internacional apareció ante él. Estaba dentro de la jaula todavía, y su aspecto, si bien no había mejorado, tampoco mostraba nuevas señales de violencias físicas.

—Baby —murmuró, agarrándose a los barrotes—. ¡Oí decir a esta gente que la habían matado…!

—¿Y usted creyó semejante tontería? —sonrió Brigitte.

—Pero… ¡Por Dios, esto es maravilloso! Bueno, la han vuelto a cazar, pero al menos está viva… ¡No sabe cuánto me alegro! Se me ocurre que voy a tener que dejarle sitio en esta jaula, ¿no?

Brigitte sonrió, y se volvió hacia Komkrek, que la había acompañado allí, con dos hombres.

—Sáquenlo de ahí, Komkrek.

Para infinito asombro de Simón-Eurípides, la jaula fue abierta, y él ayudado a salir. Brigitte rechazó inmediatamente toda ayuda en beneficio de Eurípides, abrazándolo ella por la cintura.

—¿Puede caminar, Simón?

—Sí… Sí, claro… Pero ¿qué es esto? ¿Algún milagro?

—No tanto —sonrió dulcemente la divina espía—. Es solamente una de las pequeñas astucias de Baby. Apóyese bien en mí… Así… No tema: soy más fuerte de lo que parezco.

—Pe-pero no… no comprendo nada…

—Tranquilo. Ya verá cómo mañana está perfectamente. Va a

comer, a beber y a dormir. Y ya le digo que nada de milagros. Astucias. Pequeñas astucias de Baby, querido mío…

Capítulo VI

Rom Cornelius apareció junto a Brigitte, procedente de la casa, cuando la espía terminaba de cerrar la cremallera del traje de goma negro. Ella le miró, sonriendo secamente.

—¿Todo bien? —se interesó.

—Sí. Los chinos han aceptado. Tendrán dispuesto el submarino, con los detalles que usted ha pedido, en el lugar y hora acordada.

—Bien… Un momento: ¿les ha dicho usted que Baby interviene en esto, Cornelius?

—Usted dijo que ni la mencionara. ¿O no?

—Ah, perfecto… Puede tener la seguridad de que si los chinos huelen mi intervención, sus veinte millones se van a esfumar, Cornelius. No lo olvide.

—No olvido nada. Ya le digo que todo lo que me interesa son esos veinte millones.

—De los cuales, dos serán para mí, según lo acordado. Bien, creo que tengo listo todo mi equipo —señaló el paquete envuelto en plástico negro que había en el suelo—. Espero que no fallen los demás.

—Sigo pensando que es una locura lo que usted ha planeado… No es trabajo para una sola persona, señorita Montfort. Ni aunque esa persona sea la agente Baby.

—Y yo le digo que si hay alguna posibilidad de conseguirlo, tiene que ser por medio de una sola persona. Y nadie más indicado que yo. Dígame una cosa: ¿hace mucho tiempo que ese submarino chino está rondando por aquí?

—Un par de semanas. Desde que se inició el asunto del «Proyectil Caribe». Se pasan el día sumergidos, a motores parados. Por la noche, salen a renovar el aire. Están entusiasmadísimos con la oportunidad de conseguir un proyectil balístico ruso. Y parece que su paciencia y sus incomodidades van a tener el premio

apetecido… ¿Por qué no ha querido que la mencione a usted?

—Porque abandonarían todo el proyecto. No confiarían en mí de ninguna manera. Son quienes más dinero ofrecen por mi cadáver, me odian con todas sus fuerzas… Se lo advierto en serio, Cornelius: si usted dice que se ha aliado conmigo, ellos se irán, o variarán todos sus planes. De un modo u otro, deberá despedirse de esos magníficos veinte millones de dólares.

—Me pregunto —musitó Cornelius— si no soy yo el imbécil, por confiar en usted.

—¿Prefiere hacerlo de otro modo? Bueno, pues envíe a sus hombres, con las lanchas, los aviones y los helicópteros a buscar esas cajas con las piezas del proyectil. Al menor inicio de combate, desde el yate llamarán a los rusos por la radio. Los aviones rusos darán media vuelta, hacia la isla de Navassa…, y ya veremos qué quedaría entonces de los aviones de usted, de sus lanchas y helicópteros. Es mejor dejar que se marchen definitivamente, y hacer las cosas con la discreción que tiene todo mi plan. Decídase de una vez. Pero será usted un iluso si cree que por disponer de cien hombres puede conseguir esas piezas. Ni una sola conseguiría.

—Quizá los aviones rusos no bombardeasen la zona… Tenga en cuenta que el pesquero americano y el yate estarán por allí…

Brigitte se echó a reír secamente.

—¡Por Dios…! —exclamó—. ¿De verdad cree que los rusos vacilarían? Son aviones cubanos, según entiendo. Casi peor… ¿Cree que iban a permitir que los chinos se llevasen el proyectil sólo por no hundir un pesquero y un yate si era necesario? ¡Vamos, Cornelius, por favor…!

—Está bien… Pero mi plan…

—¡Olvide ya su plan! —Se irritó Brigitte—. ¡Con él sólo se conseguiría que hubiese muchos muertos! Y, de todas formas, jamás conseguirían el proyectil.

Rom Cornelius aún no parecía muy convencido. Pero las palabras de Baby no eran, en realidad, más que la expresión de los pensamientos que él mismo había tenido. Derrotar a la CIA, que estaría apoyada desde el aire por aviones cubanos pilotados por rusos, había sido, desde el primer momento, su máxima preocupación.

—Está bien… Márchese ya.

Brigitte le hizo una seña al piloto del pequeño caza que ya estaba calentando el motor. El hombre se acercó, y la ayudó a colocarse los tubos de aire sobre el traje de goma para inmersiones. Así, Brigitte Montfort quedó convertida en una negra sombra bajo el techado del gran cobertizo. Luego, el piloto le colocó la mochila del paracaídas, explicando brevemente su mecanismo de apertura, a instancias de Baby, que no quería correr ningún riesgo inútil. Entre dos hombres la colocaron en la cabina de atrás del caza, como si fuese un paquete, ya que con toda aquella carga, y con las aletas natatorias de goma apenas podía moverse. Una vez colocada en el asiento, le pusieron encima el paquete envuelto en plástico negro.

El piloto pasó a su asiento de mando, y volvió la cabeza, para mirar a la espía, que alzó un pulgar. Y cuando ya varios hombres estaban empujando el aparato fuera del cobertizo, la espía se besó los deditos, y envió el beso hacia donde, mohíno, sombrío, estaba Eurípides Simón, que alzó una mano.

Segundos después, el avión despegaba.

—¿Cree que lo conseguirá?

Simón Eurípides volvió la cabeza hacia Rom Cornelius.

—Desde luego.

—Es admirable su fe en ella, señor Parsons. Por mi parte, la verdad es que me he convencido de que mi plan era una locura. Se podía intentar, desde luego, pero con muchísimos riesgos. Sólo que, claro, yo no tenía otra alternativa. Jamás se me habría ocurrido enviar a uno solo de mis hombres a hacer lo que yo había planeado para un centenar.

—Esa es la diferencia entre Baby y espías de pacotilla como usted y otros que ella ha eliminado.

—¿De pacotilla…? Es posible. Pero me gustaría ver cómo se las arregla ella para hacer este trabajo. Sólo tiene que dejarse caer en paracaídas sobre el mar, a media milla del pesquero americano, volando muy bajo. Tiene que confiar en que los del yate y los del pesquero supongan que el avión es uno enviado por los rusos para efectuar un reconocimiento. Luego, tiene que nadar hasta el pesquero, subir a la superficie, y permanecer inmóvil, sin ser vista, junto al casco. Cuando los hombres-rana de la CIA hayan enganchado todas las cajas al cable mayor del pesquero, y hayan regresado a bordo, ella tiene que dedicarse a desenganchar esos

cables en menos de un minuto, que es el tiempo que se calcula tardará el pesquero en ponerse en marcha. Luego, llevando el extremo del cable general, tiene que nadar mar adentro, hasta su límite. Una vez allí, hará señales bajo el agua con la linterna especial que lleva. Dichas señales deben ser vistas por los del submarino chino, que, aprovechando que el pesquero y el yate se alejan, hacia la costa de la isla Navassa, subirán a la superficie, engancharán el cable al submarino, y se sumergirán, emprendiendo el regreso a Asia llevando a remolque, por el momento, las piezas del «Proyectil Caribe». Y después de todo esto, la señorita Montfort tiene que nadar hasta isla Navassa, y, con el paquete que contendrá los veinte millones de dólares, permanecer allí escondida hasta que, desengañados los americanos y los técnicos rusos sobre la posibilidad del lanzamiento del proyectil, abandonen la isla y nosotros vayamos a recogerla… Sí. Solamente eso es lo que tiene que hacer la señorita Montfort. Sólo eso.

—Si ella ha dicho que va a hacerlo, lo hará. Todo saldrá como ella ha planeado.

—Su confianza en ella es fantástica.

—No es sólo en ella. Tengo en cuenta que se está jugando la vida para evitar que un proyectil balístico haga impacto en una nación pacífica e inerme. Y en ese trabajo no estará sola.

—No comprendo…

—Yo espero que Dios la ayude. Siempre lo ha hecho.

—¿Dios? —rió Carpenter—. Bueno, sería la mar de divertido… ¡Es usted un tipo jocoso, Parsons, de veras!

Cornelius se alejó hacia la casa, riendo. Y Simón Eurípides se quedó mirando al cielo, desde donde ya ni siquiera llegaba el zumbido del pequeño avión.

—Hasta la vista, Baby —dijo, con gran confianza.

Pero se equivocaba: jamás volvería a verla.

—Ssst —siseó Pitzer—. Creo que se acercan ya los aviones…

Cavanagh enmudeció. Él, y todos los demás, empezaron a mirar hacia el cielo, hacia el Norte. Estaban en el yate, apoyados en la borda, esperando. Muy cerca, apenas a cien pies, se veía el gran pesquero, en cuya cubierta esperaban quince hombres-rana, tres de ellos como sustitutos de aquellos compañeros que pudieran sufrir un accidente o dificultad de última hora. Había más hombres en el

pesquero, vestidos corrientemente, armados. La tensión era enorme en ambas embarcaciones.

En el yate, los malhumorados espías que habían tenido el tropiezo con Baby, todavía rumiaban su disgusto, superior a las dificultades que habían tenido para llegar al punto convenido a la hora justa. Ninguno de ellos estaba despejado del todo todavía de los efectos del gas. Sin contar al de la radio y al de cubierta, que aún dormían debido a la mayor potencia de los efectos narcóticos de las balas especiales. Afortunadamente, el agente que había estado vigilando a Brigitte, dormido sólo a golpes, había despertado pronto, poniendo rumbo a isla Navassa y haciendo lo posible, durante el recorrido, para despertar a los demás. Sólo fracasó con los que habían recibidos balas de plástico.

—Es un solo avión, me parece —susurró Cavanagh.

—Entonces, no son ellos —comentó un agente.

—A menos que hayan enviado un avión de reconocimiento —sugirió otro.

—Eso sí es posible —sonrió Pitzer hoscamente—. Los rusos no se fían de nada. Debe ser un avión de reconocimiento… Estemos atentos.

Estuvieron atentos. Y todos adoptaron una expresión comprensiva cuando, muy pronto, oyeron al mismo avión, alejándose.

—Debe haber visto que en estas aguas sólo está el pesquero y el yate. Con esta luna tan clara, es fácil el reconocimiento —dijo un agente.

—¿Qué hora es? —preguntó otro.

—Faltan seis minutos para la hora convenida —musitó míster Cavanagh—. Es mejor que estemos alerta. Si todo va bien, y no veo dificultad alguna, antes del amanecer, las piezas del proyectil estarán en la rampa.

—¿De verdad no ve dificultad alguna? —musitó un agente.

—No… Bueno… ¿Se refiere a Baby?

—Exactamente. Usted, que dice conocerla tan bien: ¿qué cree que estará haciendo ella ahora?

—Puede estar haciendo muchas cosas.

—Interesante respuesta. Dígame una de esas cosas.

—Bien… No sé… Hay que tener en cuenta que Baby no dispone

ahora de los grandes recursos que la CIA le proporciona. En estas circunstancias, opino que debe estar planeando algo… descabellado. Sea lo que sea, no tendrá tiempo de nada. En cuanto a ese idiota de Stanton…

—Olvide a Stanton. Lo que él hizo es, seguramente, lo que todos los demás agentes habrían querido hacer. No temo lo que Stanton haga. Él ayudó a Baby a escapar, es evidente, pero no podrá hacer nada más. Lo que sí temo es… el funcionamiento de la computadora.

—¿De la… computadora? —masculló Pitzer.

—Me estoy refiriendo al cerebro de Baby. No debimos engañarla. Se lo advertí, Pitzer. Ahora, ella podría estar con nosotros, tal como creen los rusos.

—Me he equivocado con ella en varias ocasiones —aceptó Charles Pitzer—. Pero nadie me convencerá de que Brigitte habría aceptado participar en este proyecto de la CIA En esto, me juego la vida, si alguien acepta la apuesta.

—En resumen, que todo lo que podemos esperar es que ella no tenga tiempo ni medios para intervenir en el asunto.

Pitzer quedó silencioso durante unos segundos, antes de asentir con la cabeza.

—Así es. Si Baby interviene, será contra nosotros.

—Sí… Es capaz de enfrentarse a la CIA Ella sabe muy bien que podemos tomar grandes represalias contra su persona…, pero no le importará. Jamás ha temido a nadie, ni siquiera a la MVD rusa. ¿Por qué habría de temer a la CIA? Ha creado usted un gran personaje, Pitzer. Enhorabuena.

—Un momento —protestó Pitzer—. Yo sólo la inicié en el espionaje, le enseñé los rudimentos de la profesión. Sólo eso. Todo lo demás, hasta el grado de perfeccionamiento que ella tiene hoy, ha sido mérito exclusivamente suyo, agravado por los entrenamientos periódicos a que se la ha sometido en la Central. Pero nadie va a cargarme a mí las culpas de lo que haga Baby. Desde el primer día, cuando la presenté en la Junta[6], todos supieron a qué atenerse con ella. Lo dijo bien claro: sería ella quien haría las cosas a su manera, utilizando los recursos de la CIA Ni Brigitte ni yo engañamos a nadie, Cavanagh. Esto está bien claro. Y otra cosa: yo sugerí que se la mantuviera prisionera en aquella

casita de Long Island… ¿Y qué hizo la CIA? ¡Envió a dos agentes inútiles que…!

—¡Eran dos de los mejores agentes de que se disponía en aquel momento!

—¡Pues no eran lo suficientemente buenos para ella! —gritó también Pitzer—. ¿Qué le pasa conmigo? ¿Me está culpando de algo? ¿Cómo puedo saber de antemano todo lo que esa chica es capaz de pensar o de hacer? ¡No soy un mago!

—Si Baby perturba los planes de la CIA —sentenció sombríamente Cavanagh—, no le auguro un gran porvenir. Se le cerrarán todas las puertas. Todas.

—Ella tiene más de veinte millones de dólares en diversos Bancos —sonrió irónicamente Pitzer—. Y posiblemente me quedo corto. Quizá tenga cincuenta. Ha intervenido en operaciones de la máxima envergadura. ¿Qué cree que pasará si la CIA la despide, y consigue que la despidan del «Morning News»? ¿Cree que Brigitte se morirá de hambre, o de aburrimiento? Tiene amigos en todo el mundo. En cuanto la CIA la despidiese, todos los servicios de espionaje del mundo la llamarían, le ofrecerían cinco millones de dólares mensuales por su colaboración, quizá diez… Eso, sin contar con los recursos propios de ella. Cavanagh: no sé lo que decidirán en la Central con respecto a Baby en el supuesto de que ella perturbe nuestros planes. Pero lo peor que podrían hacer es despedirla. Si hacían tal cosa, la tendríamos contra nosotros, de aquí en adelante. Ella no es una espía nacional, sino internacional, independiente, con ideas propias. Se está escapando a nuestro control en todos los sentidos. Pero despidámosla… y tendremos contra nosotros al peor monstruo jamás habido… y que nosotros mismos habremos creado. ¿Recuerda el caso de Número Uno? [7]

—Naturalmente.

—Pues tengo la convicción de que él está vivo. No sé cómo ni en qué circunstancias ocurrieron las cosas. Pero él está vivo, y siempre en contacto con Baby. Ella tiene amigos en todo el mundo, incluso entre los espías rusos. Si la despedimos, no me preocupo por ella, sino por la CIA misma. Hoy, Baby es algo más que la mejor agente norteamericana. Es un símbolo para miles de hombres que trabajan para la CIA Ahora, dígales a esos miles de hombres, cientos de los cuales deben la vida a Brigitte, que la CIA la ha despedido, y le ha

puesto el veto. Diga usted eso, y verá lo que pasa… Yo mismo… ¡Y usted mismo, Cavanagh! ¿Qué pensaría si la CIA tomaba cualquier clase de represalias contra Baby?

Míster Cavanagh soltó un auténtico gruñido de furia.

—Espero que ella no intervenga más en este asunto. Sería lo mejor para todos, y si no…

Se calló. Luego, miró de nuevo hacia el Norte.

—Son por lo menos tres aviones, esta vez —musitó uno de los agentes.

Pitzer miró su reloj.

—Es la hora… —dijo—. Faltan unos segundos. Hay que admitir que los rusos son puntuales. Avisemos a los del pesquero.

Sacó una pequeña radio de bolsillo, y efectuó la llamada. La respuesta llegó inmediatamente, y durante unos pocos segundos, Pitzer estuvo cambiando impresiones, y las últimas instrucciones sobre la recogida de las cajas numeradas. Cuando terminó de hablar, el zumbido de los motores estaba prácticamente encima de ellos. Tres aviones se veían ya en el cielo. Pasaron por encima del pesquero y del yate, se alejaron… El agente encargado de la radio apareció en cubierta, corriendo hacia Pitzer y Cavanagh.

—¡Son ellos! —exclamó—. ¡Acaban de llamar por la radio! Preguntan si proceden a la operación con toda normalidad.

—Normalidad absoluta —musitó Cavanagh—. Dígaselo.

—¡Sí, señor!

El agente de comunicaciones volvió a desaparecer en el interior del yate. Poco después, los tres avienes volvían a pasar por encima del pesquero y el yate. Y entonces, en el cielo aparecieron por un instante aquellas grandes formas rectangulares. Luego, se abrieron los paracaídas, y las cajas de plástico fueron descendiendo lentamente hacia el mar, exactamente en el punto convenido.

—Paracaídas negros —murmuró Cavanagh—. Piensan en todo.

—Es muy corriente. ¿O no? Cualquier espía que se deje caer en paracaídas durante la noche utilizará paracaídas negro. Es elemental. ¿Se pueden contar los paracaídas?

—Once… —dijo un agente—. ¡No! ¡Doce, señor!

—Operación en marcha —Pitzer volvió a recurrir a la radio de bolsillo, para comunicarse con el pesquero—. Bogard, ¿todo preparado?

—Sí, señor. Doce «ranas» listos para saltar, en el acto —fue la respuesta—. Usted dé la orden, señor.

—Que no salten hasta que el último paracaídas esté en el agua. Eso es todo. Luego, acción inmediata. Y no quiero la menor distracción o lentitud, Bogard.

—Tenemos los mejores «ranas» del servicio, señor.

—Que lo demuestren. Nada más.

Volvió a guardar la radio. Poco después, el último paracaídas negro caía al agua. Inmediatamente, desde el pesquero, doce expertos buceadores saltaban al mar. Y menos de dos minutos más tarde, el agente encargado de las comunicaciones volvía aparecer en cubierta.

—Los rusos de nuevo, señor… —dijo—. Quieren confirmación de que todas las cajas han sido recibidas y recogidas.

—Dígales que les llamaremos dentro de quince minutos, o veinte.

—Está calculado… —farfulló el espía—. Dicen que uno de sus aviones dará una vuelta por aquí hasta recibir esa confirmación.

—Muy bien. Cuando les envíe la noticia de operación terminada, no se olvide de decirles que esperamos a sus técnicos antes del amanecer.

—Previsto. Los técnicos ya han salido de Cuba, en un par de helicópteros.

—Están aprendiendo mucho —sonrió Cavanagh—. *Okay*, todo en orden, Barton. Se le avisará del final de la operación para que pase el recado a los rusos.

—Sí, señor.

Exactamente veintidós minutos más tarde, la radio de bolsillo de Pitzer emitió un zumbido, y el jefe del Sector de Nueva York de la CIA atendió inmediatamente el comunicado.

—¿Sí?

—Operación terminada sin novedad, señor. Los doce «ranas» han vuelto, cumplida su misión. Todas las cajas están enganchadas al cable general del pesquero. Del uno al doce. Sin fallos, señor.

—Rumbo a la isla. De inmediato. Es todo, por ahora —cerró la radio y llamó—: ¡Carpenter!

—¿Sí, señor?

—Avise al radio. Que pase el informe a los rusos: operación terminada sin novedad. Ponemos rumbo a Navassa. Que llame luego a los hombres que están esperando en la costa de la isla. Todo el mundo dispuesto para sacar del mar esas doce cajas.

Carpenter se alejó a toda prisa y Pitzer y Cavanagh se miraron. Ninguno de los dos dijo nada, pero ambos sonrieron. Pitzer se frotó las manos.

Por fortuna para todos, parecía que la agente Baby había perdido por completo el contacto con aquella operación.

Apenas diez minutos más tarde, la radio de bolsillo de Pitzer volvió a emitir un zumbido.

—¿Qué ocurre? —se interesó el viejo y astuto espía.

—Bueno… Algo extraño, señor… Venimos pensando en ello desde el principio, pero…

—¡Bogard! —aulló Pitzer—. ¡No quiero balbuceos! ¿Qué es lo que está ocurriendo?

—Yo… Voy a ordenar detener el pesquero, señor. Parece… que la carga es demasiado ligera.

—¿Cómo?

—Ya sé que son sólo diez o quince toneladas, señor, pero… parece como si no estuviésemos arrastrando peso alguno.

Charles Pitzer comenzó a soltar una larguísima serie de maldiciones. Al fin, se calmó lo suficiente para gritar:

—¡Quiero una de sus lanchas ahora mismo! ¡Envíela hacia el yate, para que nosotros podamos ir a ver qué ocurre ahí! ¡Y detengan ese maldito pesquero!

—Sí, señor… ¡Va la lancha!

Tres minutos más tarde, Pitzer y Cavanagh abordaban el pesquero dedicado a misiones de espionaje en el Caribe. Bogard apareció ante ellos, desencajado el rostro, visiblemente alterado. En la cubierta, los «hombres-rana» volvían a ponerse rápidamente sus equipos.

—¡Quiero una explicación muy clara, Bogard! —aulló Pitzer.

—Señor… No sé… Quizá sea una falsa alarma mía… Pero el peso de ese proyectil es suficiente para que afecte la marcha del pesquero… Y no hay alteración alguna en su velocidad y fuerza…

—¿Engancharon bien los cables?

—Por supuesto… Los doce cables fueron enganchados al general

del pesquero, y el cable general está sólidamente instalado. No puede haber fallo en eso. Quizá sea una falsa alarma… He ordenado a los muchachos que vuelvan al agua, y vean si todo está en orden. Es posible que el peso casi no tenga importancia debido al agua misma. Usted sabe que un peso sumergido en el agua pierde…

—No estoy para problemas de física, Bogard. Si usted ha notado algo raro en el arrastre, quiero un examen detenido del cable general, y de los demás. ¡Y pronto!

—Sí, señor… ¡En seguida!

Los «hombres-rana» acabaron muy pronto de colocarse nuevamente el equipo, y saltaron al agua. Ni siquiera medio minuto más tarde, uno de ellos era subido a bordo por medio del asiento colgante de unas cuerdas. El hombre jadeaba todavía cuando comenzó a hablar:

—No están… ¡Las cajas no están! El cable principal parece que se soltó de su gancho…

—¡Se soltó de su gancho! —gritó Pitzer—. ¿Qué quiere decir? ¿Cómo era ese gancho?

—Un gancho normal, señor. Estaba clavado en la quilla del pesquero. Allí se unieron los cables de las cajas, con el principal, que estaba unido al gancho. Parece que se ha soltado.

—¿Es eso posible, Bogard? —Lo miró Pitzer.

—Bueno… Teóricamente, no; no, señor. Pero… Bueno, se supone que con el peso del cargamento, el cable se tensa lo suficiente para que el gancho no se salga de su sitio. Sin embargo, quizá algún banco de arena ha detenido la carga, ha aflojado el cable… Puede haber ocurrido.

—¡No es eso lo que ha ocurrido! —aseguró Pitzer—. ¡Yo les voy a decir a quién se debe esta anomalía…!

—Cálmese, Pitzer… —intervino Cavanagh—. Bogard, envíe a unos cuantos muchachos, con la lancha, hacia atrás. Que registren el fondo. Seguramente la carga está ahí, y sólo habrá que asegurarla nuevamente. Que lleven una linterna, y cuando encuentren la carga que hagan señales, para que el pesquero retroceda, a fin de engancharla de nuevo.

—Sí, señor… —suspiró Bogard, aliviado—. Así lo haremos. No creo que la cosa tenga mayor importancia que un retraso de veinte minutos.

—Eso no tendría importancia. Adelante.

Los cinco primeros «ranas» que regresaron a bordo recibieron la orden de saltar a la lancha y retroceder con ella, registrando el fondo a simple vista. Si las cajas se habían soltado, los números fosforescentes se verían desde la superficie, dado el poco fondo y la transparencia de las aguas.

Pero cuando llegaron al lugar donde las cajas habían sido recogidas, todavía no había rastro de ellas. Los cinco hombres se miraron unos a otros, desconcertados.

—Es imposible… —musitó uno de ellos—. ¡Tienen que estar aquí, o en el trayecto que hemos cubierto!

—Pues no están… —dijo otro—. A menos que todos seamos ciegos.

—Quizá no sea posible ver los números fosforescentes desde aquí arriba. Bajemos. Hay que examinar bien estos lugares. Todas las cosas tienen una explicación. Quizá haya algas… Bajemos a ver. Será mejor que tú te quedes en la lancha, Michael. Nos vas siguiendo. ¿De acuerdo?

—Está bien. Cuidado… Ya fue demasiada suerte que no nos tropezáramos antes con algún tiburón.

—Bah… Tonterías. Al agua, muchachos. Y si observáis algo especial, venid a la lancha a decírselo a Michael, para que pase la noticia al pesquero, por la radio. Seguramente habrá que decirles que regresen, para volver a enganchar la carga.

—Seguramente… Bueno, abajo todos.

No saltaron todos, sino cuatro, dejando al quinto arriba. Michael vio hundirse a sus compañeros, y se dispuso a seguirlos por la superficie, a motor parado; de modo que tuvo que recurrir al pequeño remo para emergencias. Lentamente, fue impulsando la lancha, completamente desconcertado, pues no veía nada. Sus compañeros no llevaban luces, pues habría sido contraproducente para localizar las señales fosforescentes. En cuanto a éstos, ni rastro.

Ni siquiera un par de minutos más tarde, la lancha se movió, y Michael corrió hacia la borda que se había inclinado hacia el mar. Un buceador aparecía en la superficie, y alzó un paquete hacia las manos de Michael, que lo depositó en cubierta, y se volvió, para ayudar a su compañero a subir a bordo. Le asió de los brazos y tiró de él, hacia arriba, hábilmente, de modo que lo dejó en cubierta, de

pie ante él. Michael lo miró entonces con más atención. Cierto: llevaba un traje de goma negra, pero… era de estatura mediana, delgado… ¡y su tórax se abultaba de un modo sorprendente…! Alzó la mirada hacia el rostro de su compañero… Pudo ver la lente monocular, la cabeza más pequeña de lo que esperaba, los hombros delicados…

¡Crash!

Recibió el tremendo hachazo en plena frente, y salió despedido violentamente fuera de la lancha, hundiéndose en el agua. Reapareció en seguida, manoteando frenéticamente, menos aturdido de lo que debería estar, gracias al remojón, que refrescó su rostro descubierto. Todo lo que pudo ver fue al buceador inclinado sobre la borda, mirándolo, ya sin la lente monocular. Era un rostro pequeño, en el cual destacaban los grandísimos ojos, llenos de estrellas. Una sonrisa apareció en aquel rostro cuando Michael comenzó a nadar hacia la lancha. Y acto seguido, el pequeño buceador saltó a los mandos, y, antes de que el espía norteamericano hubiese podido llegar a ella, la veloz embarcación se deslizaba a toda marcha sobre las onduladas aguas teñidas de color naranja, alejándose, al parecer en dirección a Haití.

Y apenas dos minutos más tarde, cuando la lancha estaba lejos de aquel lugar, el pequeño buceador se quitó el casco de goma, dejando escapar su larga cabellera suavemente ondulada. En seguida, se desprendió de los tubos de aire. Y a continuación se dedicó por entero a la radio, efectuando una llamada:

—Atención… Atención, CIA y MVD. —dijo en perfecto ruso—. Atención ambos servicios de espionaje… Comuniquen conmigo si la onda en que llamo es la adecuada. Espero. Cambio.

Charles Pitzer y míster Cavanagh abordaron el yate completamente empapados. Habían tenido que regresar desde el pesquero en la única embarcación de emergencia que les quedaba: una pequeña barca que se fue llenando de agua durante el corto trayecto.

En la borda, los esperaba el agente de comunicaciones, con el rostro crispado por la impaciencia.

—Está repitiendo el mensaje por segunda vez… —dijo—. Dice que lo dirá tres veces, señor. Todavía pueden oírla cuando lo transmita esa tercera vez.

Pitzer y Cavanagh corrían ya hacia el interior del yate. Llegaron

jadeando al camarote donde había sido instalada la radio. Y allí, claramente, en ruso, se oía la voz de una mujer:

—… de lo contrario, llegarán a China. De ustedes depende. Tercera y última vez que repito el mensaje. Atención: habla para la CIA y la MVD la agente «Natalia», de nacionalidad universal. Ultima vez que transmito el mensaje. Atención: en una operación especial, se ha conseguido soltar el cable general del pesquero americano; el extremo de ese cable, con el gancho, ha sido llevado hacia atrás, y colocado en la argolla de un submarino chino que durante dos semanas ha estado rondando estas aguas. Dicho submarino chino, ahora sumergido, y llevándose el «Proyectil Caribe», está ahora navegando hacia el Sur, a toda máquina. Durante trescientas millas, no podrá sumergirse tanto que, durante las horas de oscuridad, sea imposible ver bajo el agua la fosforescencia de esas marcas, números uno al doce. Escuchen ahora el consejo de la agente «Natalia»: consigan cargas de profundidad, localicen ese submarino antes de que llegue a las zonas profundas, y húndanlo. Si dejan que llegue a esas zonas profundas, nadie podrá impedirles ya que consigan sus propósitos. Insisto por última vez: consigan cargas de profundidad y arrójenlas desde sus aviones contra el submarino, localizándolo por los números fosforescentes de las cajas que contienen el «Proyectil Caribe». Sólo disponen de cuatro horas de oscuridad para que esas marcas fosforescentes sean visibles desde el aire. No puedo hacer nada más. Tomen rápidamente sus decisiones, pues de lo contrario, esas piezas del «Proyectil Caribe» llegarán a China. De ustedes depende. Este es el final del mensaje. Les informó la agente «Natalia», de nacionalidad universal. Fuera.

La radio quedó silenciosa.

Cavanagh se dejó caer en la silla del «radio» y apoyó los codos en el tablero. Pitzer estaba pálido como un cadáver, y parecía a punto de derrumbarse de un momento a otro.

—Lo… lo ha conseguido… —jadeó al fin—. Habrá que hundir ese submarino, pero el proyectil ya no podrá ser lanzado… Y después de este fracaso nuestro, la MVD no querrá repetir el intento, no querrá saber nada de una nueva alianza con la CIA.

El «radio» parpadeó, aún atónito.

—¿Quién debe ser esa agente llamada «Natalia», señor? —murmuró.

Cavanagh alzó la cabeza, bruscamente. Él y Pitzer se quedaron mirando al muchacho, que tuvo la sensación de que estaba siendo considerado el más estúpido de los mortales. Por fin, el jefe del Sector de Nueva York y el jefe absoluto del Grupo de Acción de la CIA suspiraron, a la vez.

Y el segundo dijo:

—Llame a los rusos. A ver si es posible que entre todos, al menos, localicemos a ese submarino antes de que llegue a aguas profundas.

—¿Vamos a atacar al submarino? ¿Qué pasará con el asunto del «Proyectil Caribe», señor?

—Olvídelo… —murmuró Cavanagh—. Olvídelo para siempre.

Capítulo VII

La lancha se detuvo en el embarcadero, ya parado el motor, silenciosa. Había varios hombres sobre las tablas, metralleta en mano, y varios más llegaban corriendo… El primero en llegar fue Komkrek, que se quedó mirando con el ceño fruncido a la espía internacional.

—¿Usted? —musitó.

—Hola, Komkrek.

—¿Algo ha salido mal?

—Por el contrario. Todo ha salido muy bien.

—Pero usted dijo que esperaría algunos días en Isla Navassa…

—Pude conseguir esta lancha y me pareció una tontería estar en aquel islote pudiendo venir aquí. ¿Y Cornelius?

—En la casa…

—Vamos a verlo. Acabaremos toda la operación ahora mismo.

—¿Le pagaron los chinos?

—Sí… Es asombroso, pero me pagaron. Afortunadamente, no me conocen, ni habrían podido identificarme aunque tuviesen cientos de fotografías mías. Un traje de «rana» es un buen disfraz… ¿No cree?

—Sí… ¿Dónde está el dinero?

—Calma. Las cosas, con orden y con inteligencia, mi simpático Komkrek. No soy ninguna ingenua, créame. Ayúdeme… Este traje de goma ya no es necesario.

Komkrek la ayudó a desprenderse del equipo, en silencio.

—Vamos a la casa…

—Es mejor esperar. Avisaré al señor Cornelius de que…

—Apártese… —dijo secamente Brigitte—. Usted nunca podrá darme órdenes a mí.

Lo apartó con un firme gesto de un brazo y comenzó a caminar hacia la casa. Komkrek vaciló. Se rezagó, dando instrucciones

susurradas a los hombres que había en el embarcadero. Luego se apresuró a unirse a la espía internacional, que caminaba rápidamente, con decisión, hacia la villa.

—Me adelantaré para avisar al señor Cornelius de que…

—¿Qué le pasa a usted? —cortó Brigitte—. ¿A qué viene tanto protocolo? ¿Pretende hacerme esperar en la antesala?

—Bueno… No, no… Es que…

—Déjeme en paz, Komkrek. Lo mejor que puede hacer es volver al embarcadero, y decirle a sus amigos que no registren la lancha: el dinero no está allí, naturalmente. No pierdan el tiempo.

Lo dejó como clavado en el suelo, y siguió adelante. Cuando llegó a la casa, Komkrek estaba a punto de alcanzarla de nuevo. Y pudo alcanzarla, porque Brigitte se había detenido en seco, mirando hacia un lado, donde dos hombres cavaban ferozmente en la tierra, en el lugar donde había habido unos arbustos de flores. Los arbustos habían sido arrancados con cuidado, y parecía evidente que después serían colocados nuevamente allí. Komkrek se detuvo al fin junto a Brigitte, y recibió el duro y frío impacto de los azules ojos.

No hubo el menor comentario, sin embargo. La espía subió al porche, directa hacia la puerta…, y volvió a detenerse en seco. Luego, caminó hacia su izquierda, lentamente. Por fin, se arrodilló, junto al cadáver de aquel hombre, lleno de sangre que brotaba de los orificios de varios balazos en el vientre. Durante más de medio minuto, Brigitte Montfort estuvo inmóvil, contemplando aquel rostro rígido, crispado. Había sangre en ambas comisuras de la boca de Boyd Parsons.

Con temblorosa delicadeza, Brigitte alzó el torso del cadáver, y lo abrazó, pegando su mejilla a la del muerto.

—Simón… —gimió—. Simón Eurípides, querido… Lo siento… ¡Lo siento! No has debido morir… El mejor de todos, el que se horrorizó por el asunto del «Proyectil Caribe»… ¡Y tú has sido quien ha pagado! Avisaste a Baby, y lo has pagado… ¿Por qué? ¿Por qué han tenido que matarte precisamente a ti…?

—Era elemental, señorita Montfort.

Brigitte alzó la cabeza y se quedó mirando a Cornelius, en la puerta de la casa, mirándola irónicamente. En su mano derecha brillaba una pistola.

—¿Por qué? ¿Por qué, Cornelius? ¡Era el mejor de todos!

—Pero me conocía. Y usted también me conoce. Créame que lamento tener que matarla también, pero…

—No ha traído el dinero —dijo Komkrek, secamente.

—¿No? —Se tensó la voz de Cornelius—. ¿Los chinos no pagaron? Me sorprende, porque les he hecho algunos trabajos, y siempre han pagado. Saben que es rentable estar en buenas relaciones conmigo…

—Pagaron… —masculló Komkrek—. Pero ella escondió el dinero. Ha llegado en una lancha que ha conseguido no sé cómo, pero el dinero no está en ella.

—Ah… Lo ha escondido… Es usted muy lista, ¿verdad, señorita Montfort?

—Va a pagar esta muerte, Cornelius. La va a pagar al único precio posible.

—Déjese de amenazas estúpidas. Quiero el dinero y usted va a decirme dónde está.

—¿Yo? —Brigitte dejó suavemente el cadáver, y se puso en pie —. ¿De verdad cree que yo se lo voy a decir?

—Lo dirá… ¡Le aseguro que lo dirá! ¡Llevadla adentro!

Dos hombres se adelantaron, dispuestos a sujetar a Brigitte por los brazos, pero ella se apartó, violentamente, casi derribando a uno de ellos. Y antes de que pudiesen reaccionar, entró en la casa por su propia voluntad, seguida precipitadamente por todos los presentes. Parecía que era ella quien dominaba la situación, cosa que no gustó en absoluto a Cornelius. Cuando la espía, ya en el salón con terraza al jardín, se dejó caer en un sillón, Rom Cornelius se le quedó mirando con maligna hostilidad.

—Su actitud no es adecuada a su situación, señorita Montfort — dijo.

—¿Usted cree? Bien… Dígame una cosa: ¿quién tiene el dinero? ¿Usted o yo?

—Parece que lo tiene usted.

—En tal caso, no va a matarme. ¿O sí?

—Hay muchos medios para obligarla a decir dónde está el dinero. Y luego, entre otras muchas cosas, se la puede matar con tranquilidad.

La espía sonrió gélidamente.

—Si está pensando en torturas, hágalo. Hay muchas maneras de

perder el tiempo. Y si está pensando en utilizar el pentotal conmigo, permítame que me ría, señor Cornelius. Hace meses que superé esa… deficiencia orgánica común a la mayoría de los mortales. Las dosis de pentotal no me afectarán en absoluto. Lo he comprobado ya.

—¿Se cree invulnerable?

—No tanto. Sólo tenaz. De momento, he conseguido que ese «Proyectil Caribe» no sea lanzado sobre Nicamala. Ni creo que los rusos y norteamericanos prueben otra vez ese sistema de cumplir sus objetivos políticos o militares. Es decir, que he evitado muchas muertes, no sólo quitándoles el proyectil, sino evitando una guerra civil en Nicamala… Ese era mi único objetivo. Y lo he conseguido. Lo demás… no tiene demasiada importancia, excepto la muerte de mi compañero.

—Usted va a seguirle.

—Se equivoca. Usted es quien va morir.

—Está loca. No podrá…

—Cornelius, ¿no lo entiende? Soy yo quien tiene los veinte millones de dólares que han pagado los chinos. Los cuales, por cierto, no creo que consigan llegar a China. Serán bombardeados con cargas de profundidad. ¿No lo he dicho antes? Pues sí… Ese ha sido otro de mis objetivos: impedir que los chinos consigan prototipos de arma tan peligrosa como son los proyectiles intercontinentales, aunque sean pequeños, como el que han proporcionado los rusos. Pero volvamos a lo que estábamos hablando… Ahí, sí: decía, que es usted quien va a morir, no yo.

—Y yo decía que usted está loca.

—Lo recuerdo, pero pronto verá que no es exacto eso. Digo que yo tengo el dinero… Y pregunto: si muero sin haberlo entregado, ¿cómo podrá pagar a sus hombres? Porque, indudablemente, usted les prometió una interesante cantidad… Cien hombres, Cornelius. ¿Podrá pagarles sin el dinero de los chinos? ¿Podrá hacerlo?

—Eso es cuenta mía.

—Error —sonrió Brigitte, siempre fríamente—: es cuenta de ellos también. Y si no lo cree, pregúnteles. Aquí tiene a algunos.

—¿Qué pretende? —murmuró Cornelius—. ¿Indisponerlos contra mí? Es un intento estúpido…

—Quizá. Pero yo tengo veinte millones para repartir entre cien

hombres. ¿Tiene usted tal cantidad, señor Cornelius? ¿Puede permitirse el lujo de ser tan generoso como yo? ¿Podrá siquiera pagarles lo que les prometió, o su salario semanal, o mensual…? ¿Podrá hacerlo, sin esos veinte millones de los chinos?

—¡Cállese!

—¿Cuánto les prometió a cada uno?

—¡Le digo que se calle!

—Nos prometió diez mil dólares… —musitó Komkrek—. Y veinte mil a mí.

—Bien… ¿Y no quiere usted cobrar, Komkrek? —deslizó insidiosamente la espía más astuta del mundo—. ¿Nadie quiere cobrar? Hagan sus cuentas. Si les ofreció diez mil dólares a cada uno, el total es de un millón de dólares. ¿Lo tiene el señor Cornelius, si no cuenta con el dinero de los chinos? ¿Lo tiene? ¿Podrá pagarles?

—¡La voy a…!

Cornelius se abalanzó furiosamente contra Brigitte, que ni siquiera se movió. Quizá porque sabía ya que su semilla de la discordia iba a dar frutos en el acto. Y así fue. Komkrek se interpuso en el camino de Cornelius, repeliéndolo rudamente lejos de la espía. Y en seguida, de un manotazo, le arrancó la pistola de la mano, tirándola lejos.

—¡Un momento, señor Cornelius! —Gruñó—. Ella tiene razón… ¡Queremos saber si vamos a cobrar! ¿Tiene usted ese millón de dólares?

—¡Claro que lo tengo, estúpido! ¿Crees que…?

—Yo tengo veinte millones —sonrió Brigitte.

—¡Cállese de una maldita vez! ¡Komkrek, dame mi pist…!

—Un momento… —Komkrek miró astutamente a Brigitte—. ¿Qué ha querido decir con eso de que tiene veinte millones de dólares?

—Es simple. El señor Cornelius les ofreció diez mil dólares a cada uno de ustedes. Yo les ofrezco cien mil. Diez millones a repartir entre cien hombres. A cien mil dólares cada uno. ¿Qué le parece la cifra, Komkrek?

—No está mal…

—¿Verdad? Sobre todo, teniendo en cuenta que si se quedan aquí esperando a que Cornelius les pague, la CIA y la MVD los hará

pedazos antes del amanecer. En cuanto hayan terminado con el submarino chino, vendrán aquí. ¿No es mejor marcharse con cien mil dólares por cabeza?

—¡Mentira! —chilló Cornelius—. ¡No van a venir!

Brigitte lo miró despectivamente. Luego, encogió los hombros y se dedicó a mirarse las uñas, con toda tranquilidad. Komkrek miraba de uno a otra, con rapidez, haciendo sus propios cálculos sobre la jugada. ¿Por qué tenía que ser mentira? Era lo lógico, sin lugar a ninguna duda: Baby había avisado a la CIA Era completamente lógico.

—¿Qué nos ofrece, en definitiva? —musitó.

—¡Komkrek, maldito puerco de…!

Komkrek se revolvió contra Cornelius y lo derribó de un culatazo en plena boca.

—¡Sujetadlo! —ordenó a los demás—. Baby tiene razón, hace falta estar loco para no comprenderlo. Por mi parte, pienso marcharme de aquí cuanto antes… ¡Y no voy a dejarme atrás cien mil dólares si puedo tenerlos! ¿Sin jugarretas, señorita Montfort?

—Sin jugarretas, Komkrek: cien mil dólares a cada uno por trabajar tres horas a mis órdenes. —Aceptado. ¿Alguien se opone?

—¡Cerdo! —aulló Cornelius—. ¡Maldito traidor…!

—Es mejor que no chille tanto, señor Cornelius… —sonrió una vez más Brigitte—. A fin de cuentas, usted está acostumbrado a tratar con traidores. Bien, señores, ya han oído a Komkrek: ¿alguien se opone a trabajar para mí, y escapar de aquí con cien mil dólares en efectivo antes de que lleguen la CIA y la MVD?

Nadie rechistó. Brigitte se puso en pie, fue a la mesita y tomó de allí un cigarrillo, que encendió pausadamente, mirando con maligna expresión a Cornelius, sujeto ahora por sus propios hombres.

—Avisen a los demás —dijo, expeliendo el humo—. Y dedíquense durante estas tres horas a preparar su marcha. Los que puedan, en aviones, o en coches, o en lanchas, o helicópteros… Como quieran hacerlo. Sólo una cosa deberán tener en cuenta, si es que les gustan los buenos consejos: cuando salgan de Isla Tortuga, sepárense, desaparezcan, jamás vuelvan a tratar unos con otros. Si no lo hacen así, lo lamentarán. Olviden el espionaje, y la gente como Rom Cornelius. Ahora, vayan a preparar la marcha de todos. Menos dos de ustedes… Y Komkrek. Para ustedes tres, tengo un

trabajo especial: vigilar la labor del señor Cornelius.

—¿Qué labor? —se sorprendió Komkrek.

—Una muy buena… No me gusta el lugar donde ha ordenado cavar la fosa para mi compañero. No se ve el mar desde ahí. De modo que tomaremos las medidas oportunas.

—Siga, Cornelius… —ordenó fríamente Brigitte—. No se detenga.

—No puedo más —jadeó Rom Cornelius, casi llorando—. ¡No puedo más!

—Vamos, vamos… —sonrió ella, de aquel modo especial que parecía puro veneno—. Es usted un hombre fuerte. Adelante.

—¡No puedo más! —aulló él.

Mostró sus manos, llenas de sangre. Los dedos estaban despedazados, mostrando los huesos… Era lógico, después de haber cavado una tumba con sus propias manos, de cara al mar. No era una tumba muy profunda, pero serviría perfectamente para contener el cuerpo de un hombre. Un poco alejados, amenazando siempre a Cornelius con sus armas, estaban Komkrek y otros dos hombres, profundamente impresionados. El cadáver de Boyd Parsons, alias Simón Eurípides, estaba junto a la tumba, envuelto en una lona, bien sujeta por cuerdas de plástico.

—Tiene que poder más —insistió Brigitte, cruel como si fuese una auténtica pantera—. Un poquito más, señor Cornelius.

—No… ¡No puedo seguir! ¡No cavaré más! ¡Máteme si quiere, pero no puedo seguir!

—¿Sabe…? Acaba de hacerme una interesante sugerencia. ¿Por qué no? Un refrán español dice que quien a hierro mata, a hierro muere. Y quien a plomo mata, a plomo debe morir, lógicamente. Usted disparó cuatro veces contra el vientre de mi compañero… ¿No es así? Pues bien, cúmplase la sentencia.

¡Pack, pack, pack, pack!

El dedito de Brigitte se crispó por cuatro veces en el gatillo de la pistola que empuñaba. Y cada vez, una bala fue hacia el vientre de Rom Cornelius, que se estremeció, aulló, gimió, retorciéndose, cayendo hacia el fondo de aquella tumba como si estuviese siendo aplastado por un gran peso.

Tras el último disparo, y tras contemplar los desorbitados ojos de Cornelius, la espía internacional se volvió hacia Komkrek.

—Vea si está muerto.

Komkrek se pasó la lengua por los labios. Estaba lívido, como los demás hombres que había en la claridad rojiza, aún morada, casi negra. Todavía tardaría unos minutos en aparecer el sol sobre el mar. Por fin, Komkrek saltó a la fosa y examinó brevemente a Cornelius. Alzó la cabeza.

—Sí… —murmuró roncamente—. Está muerto.

—Pues échenle la tierra encima.

—Pero… ¿no quería enterrar aquí a su compañero?

—Cambié de opinión. Cúbranlo. Y dos de ustedes —señaló al grupo de impresionados mirones— lleven el cadáver de mi compañero a la lancha en la que llegué antes.

Todas sus órdenes eran obedecidas con gran rapidez. El cadáver de Boyd fue llevado a la lancha, mientras el de Rom Cornelius era cubierto por la tierra.

Por fin quedó completamente terminada la tumba y Brigitte la miró con indiferencia.

—Adiós, Rom Cornelius. Te dejo en buen lugar: tienes delante el mar, verás salir el sol cada día, podrás oír las gaviotas en su hermoso vuelo, y ver las palmeras llenas de sol… No. No te puedes quejar de mí, pues si buena vida te quité, mejor sepultura te di.

Dio media vuelta y se alejó, hacia el embarcadero, seguida por Komkrek. Miró el bulto que yacía en cubierta, sombríamente.

—¿Salimos ya? —murmuró Komkrek.

—Sí… ¿Recuerda mis instrucciones?

—Claro. Yo llevaré la lancha hasta Port de Paix, al puerto, de modo que los agentes de la CIA que han quedado allí la reconozcan y se hagan cargo de ella y del cadáver, por consiguiente. Uno de mis compañeros me recogerá en seguida con un helicóptero, y volverá a traerme aquí, donde todo estará preparado para la marcha definitiva de todos. Mientras tanto, usted irá adonde tiene el dinero de los chinos, con un helicóptero. Lo recogerá, volverá aquí, y nos arrojará los diez millones de dólares que nos ha prometido.

—Perfecto… —sonrió la espía—. ¿Se fía de mí, Komkrek?

—¿Qué otra cosa puedo hacer?

—Matarme, por ejemplo.

—No ganaría nada con ello. En cambio, aceptando sus órdenes, puedo tener cien mil dólares.

—Sensata decisión. Espero que sepa utilizarlos debidamente. Y

no lo olvide: el grupo debe disolverse. Dedíquense a la vida tranquila y honrada. De lo contrario…

Volvió a sonreír y se fue hacia el helicóptero que la estaba esperando. Subió a él, y pocos segundos más tarde, el aparato volaba hacia el Sudoeste.

Una hora más tarde, cuando ya Komkrek había cumplido su parte, llevando el cadáver de Simón Eurípides a Port de Paix y regresando a la isla en seguida, uno de los hombres que, como todos, no dejaba de mirar hacia el cielo ya lleno de sol, gruñó:

—Nos ha engañado. No nos traerá el dinero, Komkrek.

—Lo traerá. Por varias razones, Stefan. Una de ellas, que si no nos trae ese dinero, seremos cien hombres dispuestos a todo, como hasta ahora, con tal de ganarlo. Y ella no quiere eso. Otra de las razones es que esa mujer tiene un código del honor muy personal… Extraño código, pero fácil de comprender. Traerá el dinero.

Apenas cinco minutos más tarde, un helicóptero pasaba por encima de la playa donde esperaban un centenar de hombres listos para marcharse de allí… Todos vieron perfectamente el paquete que saltaba al aire, y caía casi en el centro del grupo. Komkrek se apresuró a abrirlo, y todos empezaron a aullar cuando aparecieron los primeros fajos de billetes de mil dólares.

Cuando, sonriendo alegremente, alzaron la cabeza, el helicóptero volvía a alejarse de Isla Tortuga, hacia el Norte.

Este es el final

Una sombra se interpuso entre ella y el sol, privándole del formidable placer de tomarlo, de sentir la caricia de sus rayos. Así que, fruncido el ceño, la señorita Montfort alzó la cabeza y abrió los ojos.

—¡Tío Charlie! —exclamó—. ¡Qué grata sorpresa! ¿Qué hace usted en Honolulú?

Charles Alan Pitzer se sentó en la brillante arena de la playa privada del lujosísimo hotel «Hilton Hawaiin Village», en la mundialmente famosa playa de Waikiki. Lucía un sol espléndido, el mar refulgía como si fuese de cobalto, y sobre las blancas olas que lo adornaban se veían docenas de personas practicando el *surfing,* muchas de ellas con collares de flor de hibisco en el cuello. La vida era amable. Alrededor, bajo las sombrillas de hojas de palma, otras personas gozaban realmente en la contemplación de todo cuanto de bello puede ofrecer el mundo en paz.

—Supuse que la encontraría en uno de los mejores hoteles de Waikiki… —murmuró al fin Pitzer—. He tenido que buscarla, porque usted no nos notificó cuál había elegido.

—Oh… Olvidé todo eso… Estaba tan encantada disfrutando estas vacaciones… ¿Todo bien por Nueva York? ¿Alguna pista de aquellos hombres, tío Charlie?

—No es necesario que bromee conmigo, Brigitte.

—¿Cómo? ¿Bromear? ¿A qué se refiere?

—La CIA está muy disgustada con usted. Temo que tomarán medidas bastante severas. A decir verdad, casi podemos considerar que está… despedida.

—¿Por qué? —se «asombró» la divina espía—. No entiendo nada de nada, tío Charlie… ¿De qué está hablando?

—Del asunto del «Proyectil Caribe».

—¿De qué? —Se pasmó la hermosísima jovencita.

—Quizá convenga que sepa usted por qué motivos queríamos lanzar ese proyectil al centro de la isla de Nicamala, Brigitte. Había que ocupar esa nación, y decidimos hacerlo entre los rusos y los americanos. Ultimas noticias de nuestros respectivos espionajes indicaban que los chinos se estaban introduciendo política y económicamente en Nicamala, hasta el punto de que su influencia comenzaba a ser muy peligrosa. Rusia, empezando por Cuba, tiene grandes intereses en el Caribe, y aún más intereses tenemos nosotros, los norteamericanos, de modo que la presencia de los chinos en el Caribe fue considerada «no grata». Hubo llamadas por el teléfono rojo, y se llegó a un acuerdo cuya primera parte debían cumplir la MVD y la CIA: lanzar un proyectil al centro de Nicamala, región casi despoblada, sin industrias ni cultivos… Los perjuicios serían mínimos, tanto en lo material como en lo humano… Por eso se decidió lanzar el proyectil…

—¿Sin tener en cuenta las más que posibles víctimas?

—Siempre muere alguien —susurró Pitzer.

—Claro. Siga… Es muy interesante lo que me cuenta.

Su tono de voz era duro, seco, áspero, pero Pitzer lo ignoró.

—Tras el envío de ese proyectil, personal de la Marina de Estados Unidos y de Rusia, invadiría Nicamala, unos por el Norte, otros por el Sur, mientras nuestros servicios de subversión organizaban una revuelta en toda la nación, creando dos partidos, que tenían que enfrentarse. Mientras tanto, los norteamericanos acusaríamos a los rusos de agresión a Nicamala, y de invasión. A su vez, los rusos nos acusarían a nosotros de lo mismo… El resultado final, tras una pequeña guerra civil, sería que ambos llegaríamos a la conclusión de que tal proyectil había sido lanzado por una potencia… desconocida…

—¿Como China…, por ejemplo?

—Sí. De modo que China sería censurada duramente, y los nicamalenses no querrían saber nada más con ellos, considerando que, más que amistad, los chinos habían estado buscando dominar el país, enviando aquel proyectil como advertencia. Por tanto, ese gran paso que China estaba dando dentro del Caribe, no le habría servido de nada: ya no tendría nada que hacer en aquella zona. Una vez conseguido esto, seguros ya de que Nicamala rompía toda clase de relaciones con China, los rusos y nosotros nos iríamos, tras una

cierta permanencia de… ocupación pacífica y protectora de Nicamala. Eso es todo.

—¿Todo? ¿Y los muertos?

—¿Qué muertos?

—Los que había habido al ser lanzado el proyectil, y los que se ocasionarían en esa… «Pequeña y corta» guerra civil en Nicamala. ¿No contaron con los muertos, tío Charlie?

—Bueno… Se hizo un cálculo aproximado y apareció que… valía la pena.

—Ah… ¿De modo que diez o veinte mil muertos, por ejemplo, valía la pena, con tal de expulsar a China del Caribe… sin comprometerse ni Rusia ni Estados Unidos?

—No habrían sido tantos los muertos —exclamó Pitzer—. Usted siempre exagera en esto…

—¿Eso cree? Pues yo le digo que las guerras, una vez iniciadas, ya no es fácil controlarlas. Pero, ¿a qué preocuparse? Según parece, ese proyectil no fue lanzado, así que sus planes no se completaron. Me pregunto qué harán ahora para desprestigiar a los chinos en Nicamala… ¿Otro proyectil?

—No… Ya no más riesgos. Tuvimos que hundir un submarino chino, que se fue al fondo del mar con el proyectil. Un poco más, y ese proyectil estaría ahora camino de China. No más riesgos. Los rusos se irritaron muchísimo con nosotros, y todo vuelve a ser normal: enemigos en guerra fría. Ahora, el problema de Nicamala se empezará a resolver por medio de presiones económicas: China no podrá competir con Estados Unidos y Rusia en precios y condiciones de devolución de empréstitos.

—Asombroso… ¿No se les ocurrió antes esa solución?

—Sí. Pero era excesivamente cara.

Brigitte entornó los ojos y Pitzer, bajo el ardiente sol tropical, notó un ramalazo de frío en todo el cuerpo.

—Ah… Era una solución cara, muy costosa. Entonces, no hay más remedio que admitir que lo más justificado era una guerra y miles de muertes.

Su tono cáustico, mordaz, fue perfectamente captado por Pitzer, pero no quería insistir sobre aquel punto.

—Bien… Quizá sería conveniente que usted… regresara conmigo a Washington, para dar sus explicaciones. No han recibido

ninguna cinta magnetofónica, esta vez.

—¿De qué habla usted?

—De su intervención en el asunto.

—¿Mi intervención? ¡Pero, querido tío Charlie, si me vine aquí, a Honolulú, y no me he movido de esta hermosa playa…! ¿Está sugiriendo que yo estuve en el Caribe?

—Déjese de tonterías, Brigitte… Ye la vi. La vimos muchos. Incluso la tuvimos prisionera…

—¿Prisionera? ¿Usted a mí? ¿Dice que me vieron en el Caribe? ¡Eso es imposible, querido!

—No empeore las cosas. Va a recibir duras críticas, y seguramente se la expulsará del servicio…

—Y hasta es posible que envíen a un asesino de la CIA a eliminarme, ¿no es así? Pues si toman esa decisión, procure que sea un magnífico asesino, tío Charlie, porque no será fácil sorprender a Baby. Vuelva a Washington, y dígales a esos importantes caballeros que pienso permanecer aquí de vacaciones durante una semana más, y que no me importa lo que decidan sobre mí. Si prefieren seguir contando conmigo, yo aceptaré, porque me conviene la financiación de la CIA Pero si deciden expulsarme, me tiene sin cuidado.

—No puedo decirles eso… Sea sensata.

—Soy muy sensata. Y lo he demostrado muchas veces.

—Vuelva conmigo a la Central, dé una explicación sobre sus motivos, su intervención…

—¿Explicaciones yo? ¡Esta es buena! Ya le digo que pueden hacer lo que quieran. Pero…, además…, ¿de qué estamos hablando? ¡Yo he permanecido todos estos días en Honolulú!

—La vimos muchos de nosotros, Brigitte… No sea terca. Su actitud es absurda completamente.

—¿Sabe lo que ocurre, tío Charlie? ¡Que todos ustedes necesitan unas vacaciones! Sí, sí, de veras… Igualito que yo… En Nueva York oí su voz cuando era imposible. Entonces comprendí que necesitaba estas vacaciones… A lo mejor, a ustedes les pasa lo mismo. Por ejemplo, usted puede haber tenido la alucinación de verme en Port de Paix, o en un yate, o en un helicóptero… Alucinaciones, tío Charlie, igual que me pasó a mí… Simples alucinaciones. Créame: ¿por qué no se toma unos días de vacaciones? Eso es algo que

siempre nos sienta muy bien a los espías.

—Brigitte, sea juiciosa…

—Soy juiciosa. Por eso, seguiré tomando el sol, y teniendo mis alucinaciones. ¿Sabe, tío Charlie? Cuando usted ha llegado, yo soñaba con un hombre… que está muy lejos de aquí. Abro los ojos, y le veo a usted… ¡Qué horror! Está decidido, querido: desde ahora, preferiré los sueños o alucinaciones, a la realidad de verlo a usted… Por favor, ¿quiere apartarse un poco más? Me está tapando el sol…

FIN

Notas

[1] Eurípides-Simón, el hombre de la foto, es, como el lector ya habrá comprendido, uno de tantos compañeros de la CIA que han compartido las aventuras de Baby. Aquí, se menciona implícitamente la titulada *Matar con placer*, publicada en esta misma colección. < <

[2] Véase *Baby no contesta,* publicada en esta misma colección. <<

[3] Se recuerda al lector que el personaje «míster Cavanagh» es el jefe directo de la agente. Baby, el director absoluto del Grupo de Acción de la CIA. Baby ha recibido orden para misiones, directamente de él, en muchas ocasiones, en la Central de la CIA. Míster Cavanagh fue, también, un agente de acción, años atrás, y desde entonces siempre ha sido gran amigo personal de Brigitte Montfort, su mejor agente actual. < <

[4] Véase *Organización «Octopus»*, de esta misma colección. < <

[5] De nuevo el autor recurre a un país imaginario para la elaboración del argumento de espionaje. La isla o país de Nicamala, como puede comprobarse en cualquier mapa, no existe realmente. <<

[6] Véase *El salario de los espías*, de esta colección. <<

[7] Véase *Operación estrellas*, de esta colección. < <